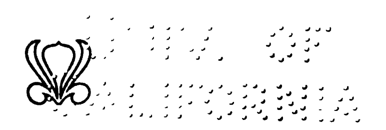

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

José M.ª Salaverría

Vieja España

(Impresión de Castilla)

Prólogo de B. Pérez Galdós.



MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Arenal, núm. 11.
1907

VIEJA ESPAÑA

(IMPRESIÓN DE CASTILLA)

José M.ª Salaverría

Vieja España

(Impresión de Castilla)

Prólogo de B. Pérez Galdós.



MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Arenal, núm. 11.

1907

Madrid. — Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33

PRÓLOGO

No significa este Prólogo padrinazgo del bello libro de Salaverría, VIEJA ESPAÑA, que bien prefaciado viene por su propio mérito; es tan sólo una conversación ó cambio de apreciaciones entre compañeros de oficio que se encuentran en las tierras castellanas, y de pueblo en pueblo, de ruina en ruina, de soledad en soledad, no se cansan de examinar el duro suelo de donde extrajo todo su jugo la energía hispánica. Nutrida ésta de aquel terruño en un ambiente seco y extremoso, forjó los caracteres tenaces que paralelamente produjeron grandes hechos en este hemisferio y en el otro, y al compás de los hechos el lenguaje viril que había de referirlos.

De la floreciente Vasconia viene Salaverría, y el que esto escribe de región más distante, de tierras españolas en mar africano; ambos procedemos de provincias que gozan de un bienestar desconocido en Castilla, y que se adornan con diferentes lindezas comprendidas dentro del dictado de civilización. No

obstante, los dos sentimos la misma devoción filial ante el desolado taller de nuestra Historia, ante el solar ingente de tantas noblezas desvanecidas, hoy mal poblado de españoles que trabajosamente se adaptan al vivir moderno; y nos apena el ver á Castilla desnuda de su grandeza heroica, sin magnates, sin repúblicos eminentes, sin Corte, habiendo sido Corte todo el país en largo período, una Corte nómada que se aposentaba así en las villas holgonas como en aldehuelas míseras, y llevaba su etiqueta y su justicia por cañadas y andurriales, conforme lo exigían las necesidades de los pueblos.

Ya no quedan ni huellas de aquellos reyes populares, asendereados y vagabundos que gobernaban andando, convocaban Cortes donde mejor les placía y se alojaban en palacios particulares ó en conventos; soberanos tan despreciadores de la comodidad y magnificencia, que nunca pensaron en establecer capital ó asiento fijo de su poder. Así los acontecimientos más notorios de la vida de aquellos activos gobernantes aparecen esparcidos en diferentes ciudades y villas. D.ª Isabel de Castilla nace en Madrigal, y muere en la Mota de Medina; D. Fernando muere en Madrigalejo, Cisneros en Roa. Es curioso ver el esporadismo geográfico de los alumbramientos de la Reina Católica: la princesa D.ª Isabel nació en Dueñas; D. Juan, en Sevilla; D.ª Juana, en Toledo; D.ª María, en Córdoba; D.ª Catalina, en Alcalá de Henares... Los casamientos y defunciones hállanse también difundidos por todo el mapa. La Historia parece tocada del frenesí de movilidad.

Aunque en Arévalo, Briviesca, Olmedo, Medina, Tordesillas, Aranda y otras poblaciones residían en-

tonces las grandes familias aristocráticas, cuyas riquezas, unidas á las del clero regular, movían el comercio y alimentaban las industrias, debemos creer que en la vida noble y eclesiástica la magnificencia superaba á la comodidad. Ésta fué siempre harto estrecha y casi pobre, conforme á los hábitos austeros del pueblo castellano. Los restos de arquitectura civil que hoy nos ofrecen las tierras pardas en uno y otro lado del Duero, y en las márgenes de sus afluentes Adaja, Zapardiel, Eresma, Cega y Pisuerga, nos revelan el modesto vivir de aquellos ricos, que antes se curaban de las exterioridades pomposas que del refinado gustar doméstico. Del mismo modo los reyes iban de aquí para allí, sin boato, en tren de mercaderes atareados, ignorantes de la confortación más elemental, atentos sólo al fin espiritual que les hacía insensibles al cansancio. ¡Grande, fuerte y generosa raza de príncipes!

El amigo Salaverría se para extasiado en tierra de Burgos, donde tiene su pedestal y asiento la epopeya castellana. Al Este y Sudeste de la coronada ciudad *Caput Castellæ,* el núcleo de sierras ásperas llamadas Montes de Oca, la Demanda, Atapuerca y Neyla, parecen inmensas forjas de las humanas voluntades. Con aquel núcleo de montes se enlaza más al Este la cresta de San Lorenzo, donde brotan aguas que van al Ebro, pasando por Nájera y San Millán de la Cogulla. Del lado acá, los montes dan nacimiento al Arlanza, el río propiamente burgalés, que corre hacia el Oeste. Poca imaginación ha menester el viajero para oir en el curso de este río los dejos del alejandrino y las cadencias rudas del Romancero. Á su paso hablan y cantan Silos, Salas, San Pedro de Arlanza, Covarrubias, y vienen del otro mundo, encarnadas en

versos sonoros, las ánimas de los Infantes de Lara, de Mudarra y de Fernán González... Arlanza y Arlanzón se derraman en el Duero, que corre de Este á Oeste en la zona Sur del territorio burgalés, marcando aguas arriba y aguas abajo los caminos históricos.

Remontando el río, se encuentran San Esteban de Gormaz y los puertos de fácil acceso por donde los héroes precastellanos pasaban á Atienza, en busca de la cuenca del Tajo. En la dirección contraria hallaban ancha brecha para correrse á Valladolid, por Tudela de Duero, á Simancas, Tordesillas, Toro y Zamora, y desde Aranda, vadeando el río, penetraban en la región de Segovia. Al Norte de la que hoy es capital, pasado el caballete de la Brújula, se extiende la Bureba; más allá Oña, el opulento territorio abacial con su monasterio de San Salvador, de espléndida arquitectura. No lejos de allí el padre Ebro, que baja de Reinosa, recibe los afluentes Nela y Trueba, y rompe por las gargantas de Tobalina hacia Miranda. Medina de Pomar, Frías, y las extensas tierras y poderosos castillos del Condestable ennoblecen esta región, limitada al Norte por las montañas de Cantabria. Tal es la tierra de Burgos, épica, montuosa, guerrera, de castrametación natural en tres partes de su territorio, llana tan sólo desde Burgos hasta la confluencia de Arlanzón y Arlanza con el Pisuerga, embocando ya el país de Campos.

Caput Castellæ no es el resumen de la epopeya castellano-burgalesa, sino en muy corta medida. Su esbelta catedral expresa un ideal religioso, acomodándose á la evolución artística desde el siglo XIII al Renacimiento; el castillo es un vestigio mudo; los palaciotes de la calle de Fernán González, así como la casa del

Cordón, son obra de los tiempos pacíficos; el conde Fernán González y los repúblicos Nuño Rasura y Laín Calvo no aparecen más que en las estatuas del frontil plateresco del Arco de Santa María; el solar del Cid y el cerrojo de Santa Águeda no dan á la imaginación todo lo que ésta pide al pasado para hacer revivir la figura de Rodrigo de Vivar; y en las cercanías de la ciudad, San Pedro de Cardeña es ruina de ruinas y mutilación bárbara del monumento más relacionado con el héroe castellano.

La Burgos de hoy es una ciudad agradable y bien administrada, que nos atrae con la seducción de su interesante catedral, portento de esbeltez graciosa. Las torres, las agujas del octógono y de la capilla del Condestable, dan la impresión de un misticismo aristocrático y sutil. La piedra, modelada como cera, elévase al cielo cantando estrofas de absoluta perfección retórica, y de una prosodia refinada. El escritor vasco se embelesa ante la maravilla arquitectónica, y recorre de noche con arrobamiento de artista la ciudad solitaria, tortuosa, sorprendido de las negras fachadas con escudos, y de los torreones y balconajes, que su imaginación engrandece, poniendo en ellos más misterio y romanticismo de los que realmente tienen. Busca luego la impresión de la llanura desde la torre de las Huelgas, y describe la rasa y glacial campiña con visión exacta de la realidad.

El interior de la catedral despierta en Salaverría abstracciones y querencias ascéticas; de su espíritu se apodera la fiebre intuitiva, y á la vista de las capillas penumbrosas, de los yacentes bultos sepulcrales, se anega en el goce mental de un morir bello, ó de un vivir extático *sin vivir en sí.* En esto difieren mis impre-

siones de las de mi caro amigo: nunca vi en la joya artística de Burgos un símbolo de muerte, ni aun en la forma del dormir marmóreo que apetecen á veces los poetas para pasar el rato; siempre despertó en mí ansias y goces de vida sana: á ello incitan las galas opulentas de aquel arte exquisito, en que las formas medioevales aparecen vencidas y dominadas por el plateresco, que no es más que la hipocresía del paganismo. Flora y fauna, y el derroche de escultura entre luces hábilmente tamizadas por las filigranas de la piedra, nos dicen que es hermoso vivir con toda la alegría posible entre los dones y caricias de la Naturaleza. He visitado no pocas veces la catedral de Burgos, recorriendo y admirando los primores de arte que encierra en sus gallardas naves, en su capilla del Condestable, donde todo es de suprema elegancia, en su claustro y altares, y los sentimientos de inefable contento de la vida no me abandonan en ninguna parte de aquel mágico edificio. Y no me avergüenzo de decir que jamás, en mis frecuentes visitas, perdí el encanto inocente de ver funcionar el infantil artificio del Papamoscas.

Hermosas páginas consagra el viajero vasco al sepulcro del Cid, si podemos dar este nombre á la caja que en el Ayuntamiento de *Caput Castellæ* guarda huesos, pedazos de cráneo y cenizas del héroe y de su esposa D.ª Jimena. Desconsolado ante la llaneza familiar con que se custodia lo que resta del Campeador, figura representativa de su tiempo y de los precedentes y subsiguientes, compara la grandeza del personaje con la mezquindad del indecoroso descanso que se ha dado á tan nobles huesos. Ignoro si es cierto que antes anduvieron en viajes y zarandeos, llegando hasta Sigmaringen (Alemania). Si es así,

ha pagado el Cid su universal fama. Hoy están sus mortales despojos y los de Jimena expuestos á la curiosidad de los turistas extranjeros y nacionales, por una peseta ó dos reales de propina. Esto de que anden por el mundo muchas personas que aseguren haber visto los huesos del Cid, es una profanación de la Historia, y el mayor escarnio que puede hacerse de la dignidad de un pueblo.

Y puesto que el Municipio burgalés tiene fama de ser de los primeros en probidad y buen orden administrativo, séalo también en cosa tan fácil como poner las cosas en su sitio, y el sitio del Cid muerto es la catedral; ¿qué mejor sarcófago? Con la catedral por monumento, basta una losa con esta ú otra breve inscripción:

Aquí yacemos dormidos —yo el Buen Cid y mi Jimena.—Non me guarden con cerrojos,—ni me aferren con cadenas,—que por mucho que me llamen—no he de salir de esta fuesa.—Terminó su curso el sol—de mis sonadas proezas,—y las batallas que á España—han de dar prestancia nueva—non se ganan con Tizonas,—ni Coladas ni Babiecas.



La Historia de Castilla, derivando de Norte á Sur en busca de las cuencas de Duero y Tajo, pierde su carácter épico para revestirse del dramático. La organización social imprime á la vida giros nuevos, se ramifican los móviles humanos, y á la sombra de los altos ideales sintéticos asegurados ya, crecen y fructifican intereses de gran monta, ambiciones lozanas, virtudes y crímenes de extraordinario relieve. La selva pasio-

nal y ética se multiplica, se especializa y ofrece á la Historia la compleja variedad de formas morales. Recorriendo á saltos esta lenta derivación, encontramos el inmenso drama de D. Pedro, cuyas trágicas emociones han llegado muy vivas hasta nosotros, el no menos interesante de D. Álvaro de Luna, el de Enrique IV, en que apuntan los conflictos indecorosos y los episodios burlescos. Los Reyes Católicos, felices en los primeros años de su glorioso reinado, debieron á sus éxitos políticos y militares una honda remisión de la fiebre dramática. Su gobierno de reconstitución, enteramente tutelar, ilustrado por excelsas virtudes, fué como señal clara de que el Destino preparaba á los españoles la consolidación definitiva de su ser castizo, el advenimiento de una prosperidad sólida, así en lo jurídico como en lo económico.

Pero la suerte que acompañó á los Reyes en los primeros lustros de su gobierno, les abandonó después, hiriéndoles en lo más sensible de su corazón. Desdichadas fueron las hijas en sus casamientos; más desdichado el príncipe heredero D. Juan, cuya muerte temprana entregó la sucesión del trono á la ciega eventualidad. Así, desde la muerte de D.ª Isabel hasta la rota de los Comuneros, España, herida por el mismo rayo de fatalidad que abatió la fortaleza de sus Reyes, se vió turbada por sucesos adversos. Á las calamidades domésticas de la progenie de Isabel y Fernando, siguieron disturbios del orden internacional, piques lastimosos entre castellanos y extranjeros, y, por fin, los desastres de la guerra civil, con sus sangrientos choques y represalias.

Teatro de este colosal drama fué Castilla, la imponente llanura cruzada por los afluentes del Duero,

que de Norte y Sur le llevan sus aguas. En el territorio comprendido entre Burgos y Ávila, Zamora y Aranda, existen multitud de ciudades y villas que fueron sucesivamente residencia temporal de la errante Corte, y asiento fijo de las familias aristocráticas del reino. Á estas ciudades, hoy abatidas y desmanteladas, con excepción de las que se han modernizado en el régimen político del siglo XIX; á esta región esteparia, barrida por los vientos, harta de sol en verano y de nieblas y frialdades en invierno, harta también de sublimes ó desvariadas abstracciones, quiero traer al amigo Salaverría y á otros jóvenes escritores y poetas que gustan de husmear en las ciudades viejas, para que desentrañen la existencia ideal y positiva del pueblo castellano. El escritor vasco que hoy nos da tan hermosa y verídica impresión de la tierra burgalesa y del ciclo épico, bien podría emprender el estudio de las tierras que llamaremos dramáticas por la violencia pasional de aquellas luchas, y por el personal mixto de pueblo y nobleza que en ellas intervino.

Algo he corrido por esta meseta histórica, en carricoches ó en tercera de trenes mixtos, aunque no tanto como quisiera. Las posadas y la clase tercera del ferrocarril son excelente posición para hablar directamente con la raza. Entiendo que el mejor sitio para irradiar las observaciones es Medina del Campo, emporio que fué, según dicen, del comercio español. Medina está equidistante de Ávila y Zamora, de Segovia y Valladolid; fué apeadero frecuente de los Católicos Reyes y de todo viajante castellano. Visitando la noble villa, recorriendo su inmensa plaza, la mayor sin duda que en España existe, y las calles vetustas, asalta la duda de que allí tuviera el comercio la extensión y

cuantía que suponen algunos autores. Cierto que las anchuras de la plaza indican un mercado concurridísimo y considerable; ¿pero éste sería tal que diera lugar á que los banqueros de aquel tiempo giraran anualmente *quince millones de ducados*? ¿Es leyenda ó realidad que hubo banqueros que giraban á las Indias Orientales? Aun reedificando mentalmente las 900 casas incendiadas por Antonio de Fonseca en la guerra de las Comunidades, no podemos obtener cabida suficiente para el albergue de vecinos y trajinantes que supone la compraventa de tal cúmulo de mercancías. Además, dice la tradición que en Medina la industria del curtido y adobo de cordobanes, suelas y pergaminos alcanzaba valores fabulosos, y que poseía las mejores y más activas imprentas de Castilla. Á su mercado concurrían los finos paños de Segovia, estameñas, bayetas, sayales y otros productos de los innumerables telares de Peñaranda y Ríoseco. Flandes enviaba sus tapices, sus velludos y holandas, y Portugal la rica especiería del Catay.

De esto habrá que rebajar algo. El dinero corriente siempre deja rastro y sedimento en el suelo por donde pasa, y en la ilustre Medina débilmente se ve la huella metálica que al través de los siglos permanece en los emporios arruinados. Es sensible que la Historia no nos hable de estas cosas más que con vaguedad; sólo nos cuenta casamientos de reyes, batallas ó altercaciones entre magnates, dejando en la obscuridad el aparato crematístico por donde venimos á conocer todo lo tocante á la provisión y sustento del pueblo. En Medina nacieron y vivieron muchos varones eminentes en letras, pero casi todos eran reverendos frailes que se pasaban la vida escribiendo la Historia de

las Órdenes á que pertenecían, ó enrevesadas obras de Teología. Su saber aplicaron á contarnos las cosas del cielo, dejándonos ignorantes de las de la tierra.



La mejor, la única gala de Medina es el castillo situado en la Mota, ruina excelsa, triste, elocuente cual ninguna otra en su tristeza y excelsitud. Dominando por su elevación el llano, rodeada de una soledad augusta, es como el genio de Castilla flotante siempre en las oleadas del tiempo. La torre del homenaje, de robustez y gallardía incomparables, vigila todo el suelo castellano: cada una de sus cuatro caras, con innumerables ojos, explora la inmensa llanura, alterada sólo por mansas eminencias, semejantes á la hinchazón de la onda que pasa. La cara del Sur extiende sus miradas hasta las tierras de Ávila; la del Oeste explora los términos de Peñaranda y los cerros salmantinos; la del Este pasa por encima de Olmedo hasta vislumbrar el castillo de Cuéllar, y la del Norte no para hasta los pueblos ribereños del Duero, Tordesillas y Toro. En el abandono y ruina presente, la torre es patrimonio de los chiquillos vagabundos que trepan por inverosímiles subidas y tortuosas grietas, y del sin fin de aves que anidan en los huecos del ladrillo, inmensa república de pajaros de diversas castas, todos fieros y rapaces: grajos, cuervos, águilas, cernícalos. Á la caída de la tarde giran en torno á su metrópoli, formando nube ondulante y rasgando el silencio con la algarabía de sus graznidos. De noche será incalculable la muchedumbre de buhos y murciélagos que de aquellos escondrijos salen á sus excursiones y cacerías.

En los bajos del castillo, única parte que puede reconocer el viajero que no sea ave de presa ó rapaz juguetón, se puede recorrer parte del adarve y de la galería cubierta que bajo aquél corre por los cuatro costados, sin más luz que la que entra por las saeteras. El interior del castillo donde estuvieron las estancias habitables para personas reales, es todo ruina lastimosa. Los escombros han rellenado el patio; no se ve nada que revele suntuosidad: el albergue de los grandes reyes debía de ser harto modesto y de pocas anchuras. Por entre los despedazados miembros del edificio se ve parte de una bóveda, con sus nervios y tímpanos decorados de azul y oro. Parece el techo de una capilla; pero el pueblo, mejor dicho los chicuelos, que se han apoderado del glorioso monumento caído, le han puesto el nombre de *tocador de la Reina*. Los desarrapados *golfillos* que andan en aquellas ruinas como por su casa, y entran y salen por aberturas que serían estrechas para los lagartos, no merecen desprecio. Desempeñan hasta donde pueden las funciones de *cicerones;* manifiestan un gran respeto á la caída majestad de la Mota, y veneración de la Reina, que se peinaba y se componía en aquel tocador. Ellos no han destruído el monumento; *fueron los franceses y los facciosos*... Ellos desertan de la escuela... por patriotismo, ansiosos de saberse de memoria el primer castillo de España para enseñarlo á los forasteros.

Entre la Mota y Madrigal, caminando hacia la cuna de D.ª Isabel, sentí la llanura con impresión hondísima. Es la perfecta planimetría sin accidentes, como un mar convertido en tierra. Al salir de Medina queda á la espalda la torre de la Mota, que no se pierde de vista en todo el camino. Éste es recto hasta Rubí de

Bracamonte, como trazado con una cuerda tirante de trece kilómetros. En aquel mar endurecido, la torre de Rubí, la de Pozaldez y las que lejanas se ven á un lado y otro, parecen velámenes de barcos que han quedado inmóviles al petrificarse el mar en que navegan. El campo era en aquellos días, de primavera lluviosa, verdegueante y encharcado á trechos, con grajea de amapolas como gotas de sangre. Casas lejanas, escasos árboles, supervivientes de los que se plantaron al construir la carretera, no logran romper la uniformidad plana de aquel suelo que se rebela contra todo lo que pretende alterar su quietud, su horizontalidad lacustre y su tristeza reconcentrada, ensoñadora. Es el paisaje elemental, el descanso de los ojos y el suplicio de la imaginación. Detrás del coche, la torre de la Mota enfila el camino; delante, entre las cabezas de los caballos, la torre de Rubí se alza como una mira.

Entre dos miras lejanas y verticales rodamos derechamente, sin desviarnos á un lado ni otro. No vamos llevados por la fantasía, sino por la razón pura... Poca gente encontramos en este camino de la verdad matemática. Hombres ó mujeres cabalgando en borricos pasan y saludan con gravedad... En algún árbol petiseco, la abubilla, coronada de plumas y con sus faldones casaquiles, da los tres golpes de su canto, y vuela hacia otro árbol, tomándonos la delantera. El tí-ti-tí de la abubilla es la suma sencillez musical, como el campo, el camino y el suelo son la suma sencillez topográfica. El alma del viajero se adormece en dulce pereza. Por un camino psicológico, igualmente rectilíneo, se va al ascetismo y al desprecio de todos los goces.

¡Rubí de Bracamonte siempre delante! Su torre no quiere dejarse coger. Avanzamos kilómetros y kilómetros, y la torre siempre lejana. Es una pesadilla, un sermón largo y austero en que con un solo concepto de letanía se nos dice que estamos llenos de culpas, y se nos manda que ayunemos y nos mortifiquemos... Por fin Rubí de Bracamonte, nombre lindo y sonoro cual ninguno, se deja coger; penetramos en sus calles; la línea del camino se quiebra, y enfilamos otra inmensa recta, otra cuerda tirante que nos parece amarrada en la torre de Madrigal. Y en tanto, la de la Mota permanece atrás vigilando: no nos pierde de vista, y espía nuestras intenciones. La llanura absorbe el espíritu del viandante, lo hace suyo. El hombre se siente ciudadano del país intuitivo, *del mirar en sí.* El camino inflexible, cuerda tirante de 14 kilómetros, encuentra en su dirección uno, dos pinares; los corta, los rasga, y adelante siempre... La torre de la iglesia de Madrigal, mole robusta, tocada de un capacete de pizarra, huye muy despacio; ya se deja alcanzar; ya sus líneas amazacotadas y su caperuzo se dibujan claramente... ya se ven los almenados muros, á trechos rotos, y salteados de torreones negros, deformes, carcomidos...

Á un lado queda Moraleja, á otro Blasco Nuño de Matacabras, pueblos anclados en la tierra como en un mar. Por fin se ven los muros rotos de la cerca militar de Madrigal *de las Altas Torres*... En el despiezo de los trozos de muralla quedan témpanos de extravagante forma por la acción del tiempo y de las aguas. Algunos parecen monjes arrodillados en oración, otros esfinges que miran con vaga atención al horizonte lejano. Por el arco de una de las torres fortificadas, quizás la que mejor se conserva de todo el circuito,

se entra en la villa. La primera calle es ancha, fangosa (era tiempo de aguas), con viejos y ceñudos edificios. ¡Qué soledad tan profunda, quietud de un dormir indefinido, en que apenas se oye el resuello del durmiente! Este pueblo y el de Viana, en la ribera de Navarra, son los más vetustos y sepulcrales que he visto en mis correrías por España. Su sueño es como de ancianidad y niñez combinados, juntos en reposo inocente.



Sin oir otro ruido que el de los propios pasos, avanzamos por la calle anchurosa, y en un recodo que conduce á la plaza, vemos algunas casas modernas, construídas con la vulgaridad que rabiosamente desentona en las poblaciones de noble vejez. En la plaza irregular, desnivelada, se ven por un lado soportales que guarecen míseras tiendas, por otro la mole adusta de la parroquia principal, de escaso interés arquitectónico; más allá otra iglesia vulgar y corpulenta. De esta plaza arrancan calles angostas y costaneras que conducen á la población baja, donde alienta el alma histórica de Madrigal de las Altas Torres. Los habitantes, que sin duda son en corto número, se esconden en sus casas... Aquí atisban mujeres desde altos respiraderos al modo de ventanas; allí salen chicos que se brindan á enseñar el pueblo... Interviene un hombre, entre señor y campesino, de buenos modos, que espanta á los muchachos y saluda á los forasteros con grave cortesía; les indica, por la calle abajo, un edificio mal escondido entre árboles... «Allí, allí es», dice, y sigue su camino. Vuelven los rapaces, y por ellos se advierte que la tradición más viva en Madrigal es la del famoso pastelero. Los chicos dicen: «¿Quiere que

le enseñe la casa del pastelero, que era rey de Portugal?» Momentos después vemos una casa estrecha y mísera, con una sola puerta y sobre ella un balcón derrengado con antepecho de torcidos hierros. «Aquí vivía, señor. Mire para abajo y verá un ventanón del convento donde era monja la dama que el pastelero cortejaba...» La vetustez del pueblo y su soledad inducen á creer que esta parte de la leyenda es de genuina creación popular. «¿Pero aquí, digo, vivía un hombre que se ganaba la vida haciendo pasteles? ¿Y quién se los compraba?»... Reconstruyamos el Madrigal del siglo XVI... Algún trabajo cuesta; pero, en fin... ya está. Si mucho deshace el tiempo, más edifica la imaginación.

La figura de Gabriel Espinosa, y el encanto romántico de su proceso y su muerte, nos salen al paso en la histórica villa, cuyas encrucijadas y plazoletas parecen bastidores de teatro. Si Espinosa quiso resucitar en su extraña persona al infortunado rey muerto en Alcazarquivir, debía de ser alto, de tez muy blanca, cabellos rubios tirando á bermejos, ojos azules, la nariz aguileña, el labio belfo, espigado de cuerpo, flaco de piernas, ágil y extremadamente activo, de alma soñadora y alada, de esas que no cesan en su vuelo hasta quemar en el fuego de la gloria sus dorados matices. Los chiquillos, fieles órganos de la tradición, nos informaron de que Gabriel hacía y vendía pasteles *muy ricos,* y de que se estableció en Madrigal para estar á la mira de una señora monja, de añadidura princesa de Austria, que moraba en el convento de San Agustín. Con esta dama estuvo *apalabrado para casarse* el buen Espinosa, que *había sido rey* antes de venir al ruin oficio de pastelero...

Entre el balconcillo de la casa mezquina que antes nos mostraron los pilluelos y el ventanón del convento donde moraba la real monjita funcionaba un artificio de señales. Según la relación de los cronistas infantiles, Espinosa debía de tener un mozo que le amasaba la harina para los hojaldres, bartolillos y suplicaciones, que hoy llamamos barquillos, porque se pasaba el día divagando en las alamedas cercanas al convento, ó entre éste y la muralla... En su pasear melancólico acompañarle solía un frailecico, el cual, según dicen, le franqueó la entrada del recinto claustral. Una mañana, el cogulla apareció muerto á puñaladas entre arboledas, y otra mañana, ó la misma, que en esto difieren los cronistas, huyó Gabriel; prendiéronle en Medina; fué empapelado; se le dió tormento, y al cabo trajéronle de nuevo á Madrigal para darle pública muerte. La horca desalojó de la Historia el enigma del pastelero-rey, entregándolo á la Novela y el Teatro, donde tomó vida más poética y perdurable.

En la zona baja de la villa se alza el disforme caserón rectangular que fué palacio de D. Juan II y después monasterio de Agustinas. Es rojo, mazacote, vulgar, con cierta bárbara simetría en la distribución de sus huecos, más injuriado del tiempo que de los hombres. Sus remiendos y composturas están hechos con arte sólido y sin ninguna gracia. Rodéanlo por Norte y Sur corpulentos negrillos, alineados al uso moderno, como guardia de granaderos. Cuando contemplábamos las adustas paredes, á quien da interés y poesía el haber guardado la cuna de la grande Isabel, se nos apareció de nuevo el amable sujeto que antes nos había encaminado en lo alto de la villa. En todo pueblo donde crecen lozanas las tradiciones y las hortigas,

hay siempre un señor que se complace en cortar el paso al forastero brindándose á enseñarle monumentos, si los hay, ruinas ó cualquier pedrusco de dudosa significancia. Aquél era bien criado y atento sin zalamerías, más deseoso de ilustrarnos que entendido en cosas antiguas.

Apenas llegó á nuestro lado el servicial y desocupado vecino, despidió airadamente á los chicos pegajosos, y señalando al convento nos dijo: «Aquí, señores, no verán ustedes nada; aquí no pueden entrar por el achaque de la clausura de esas malditas rejas y celosías. Cuentan que allá muy adentro, muy adentro, hay salas magníficas, con sillones y papeleras del tiempo de aquellos reyes, que si no rabiaron nos hicieron rabiar á nosotros... También hay tapices, candeleros para poner hachones de cera, y la rueca, huso y argadillo con que enseñaron á hilar y devanar á D.ª Isabel cuando era chiquita. Yo no sé si es verdad que hay tales cosas, porque nada he visto, ni jamás entré en lo reservado del convento»... Por algo que dijo después, contestando á nuestras preguntas y observaciones, entendimos que nos había tomado por chamarileros ó rebuscadores de antigüedades.

Ya que no era posible penetrar en el sacro recinto monjil, el buen guía se brindó á enseñarnos la iglesia y á ponernos en relación con el capellán. Entramos en un patio grande y caduco, de carácter palatino; hicimos conocimiento breve con un cura joven, desabrido de rostro, inquisitivo de mirada, el cual nos metió por un pasillo angosto, larguísimo y siniestro, en cuyo término está la iglesia más fea y destartalada que cabe imaginar, las paredes desnudas de toda belleza, y sólo vestidas de santirulicos y pinturas del montón. Mos-

trándonos aquella ignominia estética, díjonos el cura que allí *no había nada*. También nos creía chamarileros, que andan á la husma de la rica trapería eclesiástica, engañando con arteros cambalaches á las monjitas descuidadas ó menesterosas... Sin sacar de su error al curita nos despedimos de él. Nos había mirado como enemigos; no quiso ó no supo darnos noticia alguna de las transformaciones del antiguo palacio hasta llegar á la desdichada simplicidad en que ahora se encuentra. Tal vez creía que el edificio, destinado á rezadero hermético, es más noble y sagrado en su actual destino que en el primero.

Frente al palacio-convento, por la banda de Occidente, está el hospital, lindo monumento del siglo XIV, si mal no recuerdo. El solícito acompañante nos condujo á visitarlo. Iglesia, claustro y escalera son la joya arquitectónica más valiosa de la villa de las Altas Torres. La misma pequeñez del edificio, acentuando sus admirables proporciones, lo hace más interesante y bello. Pocas veces el espíritu de caridad ha engendrado una construcción tan bien adecuada á su objeto, y que tan felizmente amalgame y sintetice los fines prácticos y los espirituales. Cuanto en él se ve deja en el alma una impresión dulce. Dentro de aquel recinto sosegado se siente la mano suave que se posa sobre el dolor humano para calmarlo ó adormecerlo.

Desde el hospital, franqueando la muralla derrumbada, salimos al campo, que en aquellos días de un abril *de aguas mil* se hallaba en plena magnificencia primaveral. Los trigales lozanos, recamados de amapolas, encantaban la vista. La vegetación arbórea se manifestaba viciosa y exuberante, prodigando al sol el lujo de sus yemas; en los senderos, reblandecidos

por lluvia de la pasada noche, se hundían suavemente los pies del caminante; el polvo desaparecía sojuzgado por la benéfica humedad; arroyuelos humildes corrían con presteza y cháchara de una parte á otra, ignorantes de las lisonjeras menciones que de ellos han hecho los poetas. ¿Será verdad, según afirman antiguos retóricos, que la graciosa composición llamada *madrigal* debió su nombre á la plácida vega de esta villa, fertilizada por el río Trabancos? Seguramente, bajo los copudos olmos, ó á lo largo de las feraces praderas y sembrados risueños, divagaron los poetas, satélites brillantes de aquel incapaz D. Juan II, que entretenía su ociosidad en pasatiempos de *estudios y letras, ó en razonamientos y discreciones de cosas eruditas,* según cuenta Mariana, *trovando él mismo no muy mal en lengua de Castilla.*



Desandando lo andado, después de visitar la mole despedazada de un convento en ruinas, una espantable iglesia sin techo con sus marmóreos altares al aire, todo invadido del jaramago vil y de innúmeras alimañas, volvimos á lo alto de la villa. Imposible despedirnos de ella sin evocar el nombre de aquel portentoso consumidor de papel y tinta, Alonso de Madrigal, *El Tostado,* cuyo nombre perdura en el lenguaje proverbial. En una de las calles que parten de la plaza existe la casa en que la tradición designa el nacimiento de aquel extraordinario polígrafo de mano diestra para mover la pluma. Según reza la leyenda de su sepulcro en Ávila, el total de sus escritos da un promedio de tres pliegos por día, contando desde el de su nacimiento. Descontados los años de mamar y andar á

gatas, parece que sale la vida de este escritor á cinco pliegos diarios, de marquilla, cosa en verdad inaudita y casi milagrosa.

Nacido de padres nobles, El Tostado se crió deforme y enfermizo. La Naturaleza fué con él poco generosa. Era enano, la cabeza grandísima, desapacible y terrorífico el rostro, los brazos largos, el cuello corto y grueso. En el historial de todo hombre extraordinario, las mujeres tienen su leyenda propia. Las de Madrigal cuentan que el niño Alonso fué hasta los diez años un pequeño monstruo desprovisto de inteligencia. Le sobrevino entonces una enfermedad gravísima que puso su vida en inminente peligro. Entre otros tratamientos, aplicáronle á la cabeza ladrillos calientes, con lo cual, á más de sanar, entraron de rondón en aquel cerebro el talento mágico y la memoria prodigiosa. En pocos años pasó Alonsito de la cerrada idiotez á la suma sabiduría, y hablaba latín á chorro suelto. Antes de los veinte años, los franciscanos de Arévalo le enseñaron griego y hebreo, y él solito, devorando libros, aprendió Teología, Filosofía, Jurisprudencia y Medicina, adquiriendo de añadidura todo el conocimiento físico y cosmográfico de su tiempo.

Largos años pasó en Salamanca rigiendo el colegio de San Bartolomé. La fama de su ciencia y el precipitado correr de su pluma difundiéronse por toda España y por las naciones vecinas. Asistió como consultor al Concilio de Basilea; de allí pasó á Italia; en Siena, ante el papa Eugenio IV, sostuvo veintidós proposiciones de Teología, levantando en algunas grán polvareda y escándalo. La proposición en que nuestro bendito D. Alonso quería demostrar que la Pasión y Muerte de Jesucristo no fué el 25 de marzo, sino el 23

de abril, sacó de quicio á los graves varones que le escuchaban. Obispos y teólogos le replicaron con acrimonia; pero el amigo Tostado, que era un escolástico de malas pulgas, no fué corto ni blando en la defensa... Por estas y otras agrias altercaciones tuvo que salir de Italia con las manos en su voluminosa cabeza. Á España volvió en grande abatimiento, herido de tristeza y ahito de amarguras. Desengañado del mundo y de las vanidades eclesiásticas, se metió en la Cartuja de *Scala Dei,* en Cataluña, decidido á terminar allí su laboriosa existencia, endulzándola con la tinta de escribir. Pero al mes de encierro le llamó don Juan II á su corte, le dió prebendas, honores, y por fin la mitra de Ávila. *El Abulense,* así llamado por los viejos eruditos, gobernó sabiamente su diócesis, y en ella, no muy viejo, acabó sus días, sin que en ninguno de ellos diera reposo á su caldeado cerebro, ni paz á su pluma infatigable. En el fárrago de los millares de pliegos que escribió, descuellan los *Comentarios á San Mateo,* en no sé cuántos volúmenes. De esta obra dijo un escritor hebreo que nada tiene de notable más que el mucho peso. Otros no tan severos han dicho que los escritos de D. Alonso serían más apreciables si fueran menos difusos.



Adiós, Madrigal de las Altas Torres que fueron, hoy rendidas á su ancianidad y pesadumbre... Cuando se van quedando atrás los muros carcomidos, que semejan fantásticas siluetas de esfinges meditabundas ó demonios burlones, huyen del pensamiento las figuras del pastelero-rey, y del teólogo cabezudo y grafómano; sólo permanece en él con intenso relieve la ima-

gèn de la magna reina D.ª Isabel. Nos la representamos en la tierna edad de su crianza modesta, junto á su hermanito el infante D. Alonso; corren ambos por la campiña del Trabancos rompiendo en sus brincos inocentes muchos pares de chátaras bordadas; continúan luego en Arévalo, al lado de la madre viuda, su vulgar educación, ausentes de la corte del rey D. Enrique. Nadie sospecha que aquellas pobres cabecitas puedan ceñir algún día la diadema real.

Harto conocidos son los disturbios del reinado de Enrique IV, calamidad grande de Castilla, y el conflicto de la sucesión. El mismo soberano se declaraba incapacitado para la paternidad, suscitando el denigrante pleito de la Beltraneja. Murió el infantito D. Alonso, cuando los grandes se disponían á proclamarle heredero del trono. La proclamación de Isabel en Guisando sacóla de la obscuridad, marcándola un glorioso Destino. Desde aquella ocasión memorable en la Historia de España, la doncellita honesta, criada lejos de las esperanzas cortesanas, empezó á mostrar sus cualidades excelsas. Era un ser admirablemente dotado, que rompía el cerco de la vida doméstica para extenderse y amplificarse, encarnando la vida nacional.

Por cierto que al contemplar la emergencia de Isabel en la esfera pública, hemos de reconocer en sus hermosas cualidades algo de espontáneo, primordial en ella misma. Inútil es buscar el abolengo del ser moral de la Infanta en sus antecesores inmediatos. La ley de herencia fué desmentida en la realidad. La madre, D.ª Isabel de Portugal, era señora de muy cortos alcances y un poco vesánica. Del padre no hay que hablar: bien conocida es la ineptitud de aquel desdichado D. Juan II, cuya voluntad enteramente

líquida se adaptó siempre á la forma del privado que la contenía. Don Enrique III, abuelo paterno, fué un pobre enfermo que en su corta existencia no supo mostrar energía más que en impulsos irregulares y epilépticos. La abuela paterna, D.ª Catalina de Lancáster, que trajo al trono real de España el injerto inglés, despuntó por cualidades domésticas antes que políticas. Refiriendo la muerte de esta señora, dice Mariana: *Su edad de cincuenta años, el cuerpo grande y grueso; en la bebida algo larga, conforme á la costumbre de su nación; la condición sencilla y liberal, virtudes de que se aprovechaban, para sus particulares y para malsinar á otros y desdorallos, los que le andaban al lado, que los más eran gente baja... Estos eran sus consejeros y ministros, grave daño, y más en príncipes tan grandes...* En suma, siguiendo en sentido ascendente la rama de los Trastamaras hasta su tronco bastardo, se ve que D.ª Isabel tenía, en el orden moral, poco bueno y mucho malo que heredar.

El formidable temple del alma de Isabel se manifestó por primera vez en la ocasión de sus nupcias, acontecimiento privado y político de suma transcendencia. La resolución y el tino con que fué acometido este grave asunto, anunciaban ya las grandezas del reinado futuro. El botarate de D. Enrique y su privado el marqués de Villena querían casar á la Princesa con el Rey de Portugal; repugnaba ella esta unión; se trató luego de darle por esposo al duque de Berri, hermano de Luis XI de Francia. Isabel, aconsejada por el arzobispo de Toledo, Carrillo, y por personas de su servidumbre, rechazó ambos pretendientes, y con secreto y tenaz designio eligió por esposo al príncipe de Aragón D. Fernando. La tierna joven, adornada de

virtudes, hermosura y discreción, mal instruída aún en las artes del gobierno, presintió con extraordinarias luces del entendimiento la unión de los dos reinos peninsulares, y hacia la efectividad de esta gran idea marchó con magnánimo corazón y voluntad firme.

Rodeada de pocos amigos y de servidores fieles, tomó Isabel la iniciativa para el concierto de sus bodas. No se arredró ante el disentimiento del Rey su hermano y de gran parte de la nobleza, ni ante las engorrosas dificultades con que había de luchar para establecer la comunicación con el Príncipe. Más inspirada que reflexiva, organizó una embajada que secretamente había de partir en busca del elegido para traerle á vistas después de tratar con él de las condiciones y asientos del pacto matrimonial. Embajadores de amor y emisarios políticos fueron D. Gutierre de Cárdenas, maestresala de la Princesa, y D. Alonso de Palencia, capellán del arzobispo Carrillo.

Largo camino erizado de peligros tenían que recorrer los embajadores para avistarse con el novio. Pero de todo triunfó la constancia y agudeza de aquellos buenos servidores, que, quizás sin saberlo, ponían mano en la obra piramidal de la Historia de España. Su misión era difícil y escabrosa; tenían que concertar á la ida las voluntades de obispos y próceres, radicantes en las comarcas por que había de trotar D. Fernando para venir á Castilla, prevenir la asistencia de picas y lanzas para darle escolta y asegurar su paso por entre autoridades enemigas. Entraron al fin en Aragón los embajadores, y llegando hasta la Cataluña alta, dieron cumplimiento á su mensaje. Al regreso, con las nuevas de un feliz concierto, trajeron á Isabel, de parte del Príncipe, un riquísimo collar de

perlas y piedras preciosas, tasado en cuarenta mil florines.

Nada más novelesco y romántico que la entrada de D. Fernando en Castilla, escoltado por caballeros aragoneses, y precedido de expertos guías conocedores de los tortuosos atajos que había de seguir para burlar la vigilancia de las tropas y alcaldes de D. Enrique. Fué un contrabando épico, el más bello que registra la Historia. Con ayuda de los parciales de Isabel, prevenidos cautelosamente, pudo D. Fernando escabullirse por la frontera y tierras de Castilla hasta llegar á Dueñas; aquí se detuvo, enviando avisos á la Princesa, que moraba en Valladolid, en las casas de Juan de Vivero, donde después estuvo la Chancillería. Habíanse anticipado los embajadores Cárdenas y Palencia llevando á Isabel la buena nueva... Media noche era por filo cuando entraron los asendereados aragoneses en Valladolid, favorecidos de la obscuridad, que así suele amparar á los ladrones como á los ángeles; lo mismo protege á los demonios que á los genios benéficos. La Historia nos cuenta el suceso visible, pero no los latidos de los dos corazones, la ansiedad, la expectación, el dulce presentimiento de un reinado glorioso. Cada novio era un reino, y cada reino un corazón enamorado.

Maravilloso había de ser el hecho histórico que se anunciaba con un cuento de hadas. Las hadas las tenía Isabel dentro de sí; eran sus propios elevados pensamientos que le inspiraban las acciones decisivas. Hallábase á media noche la Infanta en un sitial, rodeada de sus amigos y parciales, esperando la llegada del presunto esposo. Ruido de caballos anunció el feliz instante... Acompañados del arzobispo Carrillo y de los

cuatro caballeros aragoneses, entró Fernando en la sala. Gutierre de Cárdenas, que estaba junto á la Princesa, le señaló diciendo: «Ése es...» Alegres fueron las vistas, risueños los planes de futura comunidad afianzada con el mutuo afecto, con la entrañable pasión del bien público. Á los cuatro días (18 de octubre de 1469) se casaron sin boato, por la escasez de dineros. Para los cortos dispendios de la boda fué menester agenciar un empréstito... Al día siguiente se velaron. Escribieron cartas al Rey y al Papa dando noticias de sus nupcias y explicación del secreto y prisa con que las habían celebrado, y se fueron á Dueñas con su felicidad y sus ensueños de engrandecimiento nacional. Ella tenía diez y ocho años, él diez y seis: era un mocetón talludo, vigoroso y gallardísimo. «Ése, ése es», dicen que dijo Gutierre de Cárdenas cuando el de Aragón entró en la sala de Juan de Vivero. Isabel I premió después los servicios de su mayordomo con nuevos timbres de nobleza. El buen Cárdenas, en memoria de su honrosa embajada y del *Ése es,* añadió tres *eses* á los emblemas de su escudo.



Dejando correr estos pensamientos al compás de la marcha lenta y cadenciosa de un carricoche, se aparece de nuevo, al caer de la tarde, la torre de la Mota, altanera, grandiosa, fúnebre, con el nimbo que en torno á su cabeza traza el vuelo circular de las aves. Ha venido á ser la torre augusta una inmensa mansión de pájaros rapaces. Éstos, al terminar el día, giran y pasean largo rato antes de recogerse á sus nidos...

En este venerable monumento, hoy ruina que no quiere estar yacente, y se pone en pie desafiando los

aires, expiró Isabel á los cincuenta y tres años de su vida, minada por las tribulaciones que le ocasionó la desdichada suerte de sus hijos. El juicio histórico de esta mujer extraordinaria es bien fácil, por la claridad con que resplandece su figura en la memoria del pueblo español. Los hechos en que la Reina Católica puso toda su alma son de singular magnitud y belleza. Sobresalen en aquel reinado arrogantes cumbres, iluminadas por un sol eterno. Estas cumbres son: la juvenil aventura del casamiento que trajo la unión de Aragón y Castilla, las Ordenanzas de Montalvo, la incorporación de los Maestrazgos á la Corona, disposiciones y leyes que establecieron el equilibrio social, rebajando los derechos de la nobleza y subiendo los del pueblo y estado llano. Cumbres quizás más altas y esplendentes son la conquista de Granada, el prodigioso hallazgo de las Indias Occidentales, el amor intenso que la Reina profesaba á su pueblo, el trato afable y la cortesía castiza que con todos, altos y bajos, usaba, siempre bondadosa y justiciera, vigilante incansable de las necesidades de la nación. Por instinto político, más bien por sentimiento, Isabel supo dar forma al ideal castellano del gobierno, que viene á ser un mecanismo democrático regulado y movido por la realeza.

En otros hechos de su reinado no debió de poner la Reina de Castilla toda su alma, sino una parte de ella, la menos excelsa sin duda; que aquella señora, como todo ser humano, había de tener, junto á las cumbres iluminadas, depresiones sombrías. La hiperhemia religiosa, de que no pudo estar exenta, la indujo á disponer cosa tan abominable como la expulsión de los hebreos, y á permitir los horrores del Santo Oficio. No

es todo brillo en la corona de esta soberana, que también hay en ella por algún lado florones harto empañados y obscurecidos. No se debe juzgar á un monarca de tal magnitud con las ideas de su tiempo. El que hubiere de fallar sobre el gobierno de la Reina Católica instalándose al pie de la Mota el día 26 de noviembre de 1504, cuando D.ª Isabel expiraba, habría de prorrumpir en alabanzas de panegírico, pidiendo su glorificación en la Historia y su canonización en la Iglesia. Pero esto no es posible: el tiempo, juez y crítico infalible como hermano de la verdad, nos pone en la mano las medidas que conviene aplicar á las cosas pasadas. Con estas medidas debemos sentenciar y sentenciamos que, si D.ª Isabel de Castilla tuvo en su feliz reinado éxitos admirables, también incurrió en notorios desaciertos. Su principal error fué aquel tenaz empeño en salvar las almas, no sólo de los españoles de su tiempo, sino de todos los que hemos venido después. Este afán de regir las conciencias presentes y futuras es una extralimitación, un abuso de facultades políticas, que hoy no puede ser perdonado. Á tal dislate la llevaron consejeros espirituales, dañados de un fanatismo ardiente, visionarios de la imposible unidad de la fe.

Los siglos siguientes al siglo de D.ª Isabel han venido protestando de este cruel propósito de meternos á todos en comunidad ó rebaño, con regla estrecha y absolutamente intolerable. El litigio ha seguido dividiendo en enconados bandos á los que, no ya castellanos, sino españoles nos llamamos en el viejo solar europeo, y aun no hemos podido obtener sentencia definitiva. ¡Estamos lucidos como hay Dios! Aquella excelente señora, reina famosa entre todas las reinas,

espejo de las mujeres, hizo ciertamente grandes cosas; pero le faltó una, la principal y más importante para el porvenir de sus súbditos. No vió, ó no la dejaron ver, que si antes de morir hubiera desatado nuestras conciencias, habría hecho más por nosotros que descubriendo cien Américas y conquistando doscientas Granadas.

Era mi propósito completar estas impresiones del país castellano con la visita al pueblo más interesante quizás de aquella región, Tordesillas, donde residió cuarenta y siete años, viviendo obscuramente de la substancia de sus tristezas y de su locura, la reina D.ª Juana. No hay drama más intenso que el lento agonizar de aquella infeliz viuda, cuya psicología es un profundo y tentador enigma. ¿Quién lo descifrará? Los elementos allegados por el sagaz erudito señor Rodríguez Villa en su admirable libro *Doña Juana la Loca,* ofrecen singular encanto al lector, y le conducen por una selva de amenas relaciones tan verídicas como novelescas, sin que al término de ella se vea claramente el alma de la Reina, ni la razón de su sinrazón. No será fácil encontrar ni en familias reales, ni en las más humildes de la sociedad, mujer más desgraciada. Veintisiete años contaba cuando murió su indigno esposo. Medio siglo duró su desolada viudez. En 1555, á la edad de setenta y cinco años, murió en Tordesillas; tres años después expiraba en Yuste el César, su hijo.

Dimensiones desproporcionadas ha tomado este Prólogo. La riqueza del asunto se ha sobrepuesto á mis propósitos de concisión y sobriedad. Quédese para mejor coyuntura el capítulo de Tordesillas y doña Juana, que forzosamente ha de ser larguísimo. Yo es-

pero del amigo Salaverría que tome á su cargo esta faena, fácil y lucida para los jóvenes que aman el estudio de las cosas antiguas, recreo y enseñanza de nuestros contemporáneos. Y en tanto, sigamos enalteciendo á la madre Castilla; gritemos en su oído, un poco tardo hoy, para infundirle aliento y obligarla á sacudir el pesimismo perezoso y á escalar los altos escaños de la vida moderna.

Conserva el pueblo castellano la matriz de las virtudes que le dieron predominio en la edad de las heroicas grandezas. Pero los tiempos heroicos pasaron y hemos venido á un vivir pacífico y laborioso, sin espadas ni demás chirimbolos de Marte, combatiendo el mal humano con las armas de las artes y la ciencia. Y ahora que cada región saca de su historia lo que más le place para iniciar y dirigir lo que llamamos Nueva Vida Española, saque Castilla su abolengo agrícola, la extensión de sus tierras, y consagre á éstas todo el buen sentido de la raza y toda su aplicación y perseverancia. Hable y grite pidiendo al Estado las mejoras agrarias á que no alcanza la iniciativa regional; reclame la irrigación, el auxilio de la ciencia agronómica; aspire á que sean vergeles los *Campos Goéticos,* la cuenca del Duero desde Almazán á Zamora, las estepas de aquende y allende el Tajo, y á que cese el oprobio de un Guadiana sumido en tierra. Verdad que de esta y otras afrentas de la civilización es culpable el centralismo, que no da á los pueblos facultades ni medios para luchar eficazmente con la Naturaleza.

Á las hegemonías determinadas por los hechos de gesta, substituye hoy el imperio de la fuerza espiritual, y ésta la dan los éxitos del trabajo y la riqueza. Los

que mayor provecho saquen de las transformaciones de la materia dirigirán á los perezosos y desmañados. Para llegar al empleo posible de una acción vigorosa en las próximas disputas internas de la familia hispánica, es menester que Castilla se desembarace de las rutinas que ahogan su pensamiento, y recobre la conciencia de su valer territorial. Todos los que hemos peregrinado en las diferentes comarcas peninsulares buscando el contacto directo con el pueblo, conocemos cuán viva subsiste en la raza castellana la nativa penetración, el sentido claro de las cosas, y la sagacidad y agudeza que han dado extensión infinita á los archivos de nuestro lenguaje.

Bastará un querer intenso para que el país de los Comuneros rescate su vigorosa personalidad, perdida en los repliegues obscuros del feudalismo caciquil. Únanse los pueblos reclamando y ejerciendo el derecho de rehacer su existencia; constituyan una aleación homogénea, descartando las tendencias regresivas, culpables de la atrofia y desmayo presentes; levántese Castilla y tome su sitio en el ruedo de las regiones pronunciando un formidable *Aquí estoy yo.*

B. PÉREZ GALDÓS.

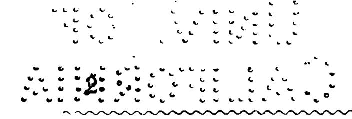
Santander (San Quintín), septiembre de 1907.

I

EN EL TREN

El tren venía corriendo por la llanura abajo en una loca, desenfrenada carrera. Venía de los risueños valles de Francia; había visto los campos, las ciudades, el lujo y la opulencia del Norte, y luego de saltar por los barrancos y encañadas de Guipúzcoa, se internó en la gran meseta castellana. Venía corriendo el tren, por la llanura abajo, veloz y recto, como un corcel que encuentra el camino llano y galopa jubilosamente.

Era la noche cerrada. El cielo estaba raso, y una multitud de estrellas poblaba la magní-



fica techumbre de aquel firmamento tranquilo, alto, puro: por la parte del ocaso, indeciso y apenas perceptible, columbrábase el dorado rastro de la luna que acababa de morir: muy lejos, allá en la linde del horizonte, una larga cordillera dibujaba sobre la vaguedad del cielo su línea ondulada y suave. Asomaban los chopos sus agudas cabezas en la desolación del paisaje. Un campanario se erguía enfrente, taciturno, sombrío y quieto como un guerrero que vigila.

El tren paró bruscamente.

—¡Briviesca! —gritó un empleado con melancólica voz. Surgía de la llanura un silencio tan hondo, tan absoluto, que nada podría expresar la sensación de sueño y de inmovilidad como aquel grave mutismo de la planicie desolada. Nadie acudía al tren, nadie venía á interesarse por el mensajero de los países remotos que traía en su seno la inquietud, las nuevas y los pensamientos del mundo; el pueblo dormía su profundo sueño, la llanura se anegaba en su quietismo secular, y solamente los chopos agudos, elevados, siniestros como gi-

gantes flacos, movían muy lenta y suavemente sus cabezas obscuras.

— Fulano — exclamó una voz desde dentro del tren—; Fulano, ¿qué tal la cosecha?

— Mal—respondió otra voz desde fuera.

— ¿Ha llovido este año?

— No.

— ¿Y la vendimia?

— Mal.

— Entonces, os espera un invierno malo.

— Sí; mal invierno será, malo...

Callaba la noche, callaba la llanura en toda su inmensa extensión. Un hombre, pegado á una esquina, embozado en su manta, miraba al tren con atenta é incomprensible mirada. Parpadeaban las estrellas; temblaban las copas de los árboles ledamente; llegaba del campo una sensación de frío y de silencio sepulcrales.

Entonces, como cansada de aguardar, nerviosa é inquieta, la locomotora silbó y soltó un chorro de humo; luego dejó salir de su vientre un ruido agrio, silbó otra vez y empezó á moverse. Y nuevamente corría por la lla-

nura abajo, silbando y crujiendo, rápida como un animal fantástico y vehemente que ama la carrera vertiginosa; mensajera de los países remotos, compañera del hombre, la locomotora bajaba corriendo hacia el Mediodía en busca del sol, que pronto había de nacer.

En aquel momento sentía yo la extraña inquietud que nos invade cuando la noche comienza á caer y hay en el aire algo como un anuncio ó adivinación de la mañana. En ese momento inefable, cuando el cansancio ha flagelado nuestros nervios, parece que el mundo está poblado de visiones, y todas las cosas, aun las más groseras y concretas, adoptan fácilmente la apariencia de fantasmas. Es ese momento de laxitud en que figuran moverse los objetos inanimados con una vida rara é ideal, y en que el ambiente está lleno de apariciones, y en que los ruidos representan voces fantásticas. En aquella hora, la máquina del tren se me figuraba un demonio noctámbulo que me arrastraba á mundos desconocidos; su lenguaje era el resoplido de las válvulas, sus risas ó sus blasfemias eran los crujidos de las

ruedas; su anhelo era un anhelo loco de largas, de infinitas caminatas por llanuras interminables. Rodar por el mundo aceleradamente, darle vuelta á la tierra cien y mil veces, hundirse en la negrura de nuevas noches, no detenerse nunca, no ver ya jamás el día, desaparecer en la amplitud de nuevas planicies, en la soledad de otros mundos más planos, más raros, más inmensos y más obscuros...

Me asomé á la ventanilla y vi la profundidad de la noche, la extensión desolada de la llanura. ¡Cuán grave y expresiva era aquella planicie castellana, vieja patria del Cid, cuna del españolismo! Iba yo á conocer el secreto de una tierra de dominadores; iba á sentir el aliento de un país antiguo que imprimió en el mundo tan honda y duradera huella; quería desentrañar el misterio de aquella tierra esquilmada, rasa y humilde, que había sabido sujetar á su feudo otras tierras más ricas, más ágiles y mejor dotadas por la naturaleza. Desde la ventanilla miraban mis ojos la fosquedad y el vacío de los campos llanos, la pobreza de los pueblos, la ruindad de los árbo-

les, el frío y acaso el hambre de unos hombres encogidos y lentos. ¿Cómo pudieron este campo y esta gente dominar tan grandes cosas, imprimir en el mundo tan honda huella? España entera quedó sujeta al dominio del nombre de Castilla; su lenguaje, su espíritu y su arbitrio habían sobrepujado á todos los reinos de la Península; y todavía después extendió su influjo más allá de los mares, y su huella profunda quedó impresa para siempre sobre los llanos de América. Padecía como un exceso de vigor y abundancia aquel pueblo raso y pobre...

Iba yo á conocer la tierra castellana, patria del Cid, incubadora de soldados, el pueblo eminentemente conquistador y guerrero, casta de pastores, raza de aventureros, una raza pastoril, sobria como un soldado, seca como un monje, andariega, vagabunda, la que por designio del acaso compuso el arte pictórico más real é intenso, y la novela más rotunda y veraz.

Ya el día comenzaba á alborear. Ya las líneas largas de los collados se afirmaban cla-

ramente sobre la azulina blancura del cielo. Humeaban los techos de las aldeas, y el humo se fundía en la niebla matinal, y juntos marchaban ondeando suavemente por el lecho de las espaciosas encañadas.

Erguían los chopos sus siluetas de una manera vigorosa, á lo largo de los caminos; y por los caminos venían los labriegos, á mujeriegas sobre sus machos, con las cabezas hundidas en las mantas. Corría un aire fino, helado, puro como el de la mar. Las tierras, peladas, se extendían en blandas ondulaciones hasta el infinito: era un infinito de tierras pardas y frías, un infinito de monotonía, de silencio, de soledad.

Pero en este punto amaneció la aurora, y fué una explosión de luz original, una alegría imponderable, un color y un encanto sin ejemplo. Yo no vi nunca amanecer de un modo tan limpio, casto, alegre, espléndido. Parecía una fiesta de luz, una promesa de un día rico, abundante y feliz.

Allá lejos emergía Burgos, bajo la claridad de la aurora: su castillo se delineaba neto,

ligeramente gris, y las dos torres de su catedral, con las torrecillas de su cimborrio, subían como sombras agudas y anhelantes desde la sumidad del caserío hacia el alto y limpio firmamento. Luego ascendió el sol, y se llenó la tierra de una dorada claridad. La catedral, con su pompa de chapiteles, estatuas y torres, se iluminaba y resplandecía, y el sol la saludaba con sus rayos más vivos, más juveniles. Semejaba entonces una catedral vibrante y aérea, un encaje de piedra, una sinfonía de piedra y de luz.



II

POR LAS CALLES DE BURGOS

Estaba ya en el corazón de Castilla, en la vieja ciudad del Campeador: un sol de fin de verano adornaba las casas, el montañón del castillo, la pompa de piedra de la catedral; y todo parecía entonado, vigoroso de color, bajo el raudal de luz que bajaba de aquel cielo ancho y limpísimo.

Estaba ya en la vieja ciudad... ¿Ésta era, pues, aquella villa obscura donde los condes armaban sus mesnadas, con gruesos chuzos y espadones, y todos equipados y á la ventura, por los campos adelante, se entraban á embestir á los moros? ¿Eran, pues, éstas aque-

llas piedras que vieron á Ruy Díaz, todo cubierto de hierro, galopar hacia los países remotos y hacia la gloria?...

Cuando pesa sobre nuestra imaginación la balumba de cien historias y leyendas; cuando las lecturas de los primeros años han dispuesto de tal manera nuestra fantasía que las cosas adoptan un carácter de sublimidad; cuando las empresas son tan considerables que rayan en lo extraordinario é ideal, entonces nuestros sentidos parece como que quieren agrandarse también á la medida de las cosas, y nuestra vida emocional se predispone de tal modo, que la misma realidad se transforma, se engrandece y se hace fantástica. Entonces las piedras más humildes, al contacto de nuestra simpatía, se espiritualizan y toman forma visionaria, y cada esquina, y cada vestigio del pasado, tienen para nuestra alma unas palabras recónditas é inefables que ninguna pluma podría expresar. Entonces las calles por donde transcurrieron aquellos sucesos extraordinarios, los rincones húmedos, los escudos de piedra desportillados, los torreones y las

grietas, todo tiene alma, todo adquiere virtud evocadora, y entonces nuestra imaginación cree que los tiempos se acumulan y confunden de manera que el pasado llega hasta nosotros depurado, engrandecido, en hermosa síntesis y como en bloque, limpio de las impurezas de los momentos y actos ruines. Entonces el pasado ya no es una sucesión de hechos normales y monótonos, ni es el conjunto de horas vulgares, de hechos mezquinos como el sudar, comer, dormirse, labrar la tierra, fabricar la tela... Sino que el pasado es semejante á una visión ideal en que están acumulados los hechos, las palabras, los dolores más eminentes y representativos. Y es entonces, al contemplar la majestad de un castillo, cuando llega hacia nosotros el aura medioeval y nos alucina aquella existencia fenomenal, caballeresca, de los siglos de la espada y de la fe: vemos únicamente las cosas de mayor realce, las figuras de magnitud, los hombres grandes en sus culminantes acciones, y el resto de los hechos triviales, ruines, queda perdido en la obscuridad.

Este es el fenómeno sagrado, la acción depuradora del tiempo, que sólo quiere ofrecernos ejemplos de grandeza; nos muestra á Leónidas muriendo gloriosamente, á Platón pronunciando filosofías, y el resto de sus actos inmundos bórralo el tiempo pudorosamente. El tiempo es el hacedor de lo sublime; el pasado, el tiempo atrás, es el autor de los semidioses, y también de los dioses: el tiempo remoto, el bello pasado, el día de ayer, ése es el ponderador de las imágenes, el gran alucinador... Pero ¿qué importa? ¿Es menos necesaria la alucinación? ¿Podría vivirse la vida si le faltase la hipérbole imaginativa? ¿Qué es lo que nos incita á amar el mañana, sino la nostalgia del día de ayer? Aunque el día de ayer resultó un fracaso, una alucinación, ¿qué importa? Ello nos dará fuerza para amar el día de mañana. Y aunque el día de mañana se convierta en otra prosa ruin y en un fracaso como el de ayer, ¿qué importa? El tiempo lo depurará todo, y cuando pase el día de hoy, prosaico, se convertirá en el día de ayer, el día feliz, el glorioso, el que siempre amamos,

porque está poblado de hechos bravos, felices, grandes, bellos...

De este modo, pues, yo iba por las calles de Burgos mirando cada piedra vieja con simpatía, y cada piedra me hablaba su lenguaje tácito y evocador. Yo no veía de las casas sino su parte evocadora y espiritual, y hasta el mismo aire me figuraba yo que traía ecos y hálitos de aquel tiempo bravo, fosco, fiero, en que unos hombres audaces y obstinados querían ensanchar su patria y su fe más allá de la llanura. El mismo ambiente de la ciudad favorecía esta labor evocadora. No veía en Burgos talleres ruidosos, chimeneas humeantes, trajín de industria; una calma, una tranquila vida, modesta y resignada, reinaban en la ciudad.

Nadie tenía prisa, ningún sonido demasiado febril alteraba la paz de las calles limpias y sosegadas: las gentes pasaban despacio, hablaban sin acelerarse, resolvían sus asuntos moderadamente, compraban, vendían, vivían en paz y sin atropellarse. La luz era vivísima, fuerte, el ambiente era suave y tibio, y el cielo

era tan azul y tan alto, que era como una fiesta de claridad. Los perros tomaban el sol en mitad de las calles; los hombres enjutos, de aspecto sumiso y honrado, con las alforjas en los hombros, transitaban reposadamente, se detenían en alguna esquina y también tomaban el alegre sol de la mañana. Las tiendas eran modestas y chiquitas: todo era modesto, bondadoso, tranquilo y resignado. Venían los labriegos montados en la trasera de sus borriquillos y se diseminaban por los recodos de la población. Á la puerta de los tenduchos se paraban las mulas, cargadas con sacos y alforjas, y aguardaban. Un carro vacío, desenganchado, puesto en mitad de la Plaza Mayor, parecía también aguardar. Nadie tenía prisa... Todos parecían aguardar.

Por encima de los tejados emergía la catedral, lujosa como una encajería. Las calles tenían letreros orgullosos, resonantes y castizos, nombres del Romancero: calle del Cid, calle de Fernán González, calle de Laín Calvo, calle del Almirante Bonifaz... Pasaban los hombres con la manta al brazo, con las alfor-

jas en el hombro, callados y graves. Pasaban muchos hombres viejos; casi todos los hombres, por lo arrugados y cetrinos, aparentaban vejez. Había mucha cabeza baja, mucho cuerpo inclinado, lento, cansado: diríase que la raza, al quitarle la armadura de guerra, de tanto aguardar al nuevo grito de pelea, envejecía y se achicaba. La ciudad entera semejaba estar aguardando, nadie sabe qué voz de despertamiento: aquella vida grave y modesta no era la suya; su vida era una vida recia y acometedora, su alma era otra alma. El Cid, al marcharse, dejó á la ciudad vacía: la ciudad aguardaba á que volviese el Cid, armado de hierro, para emprender nuevas empresas...

Miraba yo las casas viejas, que tenían sobre sus portales grabados sus escudos nobiliarios, y ante aquellos blasones rotos, polvorientos y abandonados, una ola de ideas sentimentales acudía á mi cerebro. Blasones viejos, escudos polvorientos y abandonados, ante ellos me he detenido yo siempre con respeto y curiosidad, porque ellos representan, con la cruz, el alma entera del pasado.

Aquellos escudos estaban allí, sobre los anchos portales, ostentando las empresas y divisas de otras gentes, de otros siglos extraños; los blasones permanecían fijos é indemnes, pero el espíritu que los creó se había ya desvanecido: ellos hablaban todavía de gloria y de orgullo y de nobleza, pero los hombres que los sustentaron, se fueron, ya no volverían más. Los cuarteles tenían aún grabados fieramente aquellos emblemas de gloria: castillos, leones, águilas, espadas, yelmos, flores de lis, corazones, manos abiertas; pero sus dueños ya no estaban allí, ni podían acariciarlos con la mirada, ni enseñárselos á sus hijos altaneramente. En los mismos portalones donde un tiempo esperaban los corceles enjaezados, donde bullían los pajes y ladraban los lebreles, en aquellos mismos portalones ahora se veían el taller de un carpintero, el banco de un zapatero, los útiles de un comerciante. Y en el fondo de un portalón, mientras un carpintero cepillaba un trozo de leño, yo me paré á mirar el resto de un emblema que estaba arrinconado en una pared, y que consistía en

una columna esbelta rematada por un yelmo con la visera cerrada: el yelmo, como avergonzado, ó como iracundo, se volvía de cara á la pared y daba la espalda al mundo de ahora en que todo va revuelto, lo noble y lo plebeyo, semejante á un río turbio y desbordado.

El yelmo soñaba con otros hombres y siglos distintos, vuelto de cara al pasado. Aquellos hombres, aquellos siglos, ¿por qué nosotros, hombres actuales, los vemos á manera de cosas obscuras y tristes, foscas y confusas? En aquella edad que nosotros columbramos con terror, ¿acaso no era la vida más clara, más sencilla y también más risueña? Si nosotros nos ahogamos en un mar de conflictos y de incertidumbres, si la duda nos mina, si el dualismo nos carcome, si traemos á la vez restos del pasado que nos agobian y atisbos del porvenir que nos alucinan, ellos, los hombres de ayer, no tenían sino dos términos concisos sobre que moverse: Dios y el honor. Su vida era más sencilla, puesto que poseían un sentido concreto, sintético, de las cosas; en dos

puntos colocaban su ideal, en servir á Dios y en servir al honor caballeresco, y sirviéndolos lealmente, podían mirar de frente á la vida con mucha más serenidad y alegría que nosotros, hombres negadores, puestos como un puente entre el pasado muerto y el porvenir desconocido. La idea del honor podría suplir en aquellos hombres á todas las grandezas y delicias del mundo: ser noble, tener un blasón, un nombre limpio, una espada, bien les valía á aquellos caballeros toda la potestad del oro, todos los regalos del placer. Sentirse noble, superarse en nobleza cada día y cada generación, obrar con orgullo y con valor y con bondad; sentirse tan grande como la humanidad, poder mirar á todos los hombres de frente y por ley de estirpe, de naturaleza; ser noble, en fin, noble de cuerpo, de alma, de progenie, de corazón, y ser noble siempre y en todos los actos, y sentir la dignidad de su nobleza á todas horas... En verdad que aquellos hombres habían simplificado y enaltecido la vida hasta el mayor grado. Y tenían además el culto de la espada.

La espada...

¡La heroica, la bella, la terrible y noble espada de la tradición! La espada, arma vieja, tan vieja como el valor, tan antigua como la guerra. La espada, amiga del guerrero. La antigua y remota espada que empuñaron los hombres primitivos al dar el primer paso en el camino de la civilización. La espada, arma noble, que se burlaba de las armas arrojadizas y corría á buscar el pecho del enemigo, frente á frente y á dos pasos. La espada con que se armaban los héroes de Homero. La gloriosa espada, símbolo de la valentía. Arma varonil, arma valerosa, arma leal, arma noble, compañera de los hidalgos, la prenda más querida, especie de ídolo por quien juraban los caballeros. Espada, símbolo de nobleza, de defensa, de libertad. Arma fiel, compañera del hombre; espada, noble espada con la que los caballeros se acostaban sobre sus sepulcros de piedra, se tendían á lo largo, armados con su armadura de combate, y la tenían cogida de las manos como una joya que ni después de muertos querían abandonar.

III

LA LLANURA

Después que hube recorrido la ciudad quise ver la llanura, aquella inmensa llanura castiza, puramente española, que á mi imaginación de montañés se tendía como un país extraño, como un lugar de leyenda. Quería ver la meseta central, la prolongación de las planicies africanas, acaso la llanura más original de color, de topografía y de vegetación que existe en toda Europa. Quería ver el paisaje español, el genuino cuadro español, donde la realidad, y no sólo la fantasía de los extranjeros, puso á unos personajes tan intensos, únicos y cáli-

dos como son el conquistador, el torero, el inquisidor, el bandolero, el hidalgo, el mendigo.

Subí por la cuesta del castillo, y para sorprender de una vez y en toda su amplitud la impresión de la llanura, caminaba con la vista en el suelo, y mientras caminaba iba recordando las figuras más salientes de la historia castellana, el Cid, Torquemada, Pizarro, Don Quijote. Y el sol, que ya mediaba en el cielo, me rodeaba de tal manera con su luz caliente y cegadora, que mi fantasía cabrilleaba como si la hubiesen embriagado con un ardiente vino añejo.

Llegué á la explanada del castillo, me senté en lo alto de un terraplén, y tendí la mirada en redondo.

Yo no podría nunca expresar la intensidad de aquel silencio, de aquella desolación, de aquella extensión abrumadora de la llanura. Era cerca de mediodía; el sol abrasaba; la tierra parecía estar calcinándose. Todo alrededor callaba, y todo estaba envuelto en luz; una luz tan fuerte, tan blanca, un cielo tan limpio y tan azul, que aquello tan luminoso y cálido

causaba un efecto negativo, y parecía que el mundo aquel había muerto. Tan grande era el silencio, que el menor soplo de la brisa tomaba proporciones exageradas, como si pasaran voces ó ruidos excepcionales. La tierra aquella se había muerto; se había detenido, paralizado la vida terrenal, y el país, luego de morir, había pasado al dominio de la leyenda.

Verdeaban allá abajo las huertas de la vega. Las casas pardas y chicas semejaban seres inmóviles que estaban aguardando. Los agudos chopos rayaban la amarillez de la llanura con sus firmes perfiles, parecidos á cipreses, á seres macabros puestos en éxtasis.

La tierra tenía una fuerte expresión de personalidad. Era un campo raso, sin accidentes ni alternativas, sin alquerías ni jardines, sin setos ni arroyos ni bosquecillos, sin columnas de humo ni aldehuelas: á pesar de su desolada aridez, hablaba mucho más aquella planicie rasa y silenciosa que la misma fronda de los países verdes y poblados. Indudablemente aquella tierra, cuantas cosas produjese, cantares, costumbres, bailes, pintura, misticis-

mo ó literatura, todo había de ser exclusivo, personal, original y extraño.

Un vacío tan desolado, un silencio tan letal... Diríase que era un país recién abandonado: sus pobladores se fueron á emigrar, como en las historias bíblicas van los hebreos de un continente á otro, de un desierto á otro desierto, abandonando una mañana, repentinamente, las tiendas, los sepulcros y los hogares.

La llanura se extendía alrededor hasta lo infinito: el infinito estaba allí representado tal vez de manera más vigorosa que en el mar. Un infinito apocalíptico, una aspiración del más allá, un anhelo místico, una exaltación del ensueño. Era sin duda un país para albergar monjes, pastores, soldados. Presentíase que de un momento á otro aparecerían en un repliegue del campo las mesnadas de los reconquistadores, la lanza formidable del Cid. Se esperaba ver cualquier instante un grupo de trapenses con su cruz en alto, cantando salmos al Dios del Dolor. Era aquél un campo para ir vagabundeando, con un mendrugo en

la alforja y un cayado en la mano. Era el país de las guerras largas, de las emigraciones, de los ideales remotos.

¿Por qué culpar á la raza de los errores históricos? Cúlpese mejor á la tierra. Aquella tierra no servía para sustentar el lujo moderno, las copiosas ciudades de ahora, la amabilidad sensual y rica de las grandes naciones. Aquélla era la patria de la ambición lejana, el país del caballo, de la conquista y de la huída : allí soñaban los reconquistadores, y por allí bajaban hacia el Sur, hacia el sol, en una aspiración de lejanía, á arrollar los vergeles morunos; por allí bajaban los emigrantes á sorprender el secreto de las selvas americanas. ¡Por qué culpar á los inquisidores! Aquélla era la patria de los monjes austeros, que vivían en un ambiente de sobriedad y de aridez, que proclamaban la renunciación de la vida, que sentían asco de la tierra pobre y ambición del cielo...

Los árboles se aguzaban en lo hondo de la estrecha vega, parecidos á cipreses; en un altozano blanqueaba un rebaño de ovejas; los caminos se alargaban por la llanura en líneas

rectas, fijas, codiciosas, y morían en el horizonte, hacia el Mediodía, hacia el infinito, hacia los mundos del ideal. ¡Si nuevamente aquellos caminos se llenasen de hombres ambiciosos de ideal, temerarios, soñadores de grandes empresas!...

Me volví: sobre el fondo de la llanura abrasada, pajiza, fuerte, las dos agujas góticas de la catedral se destacaban firmes, óseas, rígidas como dos siluetas místicas, ó como dos muertos que se levantasen de su fosa y se asomaran á contemplar el campo desolado.

Las desportilladas murallas del castillo dominaban altivamente la ciudad, la vega, la llanura. Pero la fortaleza del castillo se había acabado, y el viejo guardián apenas si podía ya dominar ni defender á nada. Las murallas con grietas, los terraplenes borrados, las puertas desvencijadas, las troneras sin cañones... En algún rincón descansaría un montón de balas, y algún antiguo cañón, arrancado de su cureña, dormiría como un perro viejo; ó acaso algún otro cañón, puesto aún sobre su cureña y asomando la boca por la muralla,

apuntaría, ¡pobre cañón antiguo, pobre león sin dientes!, apuntaría á la línea del horizonte por donde sale el sol, por donde venía la gloria, cuando había gloria para España.

Entonces, rompiendo imprevistamente el silencio, sonó una corneta dentro del castillo. Sin duda un soldado, para matar el ocio, se puso en la cima de la muralla y se recreaba ensayando los toques del regimiento. El vibrante son, la música belicosa de la corneta, rompía gallardamente el marasmo y el sopor del día: música evocadora, voz pujante y guerrera, la palabra más arrogante y fiera que posee el soldado, aquella corneta, dentro del roto castillo, evocaba unas escenas de victoria, de ardiente pelea. Ahora ensayaba una marcha, en seguida una carga de bayoneta, luego una diana... En el silencio, en la expectación del paisaje austero y pajizo, la corneta no cesaba de ensayar los aires y las llamadas más alegres, más acometedoras, más triunfales.

Desde la alta y fornida torre de Las Huelgas, una campana empezó á tañer acelerada-

mente; parecía un toque de rebato. La llanura se tendía en todo alrededor, tal como si se ofreciera al paso de un ejército que amenazaba llegar. Una ráfaga repentina de viento sopló y vino rodando por los campos rasos, semejante á un latido del alma de la raza, que despertaba al son de la corneta. Y la corneta seguía tocando aires triunfales, toques de marcha, de llamada, de diana, de ataque, dirigiéndose á un ejército imaginario ó invisible...



IV

HÉROES DEL ROMANCERO

Y cuanto más miraba la llanura, más fuertemente sentía la atracción dramática que llegaba desde aquellos campos de allá abajo, campos impregnados de historia y de leyenda, de sangre y de heroísmo, de superstición y de fe, de crueldad y de gentileza. Y como el campo, las casas, los senderos, no habían cambiado apenas desde los siglos de la caballería; como todo era tan castizo, tan quieto y silencioso, la imaginación ponía sin esfuerzo en aquellas tierras desoladas unos hombres antiguos, férreos y militantes; y sin esfuerzo

también, se figuraba entender el oído un son espeso de caballos que piafaban, de espadas que entrechocaban, de vehementes pífanos.

Si los antiguos hombres se levantasen de sus sepulcros, y cabalgasen por aquellos caminos de la llanura, se encontrarían como quien sale de un breve sueño, puesto que todo lo hallarían con la misma forma y el mismo color que en sus viejos siglos. Solamente el estrépito plebeyo de las locomotoras les habría espantado; pero las locomotoras, como quien se siente fuera de su centro, ó como quien tiene espanto de tanto silencio y desolación, llegaban corriendo por el valle del río y huían vertiginosamente, escondiéndose en los repliegues de los collados, huyendo, huyendo...

Aquél no era el campo para los ruidos plebeyos de la industria, sino que todas las cosas estaban dispuestas para acoger hombres de alma noble y ruda, hombres caballerescos, aventureros, guerreadores. Si en la línea limpia y larga de un collado, enfrente del cielo purísimo, en la atmósfera diáfana, se colocase

un hombre á caballo, armado de hierro, con una gran lanza y un pendón, el hombre aquel parecería colocado en su justo lugar, y toda su figura se realzaría y se haría más noble ante el contraste de la concisión del aire, de la tierra y del cielo...

Por allí pasaban los reconquistadores, cuando iban á pelear con los moros por su Dios, su Rey y su Honor. Los versos del Romancero andaban como sueltos por el aire aquel. Detrás de cada altozano parecía apostarse una banda de jinetes. Por los caminos rectos, vacíos, largos hasta el horizonte, se esperaba ver á cada instante la figura de un héroe castellano.

Bernardo del Carpio, soberbio entre todos los nobles, independiente y altivo, confiado en sus fieles servidores, iba á doblar un recodo del camino, aparecer arrogantemente y exclamar:

—Cuatrocientos sois los míos,
los que comedes mi pane:
los ciento irán al Carpio,
para el Carpio me guardare;
los ciento por los caminos,

que á nadie dejen pasare;
doscientos iréis conmigo
para con el Rey hablare;
y si malo me aviniere,
lo peor será tornare...

Y después se dirigiría al Rey, y hablarían de este modo:

—Dios os mantenga, buen Rey,
y á cuantos con vos están.
—Mal vengades vos, Bernardo,
traidor, hijo de mal padre:
dite yo el Carpio en tenencia,
tú tomaslo de heredade.
—Engañaisvos vos, el Rey,
et non decides verdade...
—Prendedlo, mis caballeros,
que igualado se me hae.
—¡Aquí, aquí, mis doscientos,
los que comedes mi pane!...

Eran unos hombres demasiado recios para sufrir la amenaza: el clima los tenía endurecidos, la pobreza les había dado suficiente estoicismo para resistir el hambre de la expatriación, y el continuo choque con los moros habíalos irritado convenientemente para no importarles nada del dolor y de la sangre.

Y brincaban de ira al menor asomo de agra-

vio, y su irritable orgullo, su fiereza, no aguantaban otro que fuese más alto que cada uno de ellos.

Castellanos y leoneses
tienen grandes divisiones,
el conde Fernán-González
y el buen rey don Sancho Ordóñez,
sobre el partir de las tierras
ahí pasan malas razones.
Llamábanse hideputas,
hijos de padres traidores,
echan mano á las espadas,
derriban ricos mantones:
no les pueden poner treguas
cuantos en la corte sone,
y pónenselas dos frailes,
aquesos benditos monjes.
El Conde partió de Burgos,
y el Rey partió de León.
Venido se han á juntar
al vado de Carrión,
y á la pasada del río
movieron una cuestión:
los del Rey que pasarían,
y los del Conde que non...
Allí hablara el buen Rey,
su gesto muy demudado:
—Buen conde Fernán-González,
mucho sois desmemoriado:
si no fuera por las treguas
que los monjes nos han dado,

la cabeza de los hombros
ya os la hubiera quitado...

Eran unos hombres demasiado independientes para poderse sujetar al terruño: la llanura rasa, además, les convidaba á huir, á galopar sin freno hasta los países meridionales donde tenían los sarracenos sus bellos jardines y sus cosas ricas y sensuales. La tierra, el clima, les endurecían para la guerra; su orgullo irascible no podía expandirse sino en la amplitud de las batallas; eran hombres para la guerra y la conquista, y, en efecto, conquistaron todos los reinos de la Península, todo un continente, mas la multitud de las islas.

Y entre todos aquellos hombres, el más representativo era el Cid.

He ahí que aparece el Cid en la llanura...

Cabalga Diego Laínez
al buen Rey besar la mano:
consigo se los llevaba
los trescientos fijosdalgo.
Entre ellos iba Rodrigo,
el soberbio castellano;
todos caminan á mula,
sólo Rodrigo á caballo;
todos visten oro y seda,

Rodrigo va bien armado;
todos espadas ceñidas,
Rodrigo estoque dorado;
todos con sendas varicas,
Rodrigo lanza en la mano...
Encima del casco lleva
un bonete colorado...
Los que vienen con el Rey
entre sí van razonando.
— Aquí viene entre esa gente
quien mató al conde Lozano.—
Como lo oyera Rodrigo
en hito los ha mirado;
con alta y soberbia voz
d'esta manera ha hablado:
— ¡Si hay alguno entre vosotros
su pariente ó adeudado
á quien pese de su muerte,
salga luego á demandarlo,
y se lo defenderé
quiera á pie, quiera á caballo!

¡Oh arrogante creación de un pueblo, á la vez infantil y bárbaro, cruel y generoso!... Mas he ahí que el Campeador se pone á pelear:

Mío Cid don Rodrigo á la puerta llegaba;
Los que la tienen, cuando vieron la rebata,
Ovieron miedo é fué desamparada.
Mío Cid Ruy Díaz por las puertas entraba.
En una mano tenié desnuda la espada.
Quince moros mataba de los que alcanzaba.
....

Á grandes voces llama el que en buen hora nasció:
— Feridlos, caballeros, por amor de caridad:
Yo soy Ruy Díaz el Cid Campeador de Vivar.
....
Amaneció á Mío Cid en tierra de Monreal.
Por Aragón é por Navarra pregón mandó echar,
Á tierra de Castilla envió sus mensaies.
Cercar quiere á Valencia que á sabor de cabalgar:
«¿Quién quiere ir conmigo cercar á Valencia?
Todos vengan de grado, ninguno non ha premia.»
....

Es decir, que un hombre aventurero, temerario y generoso, en aquellos tiempos de epopeya salía á un camino y convocaba, como un nuevo apóstol, á todos los hombres de buena voluntad. — Que vengan todos, decía, cuantos tengan corazón y espada; no importa de donde sean, si del llano ó de la montaña: vámonos todos juntos, como buenos compañeros, á guerrear contra el enemigo de nuestra casta, y para todos habrá botín. Traed una espada y un corazón, y vámonos todos juntos por los campos adelante: y os guiará el más grande de Castilla, la creación pasmosa de España, el padre del valor. — *¡Yo soy Ruy Díaz el Cid Campeador de Vivar!...*

V

DENTRO DE LA CATEDRAL

Aparecía á mis ojos la catedral como una osamenta enorme que habían dejado abandonada en aquel país yermo y religioso unos hombres que huyeron, que se marcharon mucho tiempo atrás. Catedral soberbia, vasto monumento de la fe, síntesis de una edad entera, sepulcro del pasado, allí dormía su sueño secular, abandonada y lejos de la corriente de la vida.

Era como un sueño profundo que no despertaría más, como una cosa yacente que permanecía hundida en un éxtasis, allá en mitad

de la llanura, al pie de la fortaleza rota. Tan grande, tan colosal era aquel sueño de piedra, que la misma ciudad parecía participar de su éxtasis, y las casas, los palacios viejos, los conventos, los chopos como cipreses, las calvas tierras de los altozanos, todo dormía y hundíase en una manera de abstracción quieta, honda, silenciosa.

La catedral invadía todo el espacio y lo llenaba todo con su magnificencia: era como un gigante que se había parado á reposar, y aun tendido y hundido en el valle, su gran dorso sobresalía é imperaba sobre el resto de las cosas. Por dondequiera que se mirase, sobre los pardos tejadillos, sobre la fronda de los árboles, la mole de la catedral levantaba su cuerpo grandioso; y eran unas agujas tan aéreas, eran unas torres tan ideales, era tal la pompa, filigrana y muchedumbre de sus estatuas, grifos, gárgolas y entalladuras, que la ciudad quería encogerse y achicarse sobrecogida de admiración, humillada por la realeza del monumento. Era una catedral triunfante, bella y nobiliaria, que aun abandonada y hun-

dida en su sueño antiguo, dominaba sobre todas las cosas, igual que un gigante, que aun después de vencido impone miedo.

Era un sepulcro maravilloso donde yacía el cadáver del pasado: bello sepulcro, dorado por el sol en las buenas tardes estivales, y en cuyas filigranas de piedra vertía la luna, en la alta y grave noche, su callada y blanca luz. El sepulcro reposaba callando: dentro dormía la muerte.

¡Qué bella muerte la de las viejas catedrales! Dentro de aquellas naves altas, en la penumbra de las solitarias capillas, ¡qué bien se advierte la tranquilidad y el eterno descanso del morir! Hubiera yo querido en aquel momento ser uno de las capitanes que duermen en la soledad de las capillas, tendidos sobre un sepulcro de mármol...

Yo deseaba sumirme, todo entero, con mis flaquezas humanas, con mis desvaríos del espíritu, dentro del sueño de la catedral; y marchaba errando por sus rincones, buscando los lugares más escondidos, para descansar bien en silencio, á solas con mi alma. Allá en lo

hondo de las capillas parpadeaban las lámparas; acaso un Cristo se retorcía dolorosamente en el instante de morir, acaso un guerrero bien armado y con la mano sobre su espada, blanqueaba al reflejo de unos cirios. Una vaga, soñolienta penumbra llenaba la oquedad de las capillas; por los altos ventanales penetraba la débil luz de la tarde; corría por el ámbito de la catedral algo semejante á una ráfaga de misterio y de religiosidad.

Una puerta baja, muy pequeña, daba acceso al claustro: ¡pobre claustro, con sus columnas rotas, abandonado, sin nadie que lo paseara! Allí estaban los santos tutelares, pegados al fuerte muro, esculpidos de manera tosca: llevaban en las manos los símbolos de su martirio, y los mostraban con un gesto de benévolo orgullo, á los devotos. Allí estaban los ancianos, los primitivos sepulcros hundidos en pequeñas hornacinas, con sus inscripciones ya borradas, con sus detalles escultóricos ya desconchados ó rotos: tumbas anónimas, donde ya nadie descansaba, de tan viejas como eran. Por los rincones y los ángulos, en el

arranque de las ojivas, dentro de los nichos y de las capillitas, pululaba una multitud de cruces sin brazos, corderos pascuales, calvarios pintados de negro y oro, y Cristos de piedra, encogidos y dolientes, que morían en la sumidad de algún nicho olvidado.

Del patio llegaba una ola de luz; pero la ráfaga luminosa, al pasar por los cristales de colores, cerníase y se depuraba, y cubría el pavimento del claustro con un tapiz policromo — colores suaves, verde claro, amarillo, siena, azul celeste.—Una mariposa que volaba en el patio, repentinamente, llevada por su vuelo tortuoso y voluble, penetró dentro del claustro y anduvo un instante por entre los santos, los sepulcros y los Cristos dolientes; pero en seguida se alejó, como si huyera espantada... Y nuevamente imperó en el claustro aquella calma, aquella soledad sepulcral y mística, éxtasis, ensimismamiento, sueño de otros siglos que se habían acabado.

Entré en el templo otra vez; allá enfrente se veía una capilla aislada, autónoma y recogida. Una ventana le daba luz, una verja lujosa y

alta la incomunicaba del resto de la catedral.

Era una capilla blanca, con un altar modesto en un costado; y estaba destinada á guardar cuatro sepulcros. Dormían allí en santa paz y amistad un obispo, un canónigo, un guerrero y una doncella noble. El obispo descansaba en el centro de la capilla, tendido á lo largo, revestido con sus galas rituales, la mitra, el amplio ropaje bordado, el báculo de pastor de almas. Metida en su nicho, la doncella noble descansaba enfrente del altar; tenía las manos juntas, la cabeza envuelta en las tocas de beata, y su rostro, ovalado, de dulcísima expresión, volvíase con un gesto ligero y suave hacia la luz que bajaba de la ventana; sobre su cuerpo, y bajo la pompa de unos artísticos relieves, había esculpido un búcaro, un bello y menudo búcaro lleno de flores. El canónigo dormía en otro nicho; tenía abajo, á sus pies, dos escudos nobiliarios, y en la coronación de la calada ojiva campeaba un Cristo, puesto allí para custodio de su sueño; una inscripción decía: «Aquí yace Garci Ruy de la Mota, que Dios perdone...»

El guerrero escogió para reposar el puesto más visible de la capilla, frente por frente de la verja de entrada. Estaba armado de todas sus armas, el peto, los brazales, los guanteletes, las espuelas, tal como si quisiera dormir equipado y apercibido para levantarse cualquier día y tornar á correr los campos de la guerra. Tenía la mano puesta en la empuñadura de la espada; descansaba, dormía tendido á lo largo, pero se hallaba prevenido, y con un sólo salto podía levantarse y montar á caballo otra vez, y embestir á los moros, con banderas, con tambores, con clarines marciales, con buen sol y buen coraje. Ahora dormía, soñando en la gloria pasada. Debajo de él había un león, que sujetaba con las garras el yelmo de combate y que abría la boca preparado para rugir. Y en el cuerpo de la urna, tallado vigorosamente en el mármol, estaban los dos blasones del guerrero, guardados por dos ángeles, y consistían sencillamente en unas bellas, heráldicas flores de lis.

Al sentir la sugestión de aquella mística y noble calma de la capilla, invadió mi espíritu

la idea de morir, de acabar, de caer tendido y descansar eternamente... Hubiera querido descansar yo también en aquella calma religiosa, en aquel silencio profundo, profundo como una eternidad de sueño. Después de haber vivido y trajinado por los campos de la vida, luego de haberse cansado en la torpe y vana guerra del mundo, cuando el corazón se hubiese fatigado de sangrar, y cuando el alma ya no tuviese ningún ensueño ni otra gloria alguna que ambicionar; al fin del camino, al morirse el sol del deseo, que abrasa é incita á la voluntad, ya con la noche cerrada delante, ya sin misterio la vida, sin fuerza el anhelo, plegadas las alas de la fantasía; cuando la existencia no tuviese ya más sabor de cosa picante y sabrosa, ni más estímulo, ni ningún afán de empresas, entonces, para morir y dormir eternamente, allí es donde quisiera yo venir á echarme á lo largo, sobre un sepulcro de mármol, bien en reposo y bien dormido.

Mi sueño sería compartido por aquellos compañeros en la muerte: los obispos que se cansaron de intrigar y de afanarse por el do-

minio, las doncellas nobles que se cansaron de incitar á los galanes y de promover contiendas en las justas y torneos, los guerreros que se cansaron de cabalgar, de matar, de correr campos y breñas. Dormiría entre los signos elegantes y artísticos de que estaba llena la catedral, entre los escudos dorados, los timbres, los blasones, las divisas; junto á los altares de negro y oro, oyendo la música majestuosa é ideal del órgano. Mis amigos serían aquella numerosa gente que vivía una existencia de arte y de elegancia; serían los corderos pascuales, los santos, los animalejos de los relieves, los simios y demonios y monstruos fantásticos, los personajes bíblicos, los obispos y canónigos de las tumbas, los guerreros, los Cristos moribundos, las vírgenes de rostro angélico y arrobado. Por el día vendría la luz, como disipada y cernida á través de la cristalería policroma de los ventanales; y la por noche habría la luz medrosa de las lámparas que tiemblan, balanceándose lentamente, en el fondo de los desiertos altares.

Y escucharía el canto de los niños del coro,

cuando entonan los salmos, bañados de una mística alegría; y el órgano, ese monumento medioeval, la voz más llena de idealismo y de ensueño, sonaría solemne, rotundo, tonante, elocuente, en la hora en que muere el día. Luego la catedral quedaría desierta. Quedaría solitaria y metida dentro de sí, semejante á un mundo resguardado del otro mundo de los hechos, como un refugio en que se amparasen los siglos obscuros que perecieron ya para siempre. En aquella urna sepulcral y lujosa se esconderían orgullosamente las joyas, el arte, la fe, el espíritu, los errores, las sombras y las grandezas de una edad que pereció definitivamente. Fuera andaría, bajo el sol, la lluvia y el viento, espoleado por la furia de la naturaleza y por el ardor de las pasiones, el bajo mundo; las máquinas, el ruido, la lucha, la ambición, la lujuria, la envidia, la tristeza, el entusiasmo febril: aquí, dentro de la catedral, todo sería calma, perecimiento y renunciación, quietud y ensueño, suave y recóndito éxtasis...



VI

MISTICISMO

En aquel momento oí un rumor de rezos en el fondo de la catedral, un sonsoneo vago y monótono que llenó de angustia y de tristeza la calma en que anteriormente reposaba el templo. Fuí hacia allá, y en el fondo de una capilla, iluminadas por la luz amarilla de los cirios, vi un montón de mujerucas, de hinojos ante un Cristo, rezando á compás el rosario vespertino. Las mujerucas rezaban con ferviente unción, poniendo en sus palabras toda la humilde vehemencia de sus corazones atribulados de mujer, de pobre mujer que ha sido

madre, que ha sufrido dolores de preñez, llantos de viuda, lágrimas de miseria y de abandono: puesto que la mujer es aquel individuo de la tierra que más golpes recibe del destino y que más propicia se halla siempre á rezar, á llorar, á invocar el mismo destino fiero que la golpea.

Una voz gutural y atiplida marcaba el primer período del rezo. «¡Padre Nuestro, que estás en los cielos...!», decía con acento agudo y tristísimo; y las mujerucas, dando á su voz un tono bajo y ronco, tristísimo y acompasado, respondían con aquellas palabras de infinito ruego y de honda angustia con que las madres atribuladas, que son todas las mujeres, invocan eternamente al fiero destino que las golpea: «¡Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotras... ruega por nosotras...!»

La capilla estaba llena de una luz temblona, amarilla y fúnebre: parpadeaban los cirios en los ángulos, flotaban por el aire ecos sutiles de suspiros, gravitaba sobre el montón de mujerucas como una mano formidable é invisible que las estaba amenazando continuamente; á

veces se oía el repentino tañido de una moneda cayendo, como ofrenda temerosa, á los pies del Cristo. Y allí estaba el Cristo, sangrando, doliente, lleno de amenazas, de lamentos, de exigencias, de imperativos; el Cristo que moría por los hombres, que moría de asco del pecado, que agonizaba por la sed que tenía del cielo, de la liberación del fango; el Cristo español, que es el Cristo único, nacional y privativo, el más enérgico de todos, el que exige mayores tributos y ofrendas de vasallaje, por lo mismo que es el Cristo que más dolores sufre, el Cristo excepcionalmente doloroso y sangriento.

Aquél era el Cristo español, y no ese Cristo de escayola que ha traído la industria extranjera para servicio de las mujeres. El Cristo de España no es el mismo que el de los demás pueblos, puesto que cada pueblo, así como cada individuo, se forma una religión á semejanza propia. Cada pueblo posee su Cristo, su matiz místico: podrán los dogmas, las formas de rito, los episodios religiosos, ser comunes á toda la humanidad creyente; pero todo pue-

4

blo original y fuerte presta á las cosas é ideas su sello, y se las forma para su uso particular, más familiares é íntimas. Y cuanto mayor sea la personalidad de un pueblo, más honda y personal será la huella que imprima á las cosas universales.

España era un pueblo sobradamente personal, religioso hasta la saciedad: vivió para la religión, hizo de ella su fin y su propósito único; cogió el misticismo y lo adaptó á su carácter; y el misticismo español, entonces, fué el misticismo agreste, intenso, doloroso, reconcentrado y enérgico por excelencia.

Y la expresión del culto adoptó de tal manera la índole del carácter español, que aquel culto risueño de la Galilea, aquel culto elegante de Florencia, fastuoso de Roma, poético en las riberas del Mediterráneo, se transformó en una religión fosca, fuerte, hondísima y varonil en la tierra central española.

Culto de hombres enérgicos, religión de varones, tal fué el cristianismo español. Cuando imperaban los hombres de armas, los señores altivos, los capitanes de mesnadas, el

Cristianismo se puso al servicio de aquellos hombres rudos y francos que amaban el valor, el dolor y el sufrimiento, prendas varoniles. Los obispos entonces podían sobreponer á sus mantos eclesiásticos el peto y el yelmo, y dejar el báculo por la espada; podía haber cardenales que conquistasen reinos y formaran expediciones guerreras contra los infieles contumaces; entonces la religión era un culto varonil, y para hombres de combate. Las mujeres entonces quedaban escondidas en sus hogares tímidamente, y sólo los hombres preponderaban. Los hombres rezaban, levantaban catedrales, arrebataban las mezquitas á los herejes mahometanos, pagaban y defendían el culto; el culto, por lo tanto, estaba hecho para ellos, para los hombres. Y aquellos hombres no podrían nunca satisfacerse con la suavidad y dulzura del culto á las vírgenes inefables, sino que exigían un culto enérgico y robusto que lacerase fuertemente su corazón de guerreros.

Era entonces cuando los imagineros tallaban aquellos Cristos ensangrentados, descoyunta-

dos, terribles de expresión agonizante; en lo alto de los altares, alumbrados con cirios, los Cristos temblaban de dolor, encogíanse en la cruz, miraban al cielo con ojos vidriosos, goteaban sudor y sangre por el rostro; sus piernas flacas se cruzaban en el estertor de la agonía, en el pecho tenían grandes lanzadas, las heridas eran bien anchas, las espinas bien grandes, la cruz pesada; el dolor, la muerte, la sangre, todo era varonil, fuerte, grande, como inspirado por unos hombres duros y resistentes.

Entonces los cuadros y las esculturas representaban los episodios místicos con la mayor fuerza posible de realidad; el realismo español sabía pintar á los demonios con los más terribles atributos del espanto; sabía narrar la historia de las tentaciones del pecado de un modo siniestro, y por mucho tiempo, aun después que la pompa del Renacimiento dulcificó las costumbres, los pintores españoles, fuertemente realistas, sabían pintar un misticismo tétrico, hecho á la medida de un pueblo duro, varonil: autos de fe, herejes

achicharrados, frailes muertos, Cristos sangrientos...

Aquélla era la buena edad de la fe, en que los hombres combatían por ganar el cielo, tanto como por ganar mercedes; en que los reyes altivos mandaban flotas para vencer á los turcos ó desbaratar á los herejes de Inglaterra. Sobre el alma de los hombres gravitaban el dolor, la sangre y la autoridad intransigente de aquellas imágenes moribundas y atribuladas, y los hombres acometían hazañas para ofrecérselas á los Cristos que morían temblando, desgarrados de sufrimiento. Las catedrales se entenebrecían; la música de los cantos amenazadores, implacables, estremecían los pechos de los guerreros. Los guerreros, para descansar en la muerte, preferían los rincones de las catedrales, y allí se estaban, aun después de muertos, bebiendo la infinita amargura de un misticismo crudo é implacable.

En aquel tiempo se sucedían los contrastes emocionales con rara intensidad, y el demonio andaba suelto por los claustros, por la corte, por los castillos y por las viviendas de los

clérigos: un demonio que unas veces era de lujuria, otras veces de crueldad. La lujuria hacía delinquir á las nobles castellanas, que tenían acaso en su servicio un paje lindo y melancólico, rubio como una guedeja de lino; la lujuria penetraba en los conventos y hacía palpitar demoniacamente las pobres carnes de los claustrados; la lujuria avasallaba igualmente á los reyes y primados, á los más devotos de ellos, dándoles bastardos que luego servían, como expiación de la culpa de obscenidad, para promover guerras civiles y fratricidios horrendos. El diablo andaba suelto en aquellos días tenebrosos. Y otras veces, el demonio tomaba la forma de la ambición ó de la codicia, y arrastraba á los hombres á detentar naciones, á saquear á Roma, á matar reyes indios, á quemar, herir, desbaratar muchedumbres.

Pero si eran grandes los pecados, la contrición y el culto eran asimismo grandes. Y en el trémulo ambiente de tantos delitos, de tan copiosas concupiscencias, en la tierra seca y dura, frente á las sierras ásperas y esquilma-

das, bajo un sol terrible en una llanura inmensa, aquel pueblo, entonces, ponía todo su arte, las riquezas todas de la pobre tierra en servicio de su Dios — aquel Dios varonil, lleno de sangre, lleno de dolor, de los viejos templos españoles.

Mientras que hoy, al contrario, las mujeres salieron de su paz y recogimiento, y se hicieron defensoras y custodias del Cristianismo, puesto que los hombres se fatigaron de combatir herejes. Y he ahí que ahora la religión se ha afeminado, y los viejos Cristos moribundos son ya Cristos suaves que tienen un dolor indulgente.

Son imágenes de María, del Niño Jesús y de los santos abogados; pero ya no son foscos, duros y exigentes. Ya no son buenos para inquietar el fuerte pecho de un guerrero, ni sangran y sudan dolorosamente, sino que son dulces y blandos, como la mujer.

Aquellos Cristos tenaces y varoniles que reprendían á los guerreros, que les incitaban á combatir, que les mostraban la sangre y el dolor de sus cuerpos mal tallados; aquellos

Cristos españoles, los de las galeras, de los estandartes, de los autos de fe, aquéllos desaparecieron. Desaparecieron con todos sus errores, pero también con todas sus virtudes...



VII

EL SEPULCRO DEL CID

Á la puerta de la Casa del Ayuntamiento, puestos amigablemente bajo el umbral, dos ujieres engalonados mataban su ocio charlando y riendo á carcajadas. Me acerqué á ellos, y les pregunté bruscamente:

— ¿Dónde están guardados los restos del Cid?

Como si la palabra del Cid tuviese una virtud de magia recóndita, los dos hombres cesaron de reir y pusiéronse graves, y aun parece que se cuadraron militarmente.

— Los restos del Cid — dijo uno de los

hombres — están arriba, en una sala de esta Casa Consistorial. ¿Desea usted verlos, señor? Véngase, pues, conmigo, y se los enseñaré.

La casa silenciosa, los salones vacíos, las ventanas que vertían una discreta y apagada luz, todo hacía pensar allí en la quietud y el tedio de la vida provinciana. Y todos los salones que íbamos atravesando, como si una voluntad antigua y respetuosa hubiera querido afirmar el recuerdo de la gloriosa tradición, todos estaban adornados con pinturas y alegorías que representaban las distintas proezas del Cid y las escenas de la arcaica vida castellana.

— Este es—decía el ujier que me guiaba— el momento en que el Cid, después que hubo muerto al conde Lozano, trae la cabeza del traidor y se la ofrece á su padre. Esta es la silla donde se sentaban los jueces de Castilla. Este el altarcillo donde celebran misa por el alma de Rodrigo de Vivar. Y aquí, en esta urna, se guardan los restos del Cid.

— ¿Y rezan misas por el alma del Campeador, para que Dios le conceda la gloria?...

¿Pero hay quien pueda creer que aquella alma descomunal necesita que la encomienden? ¿No había nacido para ser inmortal y para vivir eternamente dentro de la gloria? ¿No fué virtuoso, lleno de virtud, quien empleó su existencia en realizar grandezas, en crear voluntad, en guiar á su pueblo por el camino de la gloria? ¿No fué por ventura la exaltación de la virtud de su época, el alma entera de su raza y de su edad, el ángel vengador y salvador, descubridor de nuevos caminos, roturador de nuevas proezas, cúspide de los obscuros siglos medioevales?...

Una urna de madera, cifrada con un escudo nacional: este es todo el espacio que ahora ocupa aquel hombre tan grande. Bajo la tapa de la urna, dos vasos con cenizas; pedazos de cráneo; una mandíbula rota; unos huesos cobrizos y apolillados. Y junto con ellos, los huesos y las cenizas de doña Jimena.

Al ver la desolación de aquellos restos gloriosos, mi alma se hundió en una profundidad de ensueño; y pasaron por mi mente tantas ideas é imaginaciones, tantos recuerdos, que

por mucho tiempo permanecí abstruído, mirando la vanidad, la vejez y la impotencia de unos huesos que la eternidad iba deshaciendo implacablemente.



Cid Rodrigo Díaz de Vivar, ¡famoso y valiente Cid!, tú has debido, como todas las cosas, pagar el tributo á la muerte. Esta muerte, que es la primera ley del mundo, nos exige que desaparezcamos, que nos achiquemos para dejar lugar á lo nuevo, que nos reduzcamos en polvo, y que al final nos esfumemos como un último vellón de humo en la amplia y rodadora eternidad. Tú también has muerto y te has reducido á polvo; ni aun los héroes como tú se salvan de la fiera ley. Te has quedado en polvo y en cuatro astillas de hueso, ¡tú que eras tan grande, fuerte y vital! Nada resta de ti, más que estos montoncillos de polvo y de huesos... ¿Nada queda ya? ¿Ni tu espíritu? ¿Ni tu ejemplo?...

La muerte del cuerpo no es el castigo más terrible con que el destino pueda flagelarnos;

pero la muerte del espíritu, la anulación de nuestra voluntad y de nuestra idea, ¡esto sí que es castigo, flagelación y muerte verdadera! Si la aspereza y aridez de la vida, la ingratitud y el llanto, el dolor y el trabajo nos azuzan despiadadamente; si todas las fuerzas de la creación parecen volverse contra nosotros para herirnos y atormentarnos, aun entonces puede quedarnos la esperanza de nuestra obra, la confianza en la eficacia de nuestro ideal; y cuando todavía nos aceche la muerte y venga anunciándose la sombra, la noche de la eternidad, aun entonces nos consuela la idea de que nuestro espíritu podrá quedar vibrando en la atmósfera social, como vibración misteriosa que alcance hasta los siglos y hombres venideros. Entonces damos por bien pagados los sacrificios y todo el dolor de nuestros días afanosos, porque nuestro orgullo nos tienta y dice que la huella de nuestros hechos ha de quedar hundida firmemente en el suelo de los siglos.

¡Oh Cid!, generoso y arriesgado Campeador, ¿es así como tú moriste? ¿Ó moriste del

todo; definitivamente, en cuerpo y en espíritu, sin dejar más que cenizas en esta urna y un nombre en la Historia, nada más?...

Á tu paso por la tierra, como era un pisar tan enérgico, permaneció sonando por mucho tiempo el ruido de tus hazañas.

Al momento de morir, según cuenta la fama, te montaban sobre tu caballo y seguías venciendo moros. Después vencías á la opinión, que quedó sujeta á tu nombre. Durante varios siglos serviste de elemento inspirador á los poetas é historiadores; el pueblo castellano, que necesitaba crear su obra de poesía, hizo el poema tuyo, y el mismo Romancero está lleno de tus andanzas y valentías. Los guerreros, después que moriste, te adoptaban como ejemplo; los niños aprendían á amar la gloria oyendo tu nombre; los viejos contaban tus proezas al amor del fuego; la tradición te hizo su héroe principal; los caminos que tú abriste con el correr de tu caballo, fueron luego los caminos que seguían los reconquistadores, tus herederos, y tú enseñaste á los hombres de tu raza el punto lejano, que está

al Mediodía y que conduce al límite de España, al África luego, más lejos á América, finalmente á la Oceanía... Tú hacías que Castilla se fuese ensanchando al paso de tu corcel; de tanto como se ensanchó, rebasó los linderos de la Península, pasó la mar y se desparramó por todo el mundo.

Entonces, y durante varios siglos, tú viviste, aunque tu cuerpo hubiera perecido ya; viviste la vida de la acción espiritual, vibrando á lo largo de tu pueblo con la vibración potente de un bronce que permanece sonando largo rato en el centro del día. Pero llegaron otros tiempos y se abrieron las fronteras de España; por aquellas fronteras vinieron nuevas costumbres, pensamientos nuevos; el ser de tu pueblo se espació en la inmensidad de la tierra; vencían los soldados de tu pueblo en muchos países remotos, y otras veces tu pueblo era vencido; la fortuna llevó á España por un lado y otro, ahora ensalzándola para hundirla después. Finalmente, tus hijos cayeron del todo, y, al caer, como el cobarde que despierta de un sueño horrible, arrojamos la es-

pada, y nos pusimos á gritar que «nosotros, los españoles, no éramos guerreros»... Era tu espada la que cayó de nuestras pobres manos, tu espada, ¡oh valiente y generoso Campeador!

He ahí por qué has muerto total y definitivamente. Tú fuiste el alma guerrera de tu raza; ya la raza reniega de su alma, de ti y de tu espada; la raza no quiere guerrear. Has muerto, Cid, muerto del todo. Y tan completamente moriste, que tus hijos, cuando los vencieron, y al arrojar la espada cobardemente, exclamaron que «habían de cerrar tu sepulcro con doble vuelta de llave, para que no volvieses á campear»...

Has muerto totalmente. Si no hubieses muerto de tal modo, si tu espíritu vagase aún entre tu pueblo, este pueblo, imitando tus acciones, hubiese alzado el grito al ser vencido, pero no el grito cobarde de quien capitula y se encoge, sino el grito vengador de aquel que cae herido y al caer oprime con más fuerza su espada, porque luego piensa levantarse, embestir nuevamente y vencer á quien antes le

venció. Tan completamente has muerto, que tu pueblo, cuando cayó vencido, á semejanza de los viejos truhanes que van forzados á la guerra, hizo vocación de arrepentido y proclamó al mundo, como quien se retracta de sus pasados hechos, «que el pueblo español abandonaría sus antiguos errores y se haría un pueblo de labriegos y comerciantes...»

Y este pueblo infeliz, tímido como una mujer, acaso no llegó nunca á ahondar en el problema de su evolución, su rara evolución que había de convertirle, desde un pueblo guerrero y místico como fué siempre, hasta un pueblo de agricultores, menestrales é ingenieros. Este pueblo ciego, ciego hasta la demencia, creía sin duda que los designios de la Naturaleza no tienen ningún valor, y que una raza histórica puede mudar fácil y brevemente de orientación, de carácter y de empleo, lo mismo que una culebra cambia de piel.

Este pueblo no alcanzó á ver que era un pueblo torpe para los menesteres de la industria, para las habilidades del comercio y para la minuciosidad de una buena agricultura;

que jamás existió en Castilla una organización económica y fabril digna de respeto; que aun en los tiempos de su mayor grandeza dependía comercial é industrialmente de aquellos pueblos á quienes vencía y sujetaba; que el dinero de los conquistadores se lo llevaban los mercaderes genoveses ó flamencos; que los árabes nos legaron una hacienda rica en canales, tierras labradas y manufacturas de paños, armas y sedas; pero en seguida, á la vuelta de pocos siglos, malbaratamos la hacienda y sólo quedó de fijo y positivo la tierra árida, el ánimo acometedor y aventurero. Este pueblo iluso, caído en la miseria y la cobardía, no alcanzaba á comprender que Castilla continuaba siendo la cabeza de España, quien daba el ser y el sello á toda la Península, y que así como Castilla no servía para fabricar y comerciar, las porciones del litoral, aunque se empeñasen en hacer vida de paz y ahorro, no podían sino sujetarse al rumbo que Castilla les señalaba. Este pueblo torpe y atolondrado no veía que su destino era otro, que su misión en el mundo estaba sin terminar, y que un

pueblo de hidalgos, monjes, soldados y mendigos no podía coger la azada de repente y ponerse á trabajar. La azada se le caería pronto de las manos. Su destino era otro.

Lo que distinguía precisamente á este pueblo era su don de la tenacidad; era un pueblo que estaba acostumbrado á esperar, y nunca perdonaba, y se vengaba al fin; era un pueblo que se tomó de plazo el espacio de siete siglos para concluir de vengarse de los sarracenos. Ahora, por el contrario, al primer golpe se amilanó, arrojó la espada, y fué como si nunca hubiera existido el adversario. Pero éste no era su destino... El destino de España consistía en mantener un ideal de desquite, un deseo de venganza, un hambre de resurrección futura; este ideal de desquite le habría dado consistencia y cohesión al pueblo, y las diversas porciones peninsulares, unidas por la misma hambre de resurrección, se hubiesen mantenido conexas y apretadas fraternalmente. El renegar del instinto guerrero, de la tradición peleadora, ha sido el más torpe error que pudo cometer España; ese instinto y aquella aspi-

ración de gloria y de predominio futuro, hubieran regenerado verdaderamente á España, y no el loco propósito de cultivar la tierra. Un ideal guerrero habría mantenido fuerte á España...

¡Oh Cid, tu espíritu había muerto! En tu pueblo no quedaban más que hombres canijos, vueltos de cara al extranjero, que pedían tu encierro total y definitivo: te amenazaron con cerrar tu sepulcro con doble vuelta de llave, para que no resucitases nunca jamás y no tornaras á inquietar al pueblo de quien naciste. ¡Por qué, sin embargo, no haría el destino que resucitases ahora, saltases de tu sepulcro y montaras nuevamente á caballo!

Valiente y generoso Cid, capitán de los trescientos hombres, tú que no temías á nada, ¡por qué no habías de resucitar! Otra vez como antaño, montarías en tu buen corcel é irías galopando por la llanura adelante, confiado en tu espada, sin más ayuda que tus trescientos, tu escuadrón de aventureros; otra vez se ensancharía Castilla delante de tu caballo; otra vez Castilla rebasaría las lindes de

España; otra vez, si aun viviese tu espíritu, el mundo se llenaría del nombre de España.

España era un pueblo cuyo impulso debiera haberle llevado más lejos todavía de donde le llevó: concluyó muy temprano su carrera: tenía fuerzas para una empresa más larga: se resignó antes de tiempo, abandonó en seguida su ideal. Lo postrero que ha de abandonarse, es el ideal: aun cuando sea loco el ideal, ¿qué importa? Idealizar, proponerse, aspirar y combatir, esta es la sal de la vida.

¿De qué sirve la vida, si faltan el ensueño y la aspiración? Y esos ruidos bajos, plebeyos, groseros, con que ahora las muchedumbres tratan de disculpar su culto á la vida rasa, ¿qué valen, ni cuánto durarán? El hombre, cada vez más, es una máquina que fabrica idealismo. Si un pueblo no ambiciona ni idealiza ya, ¿para qué desea vivir?

Cid, heroico hombre de la guerra, ¡por qué no haría el destino que pudieses levantarte! Tú aconsejarías á tu pueblo que la guerra, sea cualquiera la forma de guerrear, es la condenación eterna é inflexible del hombre; que

todo es guerra, y lo más dichoso de la vida es entregarse á la ola marcial y animada que circula sempiternamente por el Universo.

Tú enseñarías á tu pueblo que es necesario guerrear, lo mismo con espadas que con teorías, y que lo más dichoso es abrirse camino por la tierra adelante, pelear y vencer, dominar, rebasar las lindes de la patria é inundar el mundo luego. Coger los aventureros y llevarlos á la victoria; salir, guerrear, dominar, correr, imprimir una fuerte pisada en la tierra, ser más fuerte que los otros, derrotar á los otros, vengarse...

¡Cid Campeador, deja esa urna miserable, coge tu espada otra vez, éntrate por los campos de tu tierra, despiértala, reavívala, llévala á guerrear!



VIII

VIENDO PASAR UN REGIMIENTO

Era día de domingo por la mañana: lucía un buen sol en el alto cielo. En las ventanas, las muchachas, peinadas y ataviadas con sus galas mejores, aguardaban sin duda al soñado galán, un apuesto galán que había de llegar un día de fiesta por la mañana. Pasaban los campesinos, á mujeriegas sobre sus borricos enjaezados. Corrían y gritaban los chicos. Era una buena y alegre mañana de domingo.

Repentinamente se oyó un toque de corneta allá lejos; luego se oyó un rumor sordo de tambores que repicaban á compás de las cornetas, y gradualmente la marcha marcial fué

avanzando, acercándose, se hizo más clara y vibrante, hasta que el estrépito militar desembocó en la plaza y adquirió su tono más completo, vibrante, acompasado, rítmico. Era un regimiento de soldados que pasaba.

Llegó por la angosta calle y desembocó en la plaza, sonando y vibrando marcialmente; pero al entrar en la plaza, los tambores repicaron por última vez un redoble enérgico, callaron, cesó también el toque de las cornetas y empezó á sonar la banda de música. La banda tocaba un aire alegre, ágil y sobremanera guerrero; los soldados, al oirlo, marcaban el paso con un brío más seguro, con un gesto de natural gallardía, como si la marcha marcial y ágil les hubiese llenado de coraje el corazón. Su andar era firme, su mirada iba alta y arrogante á posarse en las ventanas donde aguardaban las mozas al soñado galán, y todos los soldados demostraban sentir algo como un instinto de superioridad sobre el resto de los hombres.

La misma ciudad parecía estremecerse y erguirse al son guerrero de la música. Salían

los chicos corriendo y se ponían enfrente de la tropa, marcando el paso como los soldados; los ancianos asomaban las cabezas, curiosos y conmovidos; las muchachas de los balcones se aliñaban el pelo con un movimiento nervioso é involuntario; corría una fuerte emoción por dentro de la multitud. Era el regimiento que pasaba, los soldados que pasaban; la fuerza, el valor, la tradición, la leyenda, lo sublime, la raza, que pasaban.

El sol hacía relumbrar las bayonetas: como relámpagos, ó como chispas blancas, los aceros cabrilleaban y difundían en el aire de la plaza nerviosos y rápidos guiños de luz. Todos iguales, todos simétricos, los fusiles avanzaban balanceándose, y daban desde lejos la impresión de una erizada y terrible ola que se movía siniestramente hacia adelante, imponderable de fuerza, de pavor y de sombría acometividad; el regimiento entero, visto á distancia, semejaba un monstruo largo y gacho que avanzaba con andar seguro, con una ligera ondulación, con un ritmo espantable. Y la bandera, en mitad del monstruo, flameaba, y á

ratos se extendía y flotaba, como si fuera la aleta del monstruo, ó como una lengua de fuego que pedía batalla, y sangre, y sacrificio.

Los soldados caminaban con el cuerpo derecho, con el brazo bien suelto y arrogante, con la mirada puesta enfrente, hacia la cabeza del monstruo; sus rostros eran cetrinos, tostados y de rasgos vigorosos, rostros angulosos, ojos negros y vivos, gestos de autoridad y reto. Apenas les apuntaba el bigote á los soldados: eran rostros barbilampiños y como aniñados, pero de una dura expresión de firmeza, acaso de crueldad. Al mirarlos pasar, sonando la música, brillando los aceros, flameando la bandera, toda la antigüedad hidalga, aventurera, tenebrosa, temeraria, de la raza española, toda la historia y la leyenda de la vieja tierra hispánica, parecían despertar y pasar al compás de la marcha guerrera.

Éstos eran aquellos mismos soldados que bajaron un día de las espesuras cantábricas y arrojaron á los moros del llano; y no contentos aún con robarles á Castilla, les robaron toda la tierra llana, y los montes, y la ribera,

y no pararon hasta arrojarlos al mar; y después todavía los persiguieron en su refugio de África, y allí les vencieron en Argel y en Orán.

Éstos eran aquellos mismos hombres que vagabundeaban por Europa, yendo tras un ideal de triunfo, y peleaban en todas las latitudes y á la puerta de todas las ciudades, lo mismo en Nápoles que en Pavía, que en Francia ó que en Flandes. Éstos son los de los tercios, los que llevaban una pica muy alta, la clavaban en la orilla del mar del Norte y afirmaban así el señorío de su casta sobre tierras y gentes remotas. Éstos eran los que rebasaron el límite del mundo, rompieron las columnas que cerraban el mar ignorado, dijeron que había «más allá...» y descubrieron un mundo para en él esparcir y dar amplitud á sus hazañas.

Éstos eran aquellos hombres que se aventuraban en un bajel, los que se metían en la fragosidad de las selvas indianas: allí les aguardaba lo desconocido, la fiebre, el cansancio, las flechas, las llanuras sin fin, los ríos anchí-

simos, las sierras inaccesibles, los mares misteriosos; pero ellos sentían tal abundancia de acción, tal plenitud, tanta fe y confianza en su destino, que todo lo arrostraban y siempre vencían: eran los hijos predilectos de la Fortuna; la Fortuna, que sólo ama á los temerarios.

Para vencer contaban con bien reducidos recursos: sus espadas, sus morriones de acero, sus caballos; pero tenían las dos poderosas armas ideales: el corazón y la fe. Iban, no á miles, sino á docenas nada más: cuatrocientos compañeros, unidos por el mismo deseo y la misma voluntud, emprendían su camino una mañana y no se detenían sino cuando habían triunfado. Su botín eran cosas magníficas y realengas, como el oro, las especies, los frutos picantes y nuevos, el café, el tabaco..., substancias irritantes, agridulces y amargas, ardientes, buenas para el soldado.

Entonces cada hombre era un corazón, cada soldado un paladín, y fué entonces cuando surgían capitanes del fondo obscuro del terruño, en una abundancia nunca vista. El terruño

era pequeño para sustentarles, y ellos se marchaban ál mundo fantástico de la India, donde la vida era como un desbordamiento de belleza y fecundidad. Tan amplio é inagotable era el campo de las empresas, que todos los hombres valerosos tuvieron su parte de botín, sea de poder, de oro ó de gloria: para todos hubo premio. Todos los españoles se hallaron allí congregados, y fué aquello como el principio de la solidaridad hispánica: acudían el de Castilla, el andaluz, el levantino, el cántabro, y todos hallaban merced, dominio, triunfo. Entonces fué la eflorescencia y exaltación del individualismo hispano.

Aquéllos eran individuos, y no colectividades; hombres, y no masas; soldados, y no ejércitos. Una voz de ambición corría por el solar ibérico, y al oir la voz despertadora, los hombres salían de su hogar, solos y á la ventura, llegaban á las Indias, se juntaban cincuenta, ó cien, ó cuatrocientos, y metíanse en la empresa, más bien como compañeros que como números anónimos de un ejército. Lo mismo que en los poemas de Homero, tam-

bién estos soldados tenían su nombre, y cada uno de ellos cumplía su hazaña y tenía después un lugar en la Historia: no fué aquel pelotón ni fué aquel individuo quienes vencieron á un rey ó mataron á un héroe enemigo, sino que fué García, Ferrer, Lazcano, quienes vencieron y mataron. Eran individuos libres, soldados personales, no cifras ni masas guerreras. Eran compañeros, y no reclutas. Cada uno de ellos era un héroe, una voluntad y un designio.

Esta es la forma ideal y bella de los soldados, de la guerra. Entonces era una reunión de hombres que iban unidos por una misma ambición, compenetrados de idénticos designio: buscar el oro, dominar las gentes, imponer la ley de Cristo; es decir, vencer de manera absoluta, quitando la fuerza ajena, infundiendo el ser propio. Entonces, pues, el militarismo adquirió una forma arrogante y feliz; entonces el soldado era un ser lógico, alegre, que se sentía bien en el vasto mundo; pero no ahora, en que los soldados son números que la disciplina une para un algo indeterminado y

abstracto, soldados que no llevan dentro de sí cada una de las grandes y sagradas aspiraciones del guerrero, que son el botín, el dominio, la gloria, la fe.

¿Pero todo aquello se acabó?...

Ya no salen capitanes del fondo del terruño; ya nó surgen individuos como héroes, voluntades como el acero, empresas tan grandes como la presa de un continente: la tierra se cansó de engendrar, y ahora reposa: la raza se achicó y se fué replegando hacia lo escondido de su hogar, y ahora está metida dentro del límite de su modesto predio: los capitanes se acabaron, los heroísmos, las empresas, la gloria, todo se acabó. Ahora pasa el regimiento, y es como una evocación de triunfos pretéritos, y nada más. Pasan los regimientos, pero ya no van á hincar las picas en la margen de los mares remotos

¿Por qué se acabó todo aquéllo? Y los que hablaban de humildad, los que aconsejaban que se embotase la punta de las picas, se cerrase el sepulcro de los héroes y se perdonasen las ofensas del adversario, ¿por qué no

enmudecieron, los tímidos, y por qué sembraron vientos de cobardía en un país que nació para el valor? Este país agreste, sobrio, indómito, alternado, pobre, hondo y agrio y cruel y generoso, todo á la vez; este país, modelado para la guerra, ¿por qué se empeñaron en cortarle el ímpetu, en limarle la garra? Un espíritu militar, consecuente y arraigado, salvaría á este pueblo de su anárquica é incoherente vida de hoy.

La sólida compenetración nacional no puede conservarse si no es mediante un ideal guerrero: el ideal de guerra es el alma de un pueblo. Los pueblos que abandonan su instinto de guerra, pueden por algún tiempo, merced á la velocidad adquirida, conservar su grandeza y andar, andar por entre la prosperidad; pero, finalmente, viene la disolución, y entonces se comprende que aquella grandeza y aquel fausto eran cosa podrida y arruinada por dentro. Murió de este modo Grecia, después Roma; murió el afeminado Oriente, morirán otras naciones recientes y que ahora son grandes. Únicamente el ideal religioso puede

substituir al ideal guerrero: los pueblos religiosos, como el judío, pueden desafiar á los siglos, porque el ideal místico aun es más coherente y durable que el ideal guerrero. Pero un ideal de industrialismo, de bienestar, de paz y de riqueza, ése es un ideal desmenuzador que hace egoístas á los hombres individualmente, que aún puede hacerlos ahorradores y laboriosos, pero que priva á la nación del fuerte, del grande egoísmo de la especie.

Lo que tiene valor es el ideal puesto más allá del momento presente; el sueño de reconquista y de venganza, el deseo fervoroso de agredir y vencer á quienes nos vencieron... Esto es lo que haría andar á los regimientos con un paso de fiera que prepara el salto.

Los regimientos que pasarían á la buena luz del sol, del sol radiante de España. Los corazones que temblarían ante la promesa de próximas batallas. Las miradas que se posarían allá lejos, en los mundos de la gloria. Una rabia de vencido, que aguarda el momento de vencer; un deseo de restituir los golpes infamantes; una esperanza de recobrar lo perdi-

do. Ser más grande que los demás, grande en arte, en ideas, en espíritu, en valor. Volver á hincar las picas en todas las playas, y asentar otra vez el dominio de la casta. Crear obras grandes, y grandes corazones. Entonces sí, entonces los regimientos, erizados de bayonetas, flameando las banderas, avanzando como monstruos seguros é implacables; entonces, ¡qué bien y qué arrogantes pasarían los enérgicos regimientos, símbolo de la fuerza!...

¿Acaso acabaron los motivos de lucha y de dominación? ¿No hay, acaso, nada que hacer ya en el mundo, y la misión de los pueblos ha terminado?... ¿Pues no estáis viendo cómo los límites del ideal se alejan, cómo cada día son más anchos los términos del dominio? Más que en ninguna época, ahora es cuando se ventilan los mayores conflictos, cuando se ofrecen las mejores empresas.

Pero toda empresa requiere un fondo de lucha: en toda acción de predominio debe existir siempre un aliento marcial. Una como tensión de la voluntad, del deseo, de la ira...

¡Oh, regimientos erizados de bayonetas!. ¡Como vosotros deben marchar las voluntades de un pueblo á la conquista del predominio; como vosotros, con el temeroso relampagueo de las armas prontas á herir! Tensa la voluntad, tenso el deseo...

Y el porvenir de España, ¡podía ser tal vez tan grande! El mundo se está ofreciendo, como una presa dócil, á quien quiera dominarlo. El mundo es muy ancho, el mundo es más rico cada año que pasa: sobre la presa de este mundo maduro se han lanzado ya los pueblos del Norte de América y del Oriente de Asia: ¿y hemos de ver impasibles esa magna lucha por el dominio del mundo?

¿No tiene España un arma admirable para meterse en esa lucha? El idioma castellano es como un acero batido cien veces á golpes de martillo, pulimentado por cien artífices concienzudos, endurecido al choque de cien pueblos: este idioma que siguió de cerca á las espadas, que llegó á los límites de la tierra, este idioma puede ser el arma brillante para la lucha por el dominio del mundo.

Aquel continente de América es semejante á un hormiguero que ahora empieza á poblarse y que mañana se llenará de nutridas muchedumbres: es también como una cosa inesperada, como un fondo enigmático que cualquier día puede estallar en sorpresas y en maravillas. Cuando aquel continente se cubra de pueblos, ¿cuán sorprendente no será el destino del idioma castellano? ¿Cuántos cientos de millones de gentes hablarán la lengua que nació aquí, entre estas lomas peladas y secas?

Entonces vendrán otros pueblos del Norte y del Occidente, y nos disputarán el dominio del idioma, y con el del idioma, el dominio del espíritu. Para entonces necesitaba España fortalecer su voluntad, afirmarse en el profundo deseo de vencer y ensanchar su espíritu...

Porque las luchas serán cada vez más grandes, los campos de batalla en el porvenir serán más anchos: finalmente se luchará por el predominio del espíritu, de la lengua, del ser. Y cada día más, en el fondo de toda acción dominadora deberá correr un ágil, un iracundo y á la vez alegre aliento marcial...

Ea, pues, bayonetas; puesto que sois el símbolo de la marcialidad, y puesto que sois la acerada síntesis de todos los deseos de triunfo, ¡brillad bien y gloriosamente á la luz del sol!



IX

REFRANERO ESPAÑOL

Para conocer el alma de un pueblo, para sondear en sus sentimientos, prejuicios y estados de ánimo tradicionales, pocos medios existirán tan directos y eficaces como el refranero, ese centón de filosofía anónima en que la conciencia popular deja lo más íntimo de su ser.

Los refranes son contradictorios entre sí, opuestos unos á otros, llenos de contrastes y rectificaciones; pero contradictorios como son, desdiciéndose á cada punto, son, sin embargo, la exacta expresión del sentir del pueblo, puesto que el alma popular, como todo lo que

en el mundo alienta, está hecha de contradicciones, altibajos, sorpresas, matices de ironía, de sarcasmo, de nobleza, de truhanería, de bondad. El pueblo es una cosa que nunca pierde su interés: lanzarse dentro de esa gran ola anónima de la muchedumbre, es lo mismo que sorprender los ecos del alma popular, los ocultos repliegues del carácter del pueblo.

Los refranes son lo más oculto y sintético de la filosofía popular: mientras hoy iba hundido yo en aquella ola de la muchedumbre, he anotado los refranes ó apotegmas siguientes, todos ellos reveladores de un pensamiento colectivo, completamente tortuoso, impulsivo, como epiléptico.

Á un hombre, un hombre moreno y de mirada fulminante, le he oído decir estas palabras terribles: «¡Á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga!...»

En este adagio español están sintetizados la brutalidad, el fiero egoísmo y la más absoluta desconsideración por los semejantes. Pero el mismo hombre, como si quisiera recargar su pensamiento brutal y egoísta, ha pronunciado

otro adagio todavía más terrible y significativo, que es éste: «¡Quien venga atrás, que arree!...»

Tal es la voz del pueblo, pueblo fiero y acometedor, furiosamente individualista, cuyo individualismo se expresa en esos dos apotegmas concisos, elocuentes y abrumadores. El que venga por detrás, que se las arregle como pueda, que luche y se desespere, que dé impulso á sus virtudes de superación, si es que las tiene, y si no que perezca, que se muera... Y á quien Dios se la dé, es decir, quien sufra algún mal ó alguna caída, el que se vea agobiado por el golpe imprevisto del azar, que se dé por arruinado, que pierda toda esperanza...

Poco más adelante han llegado á mis oídos otros adagios, tan concisos y elocuentes como los anteriores, pero que expresan otro matiz del alma popular: el valor, el arrojo temerario. Un hombre ha dicho á mi lado: «¡Á Roma por todo!» Pocos pasos más allá un mozalbete de gesto atrevido ha pronunciado estas palabras vehementes y varoniles: «¡Me voy á liar la

manta á la cabeza!...» Y en seguida ha añadido: «¡Voy á echar el carro por el pedregal!...»

En estas palabras hierve el sentimiento del ciego arrojo, del valor que no mira á nada, del impulso decidido que no se para ante ningún obstáculo: hierve un sentido de la vida francamente impulsivo, acometedor é implacable. Cuando un hombre de éstos se sienta herido por una ofensa injusta, ó detenido por un obstáculo imprevisto, este hombre se abandonará á su coraje, arrollará el obstáculo, acometerá á su enemigo sin contar con lo que pueda venir luego, sin temor al castigo, á la muerte, á nada. Y para decidirse mejor, para no dar entrada á la rectificación ó al miedo, se «lía la manta á la cabeza», es decir, que se cubre los ojos y el pensamiento, se ciega la vista y el alma, coge su carro, lo aparta del camino trillado y prudente, lo lanza por la cuesta abajo, por el pedregal... No es ésta la opinión de un hombre solamente; es el compendio de la Historia de España.

Y, últimamente, cuando ya su decisión no pueda detenerse ni sea posible reflexionar,

lanzará otro grito, «¡pecho al agua!», y concluirá exclamando la frase, tan representativa y española, tan popular, que dice: «¡No importa!»

Este «no importa», repetido heroicamente en la guerra de la Independencia, y el «pecho al agua», son las dos expresiones que parecen sintetizar definitivamente la ciega historia de un pueblo que obró siempre por arrebatos é impulsos irreflexivos, por saltos emocionales, y que unas veces su decisión impulsiva le arrastró á conquistar mundos, mientras que otras veces le llevó á sucumbir miserablemente en Cuba y Filipinas.

Pero hay una frase, castiza del todo, que viene á suavizar toda la fiereza de los refranes anotados arriba. En estas palabras de misericordia y de inmensa piedad, el sentimiento español, cristiano, fraternal y humilde en el fondo, parece querer abrazar á todos los hombres en un abrazo de igualdad compasiva. La frase dice, cuando alguien despide á un mendigo, de este modo: «Perdone por Dios, hermano.»

Es posible que haya en el mundo pocos modismos populares que signifiquen tal cantidad de amor piadoso como esa frase, profundamente humana. El «perdone por Dios, hermano», es como un acto de contrición que hace un pueblo para lavarse de sus pecados de fiereza y crueldad; esta frase es propia de una raza impulsiva, vehemente, orgullosa, que realiza acciones punibles, que ensangrienta el mundo durante dos siglos, tiraniza á multitud de pueblos desgraciados; y después, cuando se cansa de cometer tropelías, su espíritu se ablanda y humilla, siéntese bueno y piadoso, llama «hermano» al mendigo... El altivo hidalgo, el detentador de naciones, el que tostaba á indios y herejes, se humaniza de pronto, hace un gesto como de renunciación del orgullo, siente que todo es vanidad, desciende hasta el mendigo, le llama hermano, le pide perdón por no poderle socorrer. ¡Cómo ha de socorrer á nadie el viejo y altivo hidalgo, que es pobre por naturaleza, por afición y por fatalidad!

El *hermano* de esta frase compasiva revela

la honda raigambre democrática del pueblo español; pero no una democracia de índole rebelde ó de esencia política, sino una democracia original, nacida del seno cristiano y de entre las nieblas medioevales. El pueblo español se sentía, á pesar de sus apariencias aristocráticas y dominadoras, profundamente igualitario, y aquel instinto democrático que nació del fondo cristiano medioeval, ha perdurado á través del tiempo, y vive ahora vigoroso en el alma popular.

El español era opuesto á toda idea feudal y de privilegio. Ni en la zona cantábrica, ni en la llanura central, tuvo nunca el feudalismo verdadero influjo; la raza era innatamente propensa á la igualdad, una igualdad orgullosa que consistía en considerarse todos pobres, todos nobles, todos hijos de Dios, iguales ante la inclemencia de la naturaleza. La naturaleza era implacable; excepto en la margen mediterránea y meridional, la tierra, el clima, eran duros; en el Cantábrico la naturaleza obligaba á los hombres á la sobriedad y la fatiga; en la meseta lo mismo: la vida era pobre y

todos eran iguales en la pobreza, todos semejantes en el trabajo y en el dolor. Los señores que poseían grandes predios y villas muradas, como la tierra era parca en su producción, vivían con economía y miraban á sus vasallos más bien como á hermanos en la pobreza que como á elementos de explotación. Señores y vasallos, dejando aparte la jerarquía, eran iguales ante Dios, iguales ante la nacional pobreza... ¡Todos pobres, todos iguales, todos hermanos!

Y luego, por fin, he visto una cuchillería...

Una tienda de cuchillos, un escaparate lleno de navajas. Me he detenido á examinarlas, y allí me he estado mucho tiempo como sugestionado por la fría blancura de sus hojas. Era un arsenal de navajas en donde se habían congregado todas las especies, desde la larga y estrecha, aguda como un reptil, hasta la corta y recia, ancha y curva, feroz. Unas eran navajas sutiles, con el mango cubierto de adornos pintorescos en que se combinaban, de una manera bárbara y primitiva, el nácar y las lentejuelas de color de rubí: las motitas de

rubí semejaban gotas de sangre. Otras eran navajas toscas, fuertes, de negra empuñadura, de ancha hoja en forma de corazón; daban la idea de una arma monstruosa, propia para ser esgrimida por un enano robusto, buena para herir en la barriga, dar un tajo de arriba abajo y echar fuera el bandullo de un hombre: eran armas repulsivas y bestiales, que sólo ideas feroces sugerían. Otras, en fin, eran navajas finas y agudas, delgadísimas, bonitas, relucientes, de esas que en la mano de un chulo afeminado van buscando la ingle, la espalda, el cuello, los sitios del cuerpo que son más mortales y que mejor se prestan á una acometida inesperada y traicionera.

Pero mi terror subió de punto cuando leí la inscripción que uno de aquellos largos cuchillos tenía grabada en la hoja. Aquella inscripción era una síntesis del valor, la crueldad y el cinismo; era un consejo y una amenaza juntamente, una mueca de ferocidad y de risa, de ingenio y de burla. Decía la inscripción: «Si esta víbora te pica, no vayas por ungüento á la botica...»

No puede darse nada tan tremendo, tan trágico y horroroso como esta frase de reto valiente, de cinismo canallesco. La psicología popular, en su parte abyecta y grosera, tenía allí su mayor grado de expresión. El homicida parece que desea advertir al adversario lo inútil de su defensa.—Prepárate á morir, le dice por boca de la navaja, porque mi brazo no se contentará con herirte superficialmente, sino que ahondará en tus entrañas, las barrenará á filo de cuchillo, no descansará hasta encontrarte el corazón, hasta matarte...

Aquí la crueldad, el ensañamiento, la plenitud del odio, lo absoluto, lo irremediable de la venganza, tienen su frase concreta. Una bofetada que ha encendido el rostro, una palabra infamante, la ofensa y provocación de una mirada, harán que la hoja del cuchillo grite: «¡No vayas á la botica!... ¡Prepárate á morir, porque la navaja no perdona, y hiere mortal, definitivamente!»

Y estas navajas han llegado á ser representativas, insubstituíbles. Los hombres llevan la navaja en el bolsillo ó en la cintura, como

quien lleva el arma familiar que les ha de vengar y defender; llevan la navaja con el mismo orgullo que pudiera llevar su espada un antiguo hidalgo castellano. Llevar la navaja en el cinto es llevar al amigo fiel y vindicador, puesto que el ambiente popular está embargado de rasgos tradicionales sobre el honor, sobre el concepto que á un hombre valiente y digno han de merecer la palabra afrentosa, el atentado contra la mujer ó contra el nombre de la madre. Un sentimiento caballeresco que se desprende desde las alturas, cae entre el pueblo y florece en flores de acerba, de inquieta caballería. Todos pobres, todos hermanos; todos iguales; todos caballeros, bien se lleve espada ó bien cuchillo. Á punta de espada, lo mismo que á punta de cuchillo; con acero, en fin, el honor se ha de defender, la dignidad herida se ha de vengar, no importa con la sangre que sea...

Y otra vez pensé que este pueblo, que tales cualidades posee de fiereza, valor, crueldad y caballerescos instintos, que siente fervor por la sangre, que es temerario y ciego, feroz en

su ataque, implacable en sus venganzas, este pueblo debieran haberle llevado por caminos de guerra. Este pueblo español que está aún sin desbastar, que todavía no está fatigado, sino dormido, éste es un pueblo de guerra capaz de haber acometido una nueva temeridad, como en los buenos tiempos antiguos.



X

LA CORRIDA DE TOROS

Corría por la vieja ciudad castellana una agitación inusitada que alcanzaba á todas las cosas, tal como si fuera á ocurrir un suceso descomunal bastante enérgico para levantar el espíritu de la multitud, de la población, de toda la comarca. Quemaba el sol, cegaba la luz, volaban nubecillas de polvo por lo ancho de las plazas y de los paseos. Y entre el vaivén de la muchedumbre, bajo el fuego del aire, oíase repetir la misma frase, clara y sacramental, que decía: «¡Á los toros!... ¡á los toros!...»

Era día de corrida, el día feliz, cúspide del

año, con el cual soñaron las gentes en doce meses de tedio y monotonía. Iban á correrse toros en la plaza; iba la multitud á hundirse en la suma embriaguez de la gran fiesta española; y ante el presagio de una tal embriaguez, la vieja ciudad se estremecía hasta en sus entrañas, y no quedaba corazón que no latiese con rara emoción. Emoción intensa, compleja y ardiente, que participaba del susto, de la alegría, de la crueldad, del asombro, del horror, todo á la vez. «¡Á los toros, á los toros!», gritaba la gente. Por lo estrecho de las calles, por lo espaciado de las avenidas, la muchedumbre caminaba henchida de rumores, abrasada por el fuego del sol.

De los portalillos de las casas, vestidas con los trajes mejores, las familias salían muy alegres y miraban en torno con orgullo.—¡Vecina, nos vamos á los toros!...—Los niños, las mujeres, los ancianos, los campesinos, todos tenían en el rostro un gesto de rebosante júbilo, y en todos los labios había la misma frase: ¡Vamos á los toros!... Y esta palabra mágica, la palabra fiera, mortal, bravísi-

ma de *toro,* infundía en el ánimo de la gente una impresión recóndita é inexplicable que no podría tener semejanza con ninguna otra impresión de las multitudes, si no es con la de las matanzas del circo romano, ó con la quema de herejes en los antiguos autos de fe.

Pasaban los carruajes corriendo á todo correr, sonando las campanillas de los caballos; en los carruajes iban sentadas mujeres morenas, con mantillas blancas, con sombrillas rojas, con ramitos de flores en la cabeza y en el pecho. Las calesas, los carricoches, las tartanillas, la numerosa variedad de vehículos rancios, corría por las calles alborotando la ciudad; y los cocheros, con el látigo enarbolado y el rostro encendido, haciendo grandes muecas, con voz impaciente, gritaban á la multitud: «¡Eh, á los toros, á los toros!... ¡Quién viene á los toros!»

Reinaba en la ciudad aquella expectación que precede á los grandes acontecimientos, la misma inquietud que existe antes de un motín ó de un trastorno social considerable. Los nervios de la multitud vibraban en aquel momen-

to con extraordinaria fuerza; de tal modo, que en aquel momento agudo de la psicología popular podría fácilmente desviarse á la muchedumbre, sugestionarla y arrastrarla á temerarias decisiones. En ninguna ocasión podrían intervenir sobre el alma de la muchedumbre agentes tan enérgicos como eran un objeto único, una expectación vivísima, una suma de voluntades apasionadas, un sol tan ardiente y excitante, tales ruidos agrios, detonantes, bárbaros.

Las músicas que pasaban tocando marchas veloces y belicosas; las caballerías que tintineaban; los mozos que marchaban en cuadrilla, cantando á gritos; una gaita campesina que daba al aire su nota áspera, rechinante; los cohetes que rompían de súbito en el espacio y se deshacían en un raudal de chispas.

¡Á los toros, eh, á los toros!...

La ola de la muchedumbre siguió avanzando por las calles, salió á las afueras, llegó á la plaza de toros, y se abismó, finalmente, en el ancho coliseo.



La plaza estaba ya repleta, colmada y desbordante; la multitud se removía impaciente y desasosegada en aquel lugar redondo que era como un gran vaso, rizado de burbujas de locura, lleno de fiebre y de pasión. El sol dividía el circo en dos porciones simétricas; una aparecía en sombra, la otra inundada de fuerte luz: en un lado se hacinaba el pueblo, en el otro lado bullía la sociedad más selecta ó adinerada; pero desde lejos, y desde lo alto de la gradería superior, el conjunto humano se ofrecía como formado de un mismo elemento, bien conexo, acorde en sus manifestaciones de inquietud y alegría; un montón de seres homogéneos que una misma vocación había hecho desbordarse por los palcos y las graderías.

Hervía el aire en la plaza, como si la plaza fuera realmente un vaso lleno de un licor ardiente y burbujeante. Era media tarde; ni una nube alteraba la limpia lámina azul del firmamento. En aquella atmósfera radiante y neta, los colores vigorosos de la muchedumbre y de los flotantes adornos resaltaban briosa y

bárbaramente, lo mismo que en las crudas escenas orientales. Los colores eran todos agrios y chillones: las banderas amarillas y encarnadas; las sombrillas azules, rojas, verdes; los abanicos policromos; los uniformes de los soldados. Y á veces caía un rayo de sol sobre el acero de un fusil ó de una espada, y entonces vibraban los puntos luminosos igual que miradas repentinas surgiendo del enorme monstruo de la multitud.

Cuando hubo llegado la hora, la muchedumbre comenzó á expresar su impaciencia por medio de gritos, de palmadas y de gestos irritados; pero entonces una banda de música dió principio á un pasodoble, y la muchedumbre se calmó, como un niño á quien se complace fácilmente. La música sonaba de una manera viva y alegre, marcando un compás de pasacalle que tenía un sabor muy pintoresco y original, y á los acordes de aquella música retozona y ágil, la multitud quería como saltar, toda llena de vivacidad y regocijo. Pero de repente se abrió una puerta en un lado del circo, apareció la cuadrilla de toreros, y enton-

ces fué cuando el bullicio y el júbilo de la multitud adquirieron su mayor grado de animación.

Gritaban, reían, palmoteaban los hombres y las mujeres; removíanse todos inquietos, cruzábanse los brazos, las palabras y las aclamaciones; los abanicos se rebullían con más precipitación; algunos hombres, enardecidos de entusiasmo, se levantaban de pie y aclamaban á los toreros, dedicándoles palabras mimosas y pintorescas: —¡Bravo, *¡Machaquito!* ¡Olé los valientes! ¡Viva tu madre! *¡Machaquito!... ¡Machaquito!... ¡Machaquito!...*

Los toreros, entretanto, al son del animoso pasacalle, avanzaban formados en dos filas y dirigíanse, diametralmente, hacia el otro extremo de la plaza, en donde se sentaba, bajo un dosel de raso y de banderas, el presidente de la fiesta. Caminaban con un paso original, que no obedecía á ningún ritmo, y que menos se sujetaba al compás de la música. Braceaban con soltura, movían sus cuerpos garbosamente, miraban al público con aire sereno y arrogante. Todos sus movimientos, todos

ellos, en fin, eran un algo particular y extraño, mezcla de valentía, arrogancia, elegante forma, belleza, delicadeza, robustez y afeminamiento. Componían un conjunto raro que no podría compararse á ninguna otra cosa, y que se resistía á un análisis sereno: eran mezcla de hombres vigorosos y de mujeres graciosas; una hermandad de coraje y de ligereza; conjunto de un algo terrible, felino, y de una cosa vaga, errátil, suave. Emergía de ellos el aire raro y exótico de las cosas lejanas, ó antiguas, ó incomprensibles.

Venían vestidos con trajes lindos, formados de veinte colores y matices; pero preferían sin duda para engalanarse los colores vivos y relumbrantes, las lentejuelas, el oro, el rojo, el verde, el azul, y algunos, más discretos, el perla y el rosa pálido. Sus capas las traían liadas al cuerpo con una gracia suprema, de modo que se marcasen las curvas de sus cuerpos flexibles y nerviosos. Eran todos de cara morena, de ojos brillantes, de gestos sonrientes. Cuando llegaron al extremo del ruedo, enfrente del palco presidencial, saludaron cor-

tésmente, desliáronse las capas y aguardaron.

Seguía alborotando la multitud allá en lo espacioso de las graderías; la multitud había llegado á su máximo de expectación y de anhelo. En aquel instante, cuando nada faltaba ya, cuando los alguacilillos, sobre sus briosos caballos, habían ya recogido la llave del toril, sonó repentinamente un clarín, y un timbal, rebotando por lo bajo, marcó un redoble acelerado, siniestro. Entonces la multitud se detuvo, calló, cesó el movimiento de brazos y abanicos. Corrió por el circo una sensación trágica de ansiedad y angustia. Se abrió una puerta en la barrera. Apareció el toro.

Salió el toro con la cabeza gacha y bufando; pero al entrar en el espacio abierto, al ver la luz y la gente, detúvose alarmado y alzó el testuz, que venía armado con dos astas poderosas, curvas y agudísimas. Después avanzó á grandes pasos, miró rápidamente á su alrededor, se detuvo otra vez y pareció aguardar.

Venía de la multitud un rumor difuso, indeterminado, y bien se comprendía que el público, con el corazón vibrante de anhelo, exa-

minaba al toro y hacía cálculos sobre la fuerza ó malicia de su poder. Los toreros miraban también al toro recelosamente, apoyados en la barrera y con la capa apercibida; y sin duda su anhelo era mucho mayor que el de la multitud, y atisbaban á la fiera de soslayo, retardando el momento de capearla.

El toro caminaba de un lado á otro, vigilaba, con la cabeza alta y alerta; removía su mirada rápidamente, daba carreras cortas y se detenía, escarbando el suelo; bufaba, retaba á todo, como un paladín caballeresco: á la muchedumbre, á los toreros, al aire, al sol y al circo entero. Era un bruto hermoso, de grande y cebado cuerpo, negro de color, con las patas ágiles y delgadas, la mirada altiva y serena, rizoso el lomo, poblado de revuelto pelo el testuz. Cansado ya de esperar, excitado por el brillo de la luz, el toro buscó al enemigo, que no quería buscarle á él, y avanzó corriendo.

El enemigo era un picador que, pegado á la barrera, temeroso y tardo, esgrimía la pica con la mano diestra, mientras que con la izquierda gobernaba su cabalgadura, pobre y flaco rocín

que apenas si podía tenerse de pie, tan grandes eran su miedo y debilidad. Miserable caballo, todo huesos y mataduras, cubierto un ojo por una venda y abierto el otro en una mirada de pavor, de infinita tristeza. Contra aquel miserable enemigo arremetió el toro, y tal fué la violencia de la arremetida, que ciego, vibrante el lomo, gacha la cabeza, removiendo los cuernos con inaudito coraje, levantó en alto al jinete y al caballo y los derribó en el suelo estrepitosamente.

Entonces el toro ya no deseó otra cosa que herir y destrozar: en el pescuezo le había dejado la pica una herida ancha que manaba negra sangre, y su dolor no se exteriorizó en lamentos y brincos, sino en furor y en ansia de pelea: y buscaba enemigos á su alrededor, y á todas las cosas embestía, á las capas, á los hombres, á la barrera, en cuya fortaleza clavó sus dos cuernos con ímpetu, hasta hacerla vacilar. Inmediatamente se lanzó sobre otro caballo, y no miró á que el jinete le amenazaba con la larga pica; embistió más impetuosamente que antes, clavó el cuerno en la

barriga del caballo, insistió en la herida, y cuanto más se empeñaba en herirle el picador, más pugnaba el toro por barrenar el cuerpo del caballo, hasta que nuevamente cayeron jinete y cabalgadura, desplomados contra la barrera.

El toro, al salir de la suerte, tenía el hocico sucio por los excrementos del caballo: sucio, sangriento, sudoroso, espumajeante, aquel magnífico bruto sugería ideas de inmensa bravura, de una fortaleza y ferocidad espantables. El caballo herido salió al centro de la plaza, pero ya sin jinete, corriendo al azar, ciego, temblando de susto, encogido de dolor: su vientre estaba abierto, y por la enorme herida le colgaban los intestinos, que el pobre animal, al caminar, se pisaba y destrozaba por sí mismo. Y tales eran su ceguedad y pavor, que por huir de la muerte fué á buscar al toro, quien lo acometió por detrás, lo empujó, lo llevó atropelladamente hasta la barrera y allí lo derribó, muerto.

Antes de que los toreros tuviesen tiempo de recoger al bruto con sus capas, se fué rá-

pídamente sobre el tercer caballo y embistió con igual furia; pero esta vez no arremetió por lo bajo y hozando en el vientre de su víctima, sino que levantó la cabeza, como si aquel esfuerzo fuese para él muy leve, y el jinete y el caballo volaron por el aire, se desmadejaron, cayeron pesadamente á tierra. El picador cayó como una masa inerte, dió con la cabeza en el suelo y quedó allí inmóvil, como muerto: el caballo cayó y en seguída apretó á correr en una carrera loca, llegó á la mitad del ruedo, tembló todo él, abrió la boca, pegó un brinco y se desmoronó, muerto.

Ya la fiesta había llegado á su mayor interés: la tragedia estaba en su período más vehemente. En la arena se veían grandes charcos de sangre, rastros de excrementos, capas derribadas, los cadáveres de los tres caballos. Los toreros iban y venían acelerados, llamando al toro, haciéndole correr para que se distrajera, y cuando el toro les seguía, ellos hacían ondear la capa roja, llegaban á la barrera, daban un repentino salto y dejaban al toro burlado. La muchedumbre bullía y gritaba

poseída de un frenesí de ira: pedía más sangre y más pelea: no le satisfacían los tres cadáveres que yacían tendidos en la arena, lacios, como tres pingajos miserables; y levantando los puños, poniendo las caras feroces, llenos de una suprema indignación, los hombres increpaban al presidente de la fiesta y le recriminaban su falta de disciplina. El público quería más pelea, y al público había que complacerle en orden á las pragmáticas de la lidia de toros. Clamaban, silbaban, vociferaban, hubiesen querido abofetear y patear al presidente; le injuriaban con expresiones soeces, pedían justicia á gritos; y mientras se desencadenaba aquella tormenta popular, áspera como una pesadilla romana, en algún rincón de la gradería los hombres bebían ávidamente del vino que traían en pellejos y botellas; y algunos además comían, cortando las viandas con grandes y relucientes, con agudos cuchillos. Y gritaban, vociferaban todos: «¡Caballos... caballos!... ¡Más caballos!»

Pero en aquel momento vino hacia el toro un banderillero. No traía más defensa que sus

pies, más armas que sus dos lindas banderillas, rizadas de papeles bonitos, como dos juguetes infantiles. Vino corriendo, retó al toro levantando los brazos, dió un salto gracioso y breve, esperó la acometida del bruto, y de repente se ladeó, clavó en el pescuezo de la bestia sus dos banderillas, y huyó presto. Entonces el público, que poco antes bramaba de indignación, cambió súbitamente de parecer, y los gritos los trocó en aplausos, y la multitud se olvidó de los caballos y aclamó al banderillero calurosamente.

El toro, al sentirse herido por las banderillas, lanzó un bramido de dolor y de rabia: ni la burla de las capas, ni el desgarrón que le abrieron las picas en la espalda, nada, hasta aquel momento, consiguió arrancarle un quejido; en cambio las banderillas le mortificaron de tal modo, que la brava y terrible bestia se sacudía el cuerpo, embestía al aire, pugnaba por arrancarse los dos punzadores hierros, y buscaba alguien á quien herir y de quien vengarse.

El segundo de los banderilleros, ágil y viva-

racho como el anterior, retó al toro á su vez, citándole desde lejos, levantando los brazos y dando saltitos graciosos; el toro se fué recto sobre él. Pero cuando el hombre quiso clavar sus banderillas, ladearse y huir, el toro se le adelantó, enganchóle por la barriga y así enganchado lo volteó en el aire, lo sacudió bruscamente al fin y lo arrojó á tierra, lejos de sí. É iba á recogerlo del suelo, á herirle y voltearlo otra vez, cuando llegaron los compañeros, envolvieron al toro con las capas y se lo llevaron al otro extremo del circo.

Y allí quedó el banderillero, cuan largo era, tumbado en mitad de la plaza, con la cara hundida en el pecho, muerto sin duda.

La muchedumbre calló, presa de pena y de espanto. Sobrevino un gran silencio, y si antes la plaza semejaba un inmenso vaso colmado de fiebre y de pasión, luego parecía un lugar trágico por donde pasaba la muerte. Las mujeres se cubrían la cara con el pañuelo: oíase el llanto medroso de algún niño: los hombres cesaron de reir y beber, y se miraban entre sí como si sobre ellos pesase algu-

na infamia común. Su angustia, como la de un criminal inconsciente, se manifestaba en anhelantes interrogaciones. «¿Le ha matado? ¿Está muerto? ¿Está muerto?...» Pero el torero no estaba muerto, sino que cuando lo levantaron abrió los ojos, miró al cielo y los volvió á cerrar triste y cansadamente. Entonces el público respiró y volvió gradualmente á su anterior alegría; el torero no había muerto, y un peso enorme se alzaba de sobre la conciencia de la multitud.

La multitud no podía tener quieta su atención mucho tiempo: una suerte nueva le llamaba, una suerte capital, la culminante de la fiesta. Iba á matar al toro *Machaquito,* el ídolo de las muchedumbres. *«¡Machaquito, Machaquito!...»*, gritaba la multitud cariñosamente. Le dirigían frases cariñosas, palabras mimosas, diminutivos familiares y aniñados. Le excitaban, le sonreían, arrojábanle sombreros y cigarros. «*«¡Machaquito, Machaquito!»*, se oía gritar por toda la plaza.

El matador, entretanto, después de saludar á la multitud, agarró con una mano el lienzo

rojo y con la otra la espada, y con paso firme, sin titubear, avanzó hacia el toro, se plantó á dos pasos de él, extendió el lienzo, levantó el pecho, trazó un ademán valiente y gracioso, pisó fuerte en la arena, retó al toro.

No se oía en la plaza ni una voz, ni un grito, nada; el nudo de la tragedia llegaba á su fin: era el instante decisivo en que un bruto poderoso y un hombre sagaz iban á batirse y á morir. Por lo alto del circo, en la cima del tejado, las banderas españolas flameaban al viento, rojas, muy rojas, como manchones de sangre, amarillas como lenguas de fuego. El firmamento era un paño azul, sin un rastro de nube. Unas golondrinas pasaron por allá arriba, trazaron sus círculos caprichosos, piaron, luego se fueron veloces.

El torero volvió á pisar la arena con brío, llamando al toro, y para incitarle más, para injuriarle y provocar su ira, lanzó un grito brusco: «¡Jo..., jo!...» Entonces el toro ya no dudó más; bajó la cabeza, embistió al lienzo rojo, ya no tuvo paz ni sosiego. El torero le llevaba y le traía, tan pronto á un lado como

á otro, haciéndole girar en redondo y abrumándole con el poder de su astucia. Hasta que rendido, burlado cien veces, inerte y abrumado, sin saber adónde ir ni en quién desfogar su furia; herido, sangrando, jadeante de fatiga, el toro, finalmente, se paró con la cabeza gacha.

Y aun avanzó otra vez sobre el torero, que se abalanzaba á herirle. Pero cuando quiso embestir, ya no pudo; la espada le había llegado al corazón. Y cayó muerto repentinamente...



XI

EL TORO

¡Oh poderoso animal, el más bello producto de la tierra hispana! Tengo por ti la veneración que me inspira todo lo que es noble, grande, sincero y valeroso. Cuando penetro en la plaza y te veo salir al ruedo, veloz como una saeta, me estremezco igual que si una mano misteriosa removiese las fibras de mi corazón. Porque tú eres la expresión viva de lo trágico, el hijo monstruoso de una nación trágica, como ninguna otra nación trágica, terrible, negra...

¡Cómo tiemblan tus lomos al correr, antes de que nadie te haya herido! ¡Cómo relumbran tus ojos! ¡Cómo alientan tus narices, y cómo

te hundes en la gran sensualidad del dolor, de la lucha y de la sangre!... Llegas al medio del circo y miras en tu rededor, te afirmas sobre tus fuertes patas y llamas al enemigo; con la cabeza levantada, mirando de frente, retas é insultas á tus enemigos. Pero tus enemigos vacilan y retroceden, y nadie osa salir á tu encuentro. Los caballos tiemblan miserablemente, pegados á la barrera, volviendo sus ojos tristes hacia la muchedumbre; los toreros, los veloces y cautos toreros se hacinan también junto á la barrera recelosos y llenos de pavor; y allá arriba, en las anchas graderías, la multitud siente que un soplo de terror pasa sobre los corazones. Y tú aguardas, retando á todos, buscando á quién herir.

Entonces te me apareces como la suprema representación de la valentía y de la fuerza; entonces me siento cobarde entre la multitud cobarde, entre la multitud de hombres y mujeres que acuden á verte ¡á ti, el ser más grande, después del torero, que ha creado España!...

Pero ya las capas se extienden ante tus

ojos; los veloces toreros corren hacia ti, incitándote; tú arremetes á ellos, agachas la cabeza y buscas al enemigo entre tus cuernos. Pero tus cuernos hieren el aire, tus cuernos sólo hallan un paño pintado que te ciega y que te burla.

¡Cuán grande es tu rabia! ¡Con qué ira saltas y corres, desesperado por aquella mofa de tus enemigos! Quieres tropezar con algo sólido y fuerte que se oponga á tu fiereza, algo que te hiera y que tú puedas destruir; pero en vano. Los toreros huyen, te sortean y te engañan. Hasta que tropiezas con un caballo...

¡Ahora sí que puedes herir y luchar! Ya encontraste un enemigo que te aguarda sin huir, un enemigo voluminoso y consistente, y encuentras también el hierro que te raja la carne y que te encoleriza más y más. Tú no mides la calidad ni el volumen de tu adversario; se te presenta enorme y amenazador, con la lanza aguda apuntando contra ti; tú embistes sin titubear. Cuanto más se obstina éste en herirte, más hieres tú, más te ciegas, más profundizas tus cuernos en el vientre de tu rival; y

cuando el enemigo cae en la arena, tú te vuelves al centro de la plaza y llevas tus armas chorreando sangre, semejante á un triunfador guerrero.

Todos corren, todos acuden á ti para envolverte y dominarte. Los caballos ruedan á tus pies uno tras otro; los toreros te hostigan y te alejan de la presa; todos contra ti y tú contra todos, en el circo no hay un ser que no tiemble cuando tú pasas. Y la muchedumbre clama entretanto enardecida por la sangre.

¡Yo te admiro, sublime toro! Eres la víctima que se ofrece en sacrificio para que un pueblo entero goce el placer de los placeres, que es el ver correr la sangre. Á semejanza de aquellos dioses perversos de la antigüedad oriental que pedían el holocausto de víctimas tiernas, el pueblo pide tu sacrificio, y tú te entregas, víctima valerosa, en holocausto á ese dios moderno de diez mil cabezas que ama la sangre.

Y sin lanzar una queja, tal vez sin mugir, mudo y solemne desde el principio, tu frente embiste á todo cuanto se le opone; tu cuerpo

queda chorreando sangre; palos agudos cuelgan de tu cuello. Por último, acudes á la espada del matador, embistes hasta el fin y caes de frente, sin proferir una queja; aún no contentos, tus enemigos se agachan cuando caíste, y allí te rematan impunemente... Tú doblas la cabeza y mueres. La muchedumbre, el monstruo trágico de diez mil cabezas, es feliz, y un grito de entusiasmo suena en la plaza. Y los rostros ríen, las mujeres chillan y ríen, los hombres beben. Las músicas rasgan el aire gozosamente.

Entonces, al verte arrastrado por la arena, muerto, sacrificado en un estúpido holocausto, mi corazón se llena de piedad por ti. Entonces es cuando la multitud se me aparece como un monstruo trágico y devorador que padece una sed bestial, una loca y sorprendente sed de víctimas, de cadáveres, de sangre, de crueldad. Entonces es cuando en el fondo de mi corazón cae una lágrima para ti. Para ti, ¡oh toro!, el ser más fuerte, más noble, más valeroso, más ingenuo, de esta ancha y negra y trágica tierra hispana...

XII

LA CARTUJA DE MIRAFLORES

La Cartuja de Miraflores es como una joya de piedra... Viéndola en lo alto de un collado, aislada en mitad de la llanura, tan proporcionada y tan completa, tan artística y elegante; viéndola tan hermosa, tan chiquita y tan vieja, quisiera uno arrancarla, llevársela y meterla en una urna, lo mismo que se guarda una joya.

Cuando entré en la Cartuja, los oficios matinales habían terminado ya. Los frailes se fueron, el templo se quedó vacío; pero aun parecía que temblaba en el aire algo como acordes de órgano, como murmullos de plegarias y como ondas azuladas de incienso. Mediaba

el día; todos se fueron, después de orar, y la Cartuja se quedó sola...

¡Tan en silencio y sola se ha quedado, que ahora, cuando todos se han ido, es cuando parece que la Cartuja se sumerge en una profunda, reconcentrada oración! Es la oración del mediodía, de la hora celeste por excelencia, la hora del sol. El sol, la obra predilecta de Dios, viene á saludar al templo; llega hasta las vidrieras de colores y allí se detiene, y tímidamente baja hasta el fondo de la nave, para besar acaso la ascética frente de un santo, tal vez la cara lívida de un Cristo moribundo.

Alto es el templo, como un anhelo místico: es fuerte, como una fe antigua y arraigada: es fino, lujoso, dorado, elegante, blanco, como la artística síntesis de toda una civilización; y las columnas se elevan junto á las paredes como expresiones espirituales de un transcendental momento histórico. No son como las columnas orientales: aquéllas eran columnas representativas de una civilización sensual, eran columnas gráficas que copiaban la misma

Naturaleza, en lo que ésta tiene de ponderativo; eran flores de loto en Egipto, eran palmeras en la Mesopotamia, y eran un pedazo de la selva tropical en la India. Pero las columnas cristianas, que en un principio copiaron la forma oriental y pagana, después se espiritualizaron é hiciéronse puramente cristianas, representativas de un estado emocional semihistérico, semivisionario. No me canso de verlas... Arrancan valientemente, suben rectas y altas, frágiles por la elevación, firmes por el imperio con que oprimen y sujetan el arranque de las ojivas; y allá alto, prendiendo unos con otros los arcos, hacen como una red de capiteles, como una hermandad columnaria, como una trabazón aérea é ideal.

Hay un grave, un profundo religioso silencio en todo el ámbito de la Cartuja. ¡Con qué dulce abandono he dejado que mis nervios se distiendan, que mi corazón repose y olvide! He ahí: encontré una piedra en mi camino, y me senté; hallé un instante de tregua, y descansé; tenía sed de olvido, y aquí me he tranquilizado.

No hay nadie en el templo; y ahora que todo tumulto y ruido se fueron, ahora la Cartuja, abstraída en sí misma, adquiere su mayor grado de pureza. Esta es la hora del mediodía en que semejan besarse candorosamente el templo y el sol, las piedras y la luz. El sol aguardaba este momento para comunicarse con su amiga; había ya recorrido la haz del mundo, cumpliendo su buena obra de fecundidad y alegría, pero ha querido dejar también un poco de su dorada riqueza en el viejo templo.

Se asoma por los altos ventanales, titubea allí, como quien se siente demasiado pecador — puesto que el sol es el padre de la lujuria y de la escéptica alegría —, y, finalmente, baja hasta las mismas losas del templo. Pero al cruzar las vidrieras, la luz viene cernida, espiritualizada: ya no es aquella vehemente y franca luz de la campiña, la que hace temblar de sensualismo á las bestias; ya no es aquella jocunda luz que invade el espacio, bajo cuya caricia el mundo se conmueve, igual que una doncella en celo. Esta de ahora es una luz

tímida, casta é ideal, que viene á postrarse en el pavimento de piedra.

La luz es la tímida, la juvenil amante que llega en la hora solitaria; y á su llegada el templo se regocija, como el que es muy viejo y está muy abandonado de todos y viene una cabecita rubia á visitarle. Las piedras se transfiguran, los altares resplandecen, las imágenes aparentan menos dolor: la luz se insinúa por los rincones y todo lo quiere reanimar, hacer revivir y regocijarse. Hasta los moribundos Cristos parece que han dejado de sufrir, y que descansan...

Ciertos ruidos tácitos que á veces rompen el silencio, más bien que ruidos ordinarios y reales semejan estremecimientos inefables del templo. Ahora es una puerta que se entreabre, que chirría de un modo extraño; ahora esuna pisada cautelosa; ahora es el siseo de un fraile; ahora un banquillo que se mueve. De pronto ha sonado el tañido de una infantil campana allá dentro: es un reloj que marca la hora con su tintineo argentino, vibrante y claro, y cuyas notas se desgranan ordenadamente,

se acaban, dejan luego un eco diminuto, pueril.

La encajería gótica del altar mayor parece ahora más fina y complicada: las torrecillas se aguzan más, las ojivas se entrelazan amorosamente. El altar, lleno como está de oro y de elegantes labores, despierta, al contacto de la luz, ideas de magnificencia y de opulenta aristocracia, como si fuera, no el altar de un Dios triste, sino un inmenso mueble de una duquesa florentina. Las lámparas votivas parpadean junto á las imágenes, guiñan como ojos de ancianos que no pueden resistir la luz meridiana. Todo es suavidad, discreta alegría. No recuerdo en dónde he leído una inscripción femenina, dulce, maternal: *Ave María, gratia plena...*

Y aquí están también, llenos de luz, admirables de lujo y arte, los sepulcros del rey Juan II, de su esposa la reina y del infante don Alonso. Nada ha inventado la orfebrería mundana y sensual que sea tan elegante, tan aristocrático y tan bello como son estos sepulcros: ya no son sepulcros, sino joyas; ya no son obra de manos humanas, sino femenina

cinceladura de genios caprichosos; ni es alabastro la piedra de que están hechos, sino espuma, cera blanda, materia flexible que obedece á la manipulación de una fantasía de arte... Esto es el capricho de un artífice que ha llegado al máximo de su habilidad, y que juega con la piedra lo mismo que podría jugar con una cera dócil y blanca; es la obra de todo un estilo arquitectónico, cuando este estilo ha empezado á declinar, se ha hecho flexible, sabio, posesor de todas las habilidades : obra, en fin, de decadencia, la decadencia del estilo ojival, pero una decadencia brillante y fina. El estilo llega á su fin; alborea ya el Renacimiento, y los arcos ojivales quieren ya redondearse en arcos romanos, la angostura mística quiere hincharse en robustez pagana, el cristianismo empieza á derivar en paganismo. Es la hora céntrica, capital y definitiva, en que la civilización medioeval llega á su límite de sabiduría y tropieza, por consiguiente, con la eterna sabiduría del mundo pagano... Es la hora contemporánea de los sonetistas italianos y del delicado Botichelli : pronto vendrá Rafael,

y el mundo pagano resurgirá como una explosión de alegría, de vida, de materia, de realidad.

Están el rey y su esposa en mitad del templo, frente por frente del altar, como queriendo que sus efigies, por una eternidad de años, asistan á las misas y los rezos de los frailes, para purgar quién sabe qué pecados misterisos: el rey viste su mejor traje, sus botines más ricos, su buena corona, para que ni aun después de muerto se dudase de su rango; la reina, asimismo, viste un hermoso manto, una bella corona, y teniendo en la mano un libro abierto, medio se vuelve de costado y casi se incorpora para leer. Duermen, sueñan, meditan... Por los ángulos, por el friso, por todas las partes del sepulcro, pulula una muchedumbre de santos, ángeles, leones de blasón y evangelistas. Y las torrecillas, encajes, flores, toda la fantástica complicación escultórica del gótico decadente, llenan y abruman el sepulcro de tal modo, que parece efectivamente una joya, el sueño de un orfebre.

Pero el infante D. Alonso ha querido sepa-

rarse de sus padres para dormir, orar y soñar más libremente: está empotrado en el muro, cerca también del altar, metido en una hornacina. Viste, como sus padres, sus prendas más ricas, su manto de gala, su cabellera colgante y peinada muy pulcramente: se ha quitado el gorro con mucha humildad, se ha arrodillado frente á un oratorio, ha cruzado las manos devotamente, y reza. Su actitud es la del hombre que desprecia el tiempo y tiene puesta la mirada en la Eternidad: aun es joven, es muy joven y muy noble, doncel querido de las damas, heredero de una corona, con la vida que le sonríe por delante; pero él una mañana de fiesta quiso engalanarse, meterse en el templo, arrodillarse y aguardar á la muerte. La muerte ha venido, pero él no hace caso de ella: está rezando, se ha quedado en éxtasis, y ahí está, vivo todavía, envuelto en la filigrana de alabastro...

Vive, pero por voluntad del Arte. ¡Arte, mago de la Eternidad, que puedes vencer al Tiempo, que puedes hacer eternas cuantas cosas tocas con tu mano!

El arte que hizo estos sepulcros era ya viejo, lo sabía todo; se reía, pues, de la dureza de la piedra. Aquel arte gótico comenzó como un balbuceo; después acabó con un gesto de suprema elegancia. Comenzó saliendo de la barbarie, y era entonces como un anhelo de independencia: el cristianismo quería libertarse de la opresión pagana, y al mismo tiempo el germanismo quería también libertarse del dominio latino; la austeridad semiinfantil, semiguerrera, de los pueblos del Norte protestaba del sensualismo meridional y mediterráneo: era un anhelo de independencia, una voluntad de expresión propia. Entonces, dando forma á este anhelo, surgió la línea angosta, prolongada, huída, como una expresión gráfica de toda una civilización, como una rebeldía hecha piedra.

Y el cristianismo tuvo su arte propio, y pudo manifestar con formas y palabras originales sus sentimientos. ¿Qué es lo que pintaría y esculpiría, qué es lo que escribiría cuando tuviese cincel, pincel y pluma propios? Empezaría ponderando su obsesión culminante, que

era la Muerte, y lo que hay más allá de la Muerte, el Infierno... Vino, pues, el Dante, y construyó su monumento de poesía sobre la idea obsesionante del Infierno: pasan allí los demonios, los condenados, los réprobos, los que han perdido toda esperanza y los que llorarán por toda una eternidad de siglos, crujiendo los dientes y lanzando blasfemias...

Vendrán al mismo tiempo los pintores y pintarán aquellos lúgubres cuadros del «Triunfo de la Muerte». ¡Nada se hará, en todos los siglos que quedan por venir, que sea tan horrible y desesperado como estas danzas ó estos triunfos de la Muerte! El viejo pintor Brueghel compondrá su cuadro fúnebre, que será como una pesadilla, un colmo de terror y de macabros detalles, ó un colmo de sarcasmo, de tétrica ironía. Allí estarán los hombres celebrando sus bodas, sus banquetes y sus bailes, cuando la Muerte, llegando de un modo imprevisto, los sorprenderá á todos y se los llevará, tanto al anciano como al niño inocente, tanto al rey como al monje como al pechero: el caminante verá á la Muerte que monta so-

bre él y se lo lleva; el que bebía y cantaba se encontrará de súbito con que la Muerte lo coge y arrebata; los alegres mancebos que se refocilaban con sus damas tropezarán con la Muerte, sacarán las espadas, querrán pelear, pero la Muerte les dará fin y romperá sus espadas... Allí, la tierra será un lugar de maldición por donde la Muerte atraviesa triunfante, vengándose de la vida pecadora; esta vida inmunda, asiento de la lascivia y de la soberbia.

El arte cristiano se apartará de todos los demás artes, evitará el contacto de los impuros artes que ponderan la vida sensual. Se acabaron las formas mórbidas y opulentas, la carne rosada y los gestos alegres: ahora la carne será tapada cuidadosamente, y el cuerpo no tendrá ni curvas ni inflexiones graciosas ni palpitación alguna, sino que aparecerá tosco, flaco, seco, duro, como si se le quisiera suprimir completamente. El cuerpo es el enemigo del alma, y es preciso condenarlo, reprobarlo, porque el Demonio no descansa ni un punto. El Demonio anda suelto por los claus-

tros, por los palacios, por las cabañas, por todas partes; el Demonio se insinúa á través de la carne palpitante, y es preciso matar la carne para huir del Demonio... Aquél fué un arte de pesadilla.

Como una satisfacción que se le hiciera á la vida, á veces aparecía una pintura tierna y amable como compensación á las otras pinturas de la muerte. El bueno de Patinir, por ejemplo, substrayéndose al horror de la época, sale pintando su cuadro de la «Huída de la Virgen», una infantil manifestación de piedad. Más bien que un cuadro, aquello es una novela bucólica, con un sinnúmero de episodios llenos de candor. La Virgen reposa, y, en tanto que reposa, amamanta á su hijo, y José acude diligente con un pucherito en que sin duda traerá algo sabroso que comer; un campesino siembra, otros campesinos siegan la mies madura, unos patos navegan sobre un estanque, los pájaros vuelan gozosos, los barcos van bogando á lo lejos, un castillo se levanta encima de un monte, una risueña ciudad blanquea allá distante; en fin, una tropa

de soldados viene en persecución de la Virgen, pero un muchachuelo se adelanta á darles una dirección falsa, é indudablemente la Virgen, con todos sus deudos, podrá ponerse en salvo... Después todo el cuadro está bañado de una luz primaveral, y el cielo, á lo lejos, tiene un color *divino,* — un color de azul inexpresable, como sólo en sueños se consigue ver otro semejante, y cuyo secreto se lo llevaron para siempre aquellos candorosos pintores medioevales.

Pero gradualmente, el mundo occidental iba saliendo de su pesadilla, y poco á poco, á favor de las naves venecianas y de los mercaderes flamencos, Europa iba llenándose de riquezas, de novedades, de deseos. El contacto con Oriente era cada vez mayor: un nuevo sentido de la vida comenzaba á alborear. Mediaba el siglo XV, aquel siglo de elegancia, precursor de nuestra Edad Moderna; y como los pueblos se desperezaban, como los hombres acometían empresas de mayor altura, y como el pensamiento, hasta entonces encadenado, se revolvía impaciente en torno

de los grandes problemas humanos, el mundo aparecía revuelto por una manera de hormigueo anhelante.

El Arte se afinaba, se hacía rico y ostentoso. Desaparecía la sobriedad de los primeros siglos austeros, y en cambio de la primitiva pobreza, llega una loca ostentación de oro, mármol, sutiles y complicadas entalladuras. Los coros de las catedrales parecerán selvas de estatuillas, torrecillas, calados minuciosos. La talla se trueca en orfebrería. Las verjas llevaban filetes de oro, de carmín, combinados con el color negro. Las capillas semejaban camarines, con bordados y encajes de piedra...

He aquí el sepulcro del infante D. Alonso: es una joya de alabastro. La finura, la elegancia, la delicada nobleza, el instinto de la aristocracia, no podían llegar á una más alta expresión. El Arte cristiano alcanza en este sepulcro la cúspide. Pero próximo á este sepulcro gótico, he ahí la silla del prior, de puro estilo Renacimiento.

Ha llegado, pues, el Renacimiento: ¡el mundo cristiano terminó!... Desde que alborea la

civilización pagana, las sombras medioevales tendrán que retirarse prontamente, como se retiran las nieblas de la mañana delante del sol. La luz vendrá á invadir la larga noche medioeval, y el calor del nuevo sol dará fuerza y actividad á la vida del mundo europeo. Todo será transformado, reavivado, como al contacto de una energía impensada. El Arte buscará ahora la forma, tanto como la desdeñó antes; ponderará el color vivo y caliente; desnudará á las figuras dejando libre la carne, para que los ojos se regocijen mirándola... La carne será vindicada y restablecida en su antiguo dominio; hasta el Vaticano se llenará de figuras desnudas, colores calientes, carne viva y gloriosa. Serán restablecidos también los episodios de la Mitología pagana, y andarán por las pinturas Júpiter, Venus, las ninfas, como en su propio Olimpo y en su original bosque de laureles. La turgencia renacida, la curva, la pompa y el vigor de la vida, la amplitud y la luz, el naturalismo y el libre examen, la carne... ¡Todo el hondo sentido cristiano, en su manifestación medio-

eval, desaparecerá como una niebla nocturna!

Luego vendrá Lutero, vendrán los vicios, las ambiciones; con el descubrimiento de América se ensanchará el mundo y se engrandecerán, por consiguiente, las mismas ambiciones; al ensancharse el mundo, la Ciencia se agrandará también, y otras nuevas verdades tendrán que substituir á las verdades antiguas.

El hombre europeo ya no podrá vivir dentro de su limitado valle ni dentro de su breve círculo de ideas: el hombre se lanzará al mundo, para conquistarlo, y buscará otras ideas, otras teorías, para poseerlas y hacerse rico en verdades terribles, temerarias, satánicas...

El mundo se ensanchará, y al ensancharse desaparecen infinitos misterios; viendo que los misterios desaparecen ante la mirada recta y atrevida, el hombre empezará á dudar, y el mundo se llenará de controversia. Acudirá la Ciencia, que hasta entonces estuvo como dormida, y la Ciencia irá por su parte echando atrás los misterios, descubriendo nuevas verdades, limpiando rápidamente el espacio de brumas.

El Renacimiento fué una puerta que se abrió y que dejó al descubierto un paisaje ancho, luminoso: los ojos que habían mirado tanto tiempo la negrura medioeval, quedaron atónitos de entusiasmo. Entre la civilización mística y aquella otra civilización pagana, entre la obsesión de la vida y la obsesión de la muerte, el hombre europeo no dudó; transpuso la puerta y se fué con la vida. Desde aquel momento, la humanidad se ha henchido de anhelo y de controversia, el mundo se ha llenado de actividad y de riqueza, la vida se ha hecho más ágil, más vehemente, profundamente temeraria. Si esta vida de ahora puede ser más vivible y deseada que la anterior; si ha ganado ó perdido el mundo con el cambio, ¿quién lo puede discernir?...

Sea más codiciable ó sea más fatigosa, esta vida que nos trajo el Renacimiento, con toda su fiebre y con sus amargas decepciones, esta vida es más ágil, más temeraria, y sólo por esto merece que el hombre la viva.



XIII

EL LEÓN NOBILIARIO

Encima de un viejo portal hay un escudo de armas. Como único timbre nobiliario, en el centro del escudo campea un león rampante. Pero el león, en su obstinada lucha con el tiempo y con el cielo, ha perdido una garra, aquella, precisamente, que se alzaba amenazadora, rampante y pronta á herir.

¿De quién era aquel blasón?...

Fué, sin duda, de un hombre de presa, nacido en la turbia época de los banderizos, de la guerra y del orgullo : ahora estará convertido en polvo. Polvo son también su ambición de grandeza, su sueño de permanecer, de no

morir, de clavar en la rodadora cinta del tiempo un emblema inmortal... El hombre se murió, sus hijos fueron aventados por el tiempo, su blasón yace despreciado, ¡la garra de su león está rota!

Aquel hombre sentía por su estirpe un religioso culto, y su ánima, cuando mirase adelante de los siglos, se imaginaría una larga sucesión de hijos, nietos, biznietos, todos con el mismo apellido, todos con un blasón idéntico: y aquel altivo mayorazgo que fundó la noble estirpe con algún extraordinario acto de valor, se imaginaría poder vivir eternamente por conducto de su nombre, un nombre ilustre que atraviesa los siglos triunfalmente cada vez más ponderado, cada vez más limpio, hasta llegar á la cúspide de la perfección, á la más fina pureza de sangre y de poder. Las virtudes sublimadas, la voluntad exaltada, el alma de la estirpe más conexa cada vez y más metida dentro de sí misma; un consciente deseo de poder ó de dominio, un anhelo de superación y de pureza, transmitido de padre á hijo... Tal debía de ser el sueño de aquel mayorazgo, y

tal el sentido soberbio, humano, de la aristocracia.

Pero el que mandó cincelar ese escudo de armas, no contaba con que vendría un tiempo en que las torres se caerían, en que los blasones no servirían para nada. El sueño de nobleza se malogró; un nuevo sentido de la vida social revolucionaría el mundo, echaría abajo las torres, lo mismo las de piedra como las de teoría...

Aquellos furiosos picapedreros que derrumbaron las torres fueron muy inexorables, porque no dejaron ni una torre de pie: en su impaciente obra de destrucción, no separaron lo bueno de lo malo, sino que todas las cosas, indistintamente, las deshicieron en tierra. ¿Por qué no dejaron vivir á ciertas piedras gloriosas?... Pero ellos no discernían: sobre sus espaldas estaba aún grabada la señal del látigo, y ellos, pobres siervos que habían sufrido tanto, no querían separar, perdonar, reverenciar á nada, sino destruirlo todo. Querían una nueva era, sin ligamiento alguno con el pasado, ¡pobres ilusos, ignorantes de la

fuerza de la tradición y de la solidaridad que existe entre los tiempos que pasaron y los que todavía no existen! Eran, en su odio al pasado, como los bastardos, que maldicen á sus ignorados padres.

Sin embargo, el fin de la sociedad es un fin de aristocracia, y la misma naturaleza humana nos lo está advirtiendo; porque ¿es otra cosa que un ideal aristocrático esa fuerza de evolución que empuja á la especie humana hacia adelante y siempre hacia la perfección?...

Si se considera lo soez y lo bajo de la existencia de la mayoría de los hombres, sus monótonos menesteres, su vivir para trabajar, cansarse y dormirse luego; si se considera la red de minúsculas necesidades en que se mueve la muchedumbre, y el plan de vida de la muchedumbre, que se reduce á rozarse entre sí, llorar, reir, enfermar, morir estúpidamente; si se considera, en suma, que eso que llaman vivir no es vivir, sino arrastrarse como las aguas sucias de un río, el ánimo se pregunta con pena si, efectivamente, la Humanidad no tendrá objeto alguno.

Pero hay una idea que nos habla del vivir elevado, y de un plan glorioso de la Humanidad: la vida tiene un fin, que es la nobleza. Todas las fuerzas naturales propenden á crear un tipo mejor, que destaque sobre los ordinarios tipos. En el constante ajetreo de los átomos y de las células, en esa vida vertiginosa y secreta de las fuerzas invisibles, late una idea inicial de mejoramiento, un deseo, nunca saciado, de crear nuevas y mejores formas: y desde el momento en que la Tierra se desprendió de su nebulosa, quiso vivir una vida independiente y crearse dentro de sí misma los elementos de su poder y de su belleza; ir avanzando, ensanchándose y perfeccionándose, hasta cincelarse á sí misma de una manera bella y completa... Así también la Humanidad quiere perfeccionarse y crear nuevos tipos, más fuertes y hermosos que los anteriores; y todo el ondular turbio del río de la muchedumbre se dirige á sólo un fin, que es el crear un libro, una idea, un *hombre-cúspide* como César, como Cristo ó como Borgia, bueno ó malo, pero siempre más alto.

Aquellos fundadores de estirpes conocían la ley fisiológica de la selección y de la educación de las razas: ellos pretendían mejorar su especie por medio de sabios y prudentes cruces, manteniendo y transmitiéndose la idea de la raza y el sentimiento de continuidad, eternidad, encumbramiento. Pero la tensión por cuya virtud se sostenían llegó un día en que se aflojó, y cayeron en pecado de negligencia: vinieron entonces los picapedreros y derrumbaron las torres... Cayeron también en pecado de necedad.

Porque lo necio y criminal es pretender franquicias y fueros sobre el valor de los antepasados; lo pecaminoso es negociar la fuerza de la estirpe antigua en favor de los sucesores inactivos. Este león nobiliario que está grabado en ese escudo, significa un símbolo: el león tiene rota la garra, el león ya no tiene poder, todos le desprecian y olvidan; así también los nobles perdieron su fuerza inicial, se les rompió la garra, no mantuvieron en tensión la idea de voluntad primitiva; ahora los desprecian, los olvidan.

No vale, pues, vanagloriarse de lo antiguo, sino de lo actual. Es de la raza presente de la que se debe el hombre envanecer, ó de la raza que vendrá luego como una consecuencia lógica de nuestro esfuerzo consciente. La raza anterior será un medio, y no un fin, porque el fin siempre debe estar adelante, y no atrás: el culto de la raza servirá de medio de mejoramiento para llegar en el porvenir á la perfección de la estirpe. Este es el oculto sentido de la aristocracia, fuerza y anhelo del mundo. Como con los caballos de carrera deberá procederse con los hombres: al caballo se le estima por sus padres, primeramente, pero se le estima sobre todo por lo que él mismo es.

Pero toda idea de mejoramiento, de aristocracia, de dominio y de perfección, requiere un impulso de combate.

El hombre es un animal de guerra, y nadie podrá ya evitarlo; y el hombre es guerrero, no por instinto, sino por reflexión y por voluntad. Así como los animales que carecen de raciocinio han adquirido sus armas de la mano de

la Naturaleza, el hombre, al contrario, debe sus armas á su propia voluntad, á su *voluntad de atacar*. La espada suple en el hombre la falta de garras y colmillos. El hombre se encontró indotado por la Naturaleza de armas, y cuando salió de su estado inferior, su inteligencia le inspiró la idea del orgullo, y del orgullo nació el deseo de dominio: entonces el hombre necesitó armas, y se las procuró á sí mismo; primero el hacha de piedra sin mango ni filo, después el cuchillo de hueso, más tarde las flechas, la espada de bronce, la lanza de acero, el cañón y la melinita. Pero se entiende que el hombre no inventó sus armas para defenderse, sino para ofender...

El hombre hubiera podido defenderse, como su parejo el simio, por medio de la carrera, el salto, el encaramamiento y la astucia: hizo bien en no querer defenderse únicamente, porque entonces aun no habría salido del fondo de las selvas. Para avanzar es preciso atacar. El hombre quiso desde un principio matar, dominar, vencer al mamut y al oso de las cavernas; é inventó las armas. El hombre era

originariamente inofensivo, cobarde, astuto: se trocó en animal de presa por raciocinio. La inteligencia, pues, hizo al hombre militante...

Y tú, león nobiliario, ¿qué pretendes ahí, clavado en el escudo, rampante y amenazador? ¿Por qué perdiste la garra? ¿No sabías que para permanecer y dominar, para crecer, para avanzar, es preciso mantener la tensión inicial, y levantar la garra siempre en posición de milicia?



XIV

PÍCAROS Y MENDIGOS

Siguiendo el curso del río, por el valle abajo, iba la carretera en dirección del Mediodía, como la ruta natural y lógica que tomaron los hombres en otro tiempo para buscar el país más caliente, el espacio más abierto, la ambición más grande.

Por el valle abajo, hacia el Mediodía remoto, fueron siempre las emigraciones de soldados y de ambiciosos. El ambicioso vivía en las angosturas cantábricas; un día se subió á la cima de los montes, contempló allá lejos la llanura, y la llanura, eterna y poderosa tentación de todo montañés, llamó al que vivía po-

bre entre montañas, le atrajo, le ofreció el sol, las grandes ciudades y los anchos ríos que hay en la llanura, y el montañés abandonó sus nieblas y se hizo soldado. Entonces los montes emigraron, bajaron á la llanura y la rindieron. Desde las Asturias hasta los rincones del Pirineo, todos los montañeses ambiciosos, convertidos un día en soldados, bajaron al llano y hostigaron al moro, y hostigándole, venciéndolo, empujándolo siglo tras siglo, crearon la nacionalidad española y la ambición conquistadora de España. Del rincón de Covadonga, de la montaña de Burgos, de las gargantas vascongadas, del Pirineo, vino el impulso promotor que invadió la llanura central, que hizo la grandeza española y que rebasó la mar hasta dar en Italia, Flandes, Argel, América y el mar Pacífico.

Por los valles abajo fueron los reconquistadores; por el valle abajo iba el río, y junto al río se deslizaba la carretera, blanca entre las tierras pardas, ondulante y codiciosa, ávida de las tierras calientes que hay allá, en el Mediodía. Una aspiración del Mediodía, una ambi-

ción del sol y de lo lejano luminoso... Yo, que amo sobre todas las cosas lo luminoso y la lejanía, lo remoto y el buen sol, iba también como el río, como mis abuelos los montañeses, valle abajo, siguiendo el curso blanco de la carretera.

En los campos desiertos, rasos é inacabables, cantaban las chicharras, hartándose de sol. El sol brillaba y hacía hervir el aire; la tierra se quemaba lenta y resignadamente bajo la abrumadora pesadumbre del sol. Los labriegos no recorrían el campo, ni araban, ni salían á ver el día y la opulencia de sus heredades, como sucede en los poemas virgilianos; sino que, como los hombres de los libros semitas, los labriegos de aquella tierra estaban escondidos en sus rinconadas, y dejaban vacías sus heredades, que semejaban estar malditas por un azote apocalíptico. Callaba la tierra, enmudecían los barbechos, rebrillaban los rastrojos del trigo en los campos segados: sólo las chicharras rompían agriamente aquella mudez bíblica de la tierra abrasada.

Á un lado se levantaba la torre maciza y

guerrera del monasterio de las Huelgas; detrás veíase aún la colina del castillo, gris y lisa, árida, muda; y las dos torres de la catedral aparecían negras y siniestras allá lejos, asomándose por encima del lomo del castillo. Luego giró la carretera, se interpuso un altozano entre la llanura y la ciudad, todo desapareció, y quedó solamente el campo raso, la carretera, las chicharras. De este modo caminé por mucho tiempo, carretera abajo, hacia el Mediodía.

Después encontré un mesón, puesto en el borde del camino. Era un mesón castellano, con su ancho portal, su techo bajo, su corral mezquino y unas eras vacías en la parte trasera. Allí había sin duda albergue, pan, frescura y reposo, como en un oasis providencial puesto en la ruta de las caravanas. Era, sin duda, un albergue pacífico y ciego, que no miraba quién pudiera ser el huésped. El camino largo, el día inclemente, el cielo sordo; ¿por qué diferenciar á los hombres en buenos y en malos? Todos eran igualmente víctimas de la implacable ira de aquel camino largo, de aquel

sol terrible, de aquel cielo implacable. El mesón se abría para todos; y allí estaban todos, realmente.

Había dentro del mesón una penumbra agradable, y el pecho se recreaba respirando la frescura que surgía de aquella sombra de bodegón. Varias figuras se dibujaban borrosamente en la semiosbcuridad de la cámara, figuras que á veces emergían claras y que dejaban ver rostros firmes, ojos hundidos y brillantes, gestos ambiguos, recelosos, indeterminados. La moza del mesón, con su cara ancha y su cuerpo macizo, opulento, andaba de aquí para allá y todo lo vigilaba y reconocía; y mientras gobernaba las botellas, los cantarillos y los vasos del servicio, cantaba briosamente una jota ribereña, que decía así:

Debajo de tu ventana
tengo un puñal escondido,
para quitarte la vida
si no te casas conmigo...

Toda la brutalidad, todo el coraje, la rudeza la valentía, el celo, el espíritu de venganza y de sangre; toda la historia pasional é implaca-

ble de la raza vibraba fieramente en aquella canción bárbara y elocuente con que la moza entretenía su trabajo.

Tres hombres siniestros conversaban recatadamente en un extremo del bodegón. Un anciano estaba sentado sobre un poyo, á un lado de la puerta, y rasgueaba en una vieja guitarra, una guitarra melancólica que gemía muy honda, muy desgarradoramente; y un lazarillo desarrapado jugaba cerca del ciego. Pero en viéndome entrar, el lazarillo corrió hacia mí y alzó la voz gemebunda, atiplada y tenaz, y me extendió la mano. «¡Una limosna, señor, para mi pobre padre que está ciego! ¡La Virgen se lo pagará!...»

En efecto, allí estaba el gusano, el peor y oculto gusano que corroe á España; allí estaba el mendigo. Un gusano roedor y voraz, que mina pacientemente el corazón de España. El mendigo, la limosna, la petición, el favor, el confiar en el esfuerzo ajeno, el encomendar á la Virgen el pago de nuestras deudas, el poder tenderse luego junto á una tapia, envuelto en un guiñapo, mascando un mendrugo. Toda

la extensa nación convertida en un camino por donde errabundean los pordioseros: el alto que mendiga, el bajo que pordiosea, todos mendigando en diverso tono. La posición lograda por el favor, la gloria adquirida por el compadrazgo, el empleo conquistado por la recomendación, el ascenso debido á la intriga; un pan amargo comido á costa de la humillación. La mano tendida por los cuatro ángulos de la Península; el instinto de la altivez olvidado, el orgullo perdido, la dignidad desaparecida; el escepticismo triunfante, ante la vanidad del mérito junto á la eficacia del favor. Las iglesias llenas de peticiones, los pueblos mendigando socorros del Gobierno, regiones enteras que confían su salvación en el poder de un político, muchedumbres que se alimentan de la piedad del presupuesto; todo el mundo extendiendo la mano. Mendigos por las carreteras, por las encrucijadas y por los palacios. El austero y orgulloso hidalgo español que se hizo viejo, perdió el hábito de apresar el oro, se le rompió la capa en jirones, se le melló la espada, se le cansaron los bra-

zos, se le apocó el espíritu, se le achicó la voluntad, se convirtió en mendigo...

El anciano, después que rasgueó delicadamente en su guitarra, púsose á cantar un aire de malagueña, y comenzó por levantar el rostro arrugado, todo comido de la viruela, y á mover los ojos blancos, ciegos, en las grandes órbitas: sacó una voz ronca, gimió desgarradoramente, sostuvo largo rato un agudo ¡ay!, en una nota angustiosa, y finalmente arrastró el primer verso del canto:

¡Yo no sé qué tienen, mare...!

Calló un momento, agachó la cabeza y pareció quererla esconder dentro del pecho. De la guitarra, herida con sin igual vehemencia, salió un rasgueo vibrante, enérgico, precipitado, como una desesperada queja. Luego el anciano levantó la cabeza, removió los ojos blancos, ciegos, y siguió cantando:

¡Yo no sé qué tienen, mare,
las flores del camposanto,
que si las menea el viento
parece que están llorando!

No podía explicarme la extraña sensacióu que me producía el canto de la malagueña: por una parte alcanzaba á ver la corrosiva influencia que un canto tan triste y desesperado ejercería en el pueblo, la acción nefanda de una música melancólica, expresada con un eterno ¡ay!, la acción aplanante, la acción negativa y perezosa que aquel canto había de producir en una raza que por naturaleza propendía á la pereza nirvánica y á la dejación de la voluntad.

Pero por otra parte la profunda, la intensa belleza de aquel canto me sugestionaba y me removía todas las secretas fibras del sentimiento. No habrá acaso en el mundo un canto popular que sea tan delicado, fino, suave, tortuoso, de tan acariciadora melodía, y que mejor exprese los estados emocionales del alma; que dé tanta margen al cantor para expresar su personalismo, que sea tan incorrectamente bello, que exprese tan bien la melancolía, el cansancio, la dejadez soñolienta y sentimental, ni que sugiera de tal modo los paisajes silenciosos y cálidos, llenos de sol, la exten-

sión infinita, nostálgica, de las llanuras y de la mar..

Oyendo el canto de la malagueña, yo había huído á un espacio vago é inconsciente, en donde mi alma se sumergía como en una ola de olvido... Pero me trajeron bruscamente al mundo de la realidad las palabras de los tres hombres siniestros que conversaban en la penumbra del bodegón.

Uno de estos extraños hombres era alto, delgado y seco, de color muy moreno, de manos huesosas y largas, y llevaba un sombrerón plano y ancho, de corte andaluz; sus ojos, bajo las espesas cejas, brillaban con un brillo particular, y á veces recordaban los ojos de un león enjaulado, que dormita y vigila, pronto á saltar y morder. Otro de los hombres era pequeño, vestía al uso popular, y tenía en el rostro un gesto de brutalidad tan pronunciado, que sólo el mirarle imponía miedo. El último era un joven amadamado, blanco de piel, de mejillas redondas, de labios carnosos, vestido con pulcritud; llevaba un sombrero hongo, afectadamente inclinado sobre la oreja, y sus

ademanes eran estudiados y comedidos, como los de una mujer: su cara reflejaba la sensualidad, la canallería y la más ruin de las vanidades.

Hablaban de una feria, adonde irían los tres para solventar un negocio de juego. Mezclaban palabras gitanescas, con ademanes furtivos y rápidos que expresaban más que las palabras; y de sus frases sin concluir, de sus gestos rápidos, de sus guiños elocuentes, surgían voces extrañas, vocablos obscuros que tenían una complicada significación, como términos de un lenguaje esotérico formado á lo largo de varios siglos de ambulante canallería.

No necesitaba escuchar más para comprender que aquellos hombres eran los exactos representantes del *pícaro*. El *pícaro,* el ser terrible, parto monstruoso de una raza obscura y única; el hijo híbrido nacido del ayuntamiento de la miseria con el orgullo...

La raza era orgullosa, y paría hidalgos, conquistadores; pero la tierra era pobre, además, y cuando el hidalgo no podía mantener su orgullo dentro de la pobreza ambiente, se con-

vertía en *pícaro*... En otras razas más modestas, menos altivas, el hidalgo podía degenerar gradualmente desde soldado hasta labriego ó artesano; pero el hijo de esta otra raza hispana, de soldado hidalgo no podía degenerar sino en *pícaro*... La tierra era pobre, los oficios escasos, el trabajo denigrante y bajo; para contrarrestar el empuje del hambre, la gente torturaba su ingenio, daba auge á los instintos de cautela, como son la malicia, la mentira, el engaño, el disimulo, la vivacidad; y gradualmente se vino á dar en el *picarismo*...

Una nación extensa convertida en albergue del *picarismo*: toda una civilización dedicada á examinar, analizar y ponderar el *pícaro*: una fuerte y vasta literatura que describe de un modo incomparable las proezas del *pícaro*. El *lazarillo* que va errante por España y describe una sima profunda que hiede, con hedor de pueblo corrompido hasta la íntima entraña. Velázquez que pinta con su mejor maestría, que reserva sus rigorosas pinceladas, para retratar los gibosos, borrachos, galopines, las heces de la sociedad; Cervantes que se recrea

cantando las aventuras de los pilletes sevillanos... Cervantes, el aventurero y el desengañado, el pobre y el mendicante de mercedes; Cervantes el glorioso, que inventó á Don Quijote para burlarse de él, para representar en él la vanidad del idealismo, para hacer del caballero loco una figura de chacota á quienes todos infaman, tunden y escarnizan... Cervantes, que bajo el pulcro estilo de su palabra, reíase socarrona y picarescamente de la absurda pretensión de Don Quijote,—el absurdo paladín que pretendía vencer al *pícaro* y salvar á la *verdad*, á la *justicia*...

Todos estaban entonces, en aquellos fastuosos siglos, tocados de *picardía*, y junto á la severidad de los nobles castellanos, los más austeros y rígidos; junto al misticismo castellano, el más firme é intransigente, el *pícaro* ensayaba su mueca canallesca. La espada del caballero, de tanto emplearse en hazañas grandes, se desgastó, se acortó, se trocó en el puñal del *pícaro*.

Y cuando pasó la gloria y el poder de las artes y de la guerra, sólo quedó en pie, formi-

dable siempre, el *pícaro*. Podían hundirse los imperios, las flotas, los grandes reyes: el *pícaro* sobrenadaba siempre á través de Ramón de la Cruz y de Goya, hasta nuestros días, en que el *pícaro* se convierte en *golfo*.

Sigue todo infestado de *picarismo:* las costumbres, el lenguaje, el arte. Hay una mueca burlona en todos los rostros, un escepticismo demoledor en todas las inteligencias. El pueblo ya no cree en nada ni quiere reverenciar ya nada. Cuando alguien levanta una voz de entusiasmo ó de pasión, todos se sonríen socarronamente. La canalla ha triunfado por medio de un sufragio nacional; la canalla ha subido, ha anegado las alturas, corroyéndolo todo.

Todos se ríen de todo. Hay una sonrisa tácita en las inteligencias. Todos están en el secreto de las cosas; y el secreto es, que todo es *picardía*...

¡Inmundo *pícaro,* inmunda risa, inmunda mueca de canallería!

... En aquel instante pasaba por junto al mesón un hombre á caballo. Pasó por frente

de la puerta, y al volverme yo á mirarle, como llevaba el hombre un largo palo enristrado, me sugirió la imagen de Don Quijote, que acaso venía otra vez por los caminos á llamar en las ventas, á destrozar los pilletes, á libertar los oprimidos.



XV

DON QUIJOTE

¿Eras tú el que pasaba, Don Quijote?...

¿Con tu yelmo ridículo, tu rocín viejo, tu pobre armadura, tu vehemente, tu magnánimo corazón? ¿Eras tú que venías por los caminos, á buscar entuertos que deshacer, gigantes de mentira á quienes vencer, monstruos de villanía y picarismo á quienes derrotar en franca y leal batalla? Viendo que todo seguía lo mismo, y que iguales torpezas, tiranías y encantamientos continuaban oprimiendo á los hombres desvalidos, á las doncellas desamparadas, ¿acaso habías vuelto á salir del pueblo y te habías lanzado otra vez á la guerra descomunal?

Puesto que el error triunfaba como antes, como un monstruo terrible y facineroso, y puesto que la doncella encantada seguía en poder de los malandrines, que es lo mismo que decir *pícaros, golfos, intrigantes;* puesto que tantas iniquidades, injusticias, falsías, estaban por humillar, ¿eras tú, Don Quijote, el que pasaba por los caminos de Castilla, á dar fuertes estocadas, buenos botes de lanza, rotundas coces de caballo?

¡No eras tú, no eras tú quien pasaba! Tú estás muerto hace ya varios siglos, envuelto en la inmensa pesadumbre de la quietud castellana. Estás muerto para siempre, acaso porque no has existido nunca... Tal vez no seas tú, sino un sueño opaco que vino una noche á sorprender la mente de un escritor. Sueño, fantasía, visión que engendró el hambre ó la vejez. Es posible que tú no hayas existido nunca en estado corporal y en forma de caminante.

Por eso, por ser irreal y extraño, es por lo que todos se burlaron de ti. El mismo que te soñó te inventó para reirse de ti. Los mozos se

te reían, los viejos, los niños, las mujeres, los villanos y los nobles: al paso de tu hiperbólica figura, una resonante carcajada venía á saludarte. Solamente alguna pobre mujer, algún grupo de pastores, oían tus palabras, te daban de comer y te hospedaban sencillamente. Éstos eran los eternamente buenos, los simples de corazón, la gran cantera de donde se saca la bondad; pero los demás reían.

Te imaginaron precisamente en la época más opuesta á tu carácter. Entonces iba de vencida la arrogancia española; se habían concluído los caminos de la gloria y de la fortuna y ya no quedaban continentes que descubrir, ni ideas por qué luchar: volvían los primeros *tercios* derrotados, las primeras banderas humilladas; se cerraban los telares y las sederías; refluían á España parte de las energías que antes se expansionaban por el mundo, y al encontrarse estas energías con la dureza y economía del terruño, se desconsolaban, y unos se metían á monjes, otros á pícaros, los demás á mendicantes. La labor era larga, los medios escasos, el pasado esplendor muy

grande; todos se desalentaban y escogían el camino blando, que era vivir de apariencias, de pereza, de vanidad, de picardía. Entonces viniste al mundo, ¡oh Don Quijote!, y sola tu aparición fué una burla sangrienta... ¡Qué habían de hacer tus convecinos, sino reirse de tus locuras y apedrearte!...

Tú no has existido, ¡oh caballero Don Quijote!, sino en la mente de algunos hombres ilusos. Para que tú adquirieses forma corporal y tangible, hubiera sido necesario que nacieras en algún otro país más limpio de pícaros; pero el país en donde te imaginaron estaba tan infestado de picarismo, que todas tus arrogantes locuras pararon en eso: en risa y chacota de la canalla. Además, la tierra de Castilla era demasiado real, demasiado seca, y en ese terruño arisco no pueden permitirse el lujo de vivir las fantasías y los redundantes simbolismos. Era una tierra concisa, era una llanura rasa en donde las formas adquieren un supremo grado de nitidez y realidad, y en donde ni los espejismos pueden existir. ¡En esta patria del realismo es donde quisieron

que nacieras!... Así fué de tremendo tu descalabro.

Eres, Don Quijote, una paradoja grotesca, una víctima propiciatoria de la burla de la canalla. Te engendraron para disculpar la marrullería de todo un pueblo. Serviste como de lección prudente á los temerarios, como rémora á los locos, como ridículo á los exaltados. Todas tus fugas idealistas servían de contraste docente: — Ved cómo es locura lo que se aparta de lo real y trillado—, decían los maestros de prudencia señalándote á ti—. Tal como este loco, así acabarán los que se apartan de los sosegados caminos...

En efecto; el pueblo español se separó de los caminos aventureros, siguió la senda de la poquedad y se hundió en el actual marasmo. ¡Qué horrible equivocación!... La flor de un pueblo heroico y fortísimo se malogró antes de tiempo, todo se perdió, por hundirse demasiado pronto en la prudencia y en la apatía. Aquel período del Renacimiento, en que las naciones meridionales despertaron á una nueva vida como quien sale de una con-

valecencia; aquel admirable Renacimiento quedó malogrado en España: aquella apertura del Océano, aquella iniciación de un nuevo mundo, aquella ubérrima y fantástica aparición de las Indias, ¡aquéllo también se malogró!...

¡Oh Don Quijote! En la época más decisiva de la historia moderna, á raíz del Renacimiento, en la hora de la formación de las grandes nacionalidades, cuando venían preparándose las soluciones del moderno pensamiento, entonces te engendraron á ti, para que sirvieras de lección; te crearon para derivar la voluntad y la acción nacionales hacia pozos de marasmo. Y tu patria española, luego de florecer tan espléndidamente, á poco de llenarse de poesía, de guerra, de inquietud religiosa, cayó en el pozo de la prudencia, del reglamentado fanatismo, y se acabó...

Por delante de España pasaron entonces las grandes cosas, los brillantes sucesos de tres siglos, y España los veía pasar indiferentemente. ¡Ella poseía la raíz de la verdad, que es el huir de las locuras quijotiles, del idea-

lismo y de las fantasías!... Por delante de España pasaron las luchas religiosas, la revisión de la filosofía medioval, el cambio de frente del pensamiento; pasaron la inquietud científica y la inquietud social; todo pasaba, en una marcha de locuras, de combates, de fantasías, por el campo de Europa, mientras que España seguía pensando que las locuras quijotiles son manejos de muchachos, entretenimiento imprudente...

Caballero Don Quijote, el mundo se está estropeando. Corren por el mundo actualmente unas teorías cuyo fondo consiste en esta sencilla proposición: conquistar el oro. Y tanto está el mundo estropeado, que porque hay en el aire unas monedas de oro, toda la multitud se ha confundido en la misma ambición: ganar el oro. Allí verías, pues, confuncirse todas las clases de gente y mezclarse todas las categorías, humillarse todos los prestigios y ensoberbecerse los viles, y andar todos desesperados á la caza de su oro. Y ahí verías una civilización llena de ruido, llena de fiebre, llena de histerismo, cuya única,

suprema finalidad es conquistar el oro...

Contra esa falsedad y tiranía, ¿no sería heroico y sublime que un pueblo enérgico saliera á oponerse de una manera paladina? Un pueblo rudo, original, guerrero y de buena complexión interna: un pueblo de mesetas y montañas. Para inventar una civilización nueva —como Roma—; para despreciar esta civilización de mercaderes, y para hostilizar al mundo. Un pueblo pobre y fuerte, incorruptible y sobrio, paladín de nobleza que diera un tono distinto á la civilización.

Tú eras noble, tú eras sobrio y original, ¡oh Don Quijote! Tú eras la expresión de la hidalguía y la negación más firme del picarismo: en tu alma abnegada y heroica sólo se reflejaban las intenciones buenas y los actos valientes. Si salieras de tu pueblo, con tu yelmo, tu espada y tu magnánimo corazón; si arrastrases á tu pueblo tras de ti, España, quién sabe... Su nombre resonaría acaso en el mundo de fuerte manera, y los pueblos volverían sus ojos hacia este ángulo de Europa—que parece querer desprenderse del Continente y huir

hacia lo desconocido—, y dirían con estupefacción: «¿Qué nueva ruta quiere marcar á la humanidad ese pueblo extraño?...»

¡Únicamente para soñar grandes sueños de poder y gloria, es para lo que puede vivirse la vida!



XVI

LLANURA ADELANTE

El tren corría vertiginosamente por la llanura abajo, hacia el Mediodía, hacia Madrid. Se había ocultado el sol detrás de un largo, solitario otero, y á la luz de sus últimos reflejos columbrábanse en la lejanía las dos torres de la catedral de Burgos: dos torres amarillentas, protegidas por la masa gris del castillo.

Primero vi un valle, con algunos mezquinos huertos; después vi una aldea, cuyo recio campanario más tenía de fortaleza que de campanil; después vino un gran campo de barbecho, y ya no vi nada, sino aquella inmensa y solemne soledad.

Corría el tren á toda marcha, con una como febril impaciencia por llegar, por concluir... Trepidaba la locomotora, rugía, daba al viento su alarmante silbido, y el silbido se extendía por lo ancho de la llanura, semejante á un gran grito de llamada. Pero nadie respondía á la llamada, todo alrededor estaba vacío: sólo unos cuervos, espantados, con vuelo torpe, se levantaron de una hondonada y ensombrecieron el cielo.

Difumínábanse las líneas del campo cada vez más, y poco á poco se fundían las formas, se borraban los relieves bajo la niveladora mancha de la noche. Tomaba el campo esa inefable incoherencia del último instante del crepúsculo, cuando apenas si pueden las dos luces unidas, la del sol que murió y la de las estrellas que nacen, esparcir sobre el mundo una vaga claridad difusa. En medio de esta penumbra crepuscular, el tren bajaba vertiginosamente como si lo espolease yo no sé qué espíritu de locura.

De repente la locomotora se detenía. Una voz gritaba melancólicamente: «¡Quintana!...

¡Venta de Baños!...» Y otra vez salía el tren disparado como quien se escapa. Indudablemente, aquella activa y febril locomotora, llena de la arrogante pedantería de la civilización, sentía miedo de pararse en los campos muertos, miedo de que la quietud y el ensueño seculares la cogiesen y la inmovilizaran...

Cuando la fortuna quería, en estos campos vacíos andaban las gentes con un sinnúmero de inquietudes, y el viento de la vida hacía vibrar los pueblos, los sembrados, las chozas, los palacios; por allí andaban las gentes, las noticias, los libros, las espadas, las controversias, las mercadurías... Y ahora, en aquella llanura reseca y dilatada, ¿qué quedaba de heroico y de activo? La llanura se había cansado de parir hombres de celo y de presa; sólo quedaban ahora la monotonía, el desaliento, un á modo de automático sonambulismo. La raza se había amodorrado, como enfriado ó como encogido: parecía un árbol seco, con todas sus ramas y hojas aún, pero sin la actividad y la alegría de la savia; seco. Y toda la Península Ibérica sentía algo semejante á la

pesadez de un miembro dormido, igual que un hombre siente el peso de una pierna paralítica que le impide andar de prisa. Mientras que la vida no corriera conjuntamente por todos los miembros, el hombre no podría caminar armoniosa y ágilmente.

Ahora la llanura estaba sola y quieta. Mis ojos exploraban el horizonte: una loma veía á lo lejos, aquí cerca un barbechal, una tierra seca, otra tierra seca... Silencio, quietud, un gran silencio y una soledad abrumadora.

Paró el tren: «¡Medina!...» gritó un empleado. Y he aquí sube un hombre á mi vagón, un hombre montuno, áspero, con todas las trazas de ser pastor. Traía una zamarra de piel, unas alforjas al hombro, un gorro peludo y un fuerte cayado. Y admirado, sin duda, de verse en un lugar tan confortable, su arisca tosquedad se rebelaba, y no sabía qué hacer de su cuerpo. Por último se sentó á tiempo que el tren arrancaba.

— La paz de Dios, caballero — dijo solemnemente el rústico.



— La paz sea contigo, buen hombre. ¿Hacia dónde vas?

— Voy á Valladolid, por un asunto de mi amo.

— ¿Eres labrador?

— Dios no lo permita...

— ¿Por qué?

—Señor, la labranza está mala: llueve poco, no hay agua, los hombres se cansan de pelear con los terrones y no sacan para mal vivir. Yo prefiero mi oficio. Yo soy pastor.

— ¿Y vives bien pastoreando?

— Cuando menos vivo descansado y libre. Tengo un pedazo de pan y la ayuda de Dios: ¿qué más necesito?...

— ¡Pero eso no hasta, buen hombre! ¡Es preciso aspirar á más, buscar algún regalo, desear las cosas buenas que hay en el mundo!

Dije, y oyéndome el pastor se encogió de hombros y se sonrió, como aquel á quien hablan de asuntos remotos ó ininteligibles.

— ¿Irás contento á Valladolid? — volví á decirle.

— ¿Por qué? — me respondió el rústico—. ¿Qué hay en la ciudad de nuevo?....

— ¿No te interesa la ciudad, entonces? Hay allí gente, tiendas, curiosidades.

— He visto ya todo eso antes: he visto también otras ciudades lejanas, muchas tierras...

— ¿Cuándo?

— Cuando fuí soldado.

— ¿Fuiste soldado?

— Sí, y estuve en la guerra.

— ¿De qué guerra hablas?...

— Pues de aquella guerra de allá lejos... Á mí me tocó en suerte ir á Cuba; nos llamaron aprisa á los mozos y nos llevaron al puerto; nos embarcamos y fuimos á parar á la Habana. Desde allí...

— De este modo, tú peleaste contra los americanos.

— Yo no peleé, porque á los pocos días de llegar me atacaron las fiebres y lleváronme al hospital. Luego me reembarcaron. Oí hablar de paz, de desastre, de expulsión. Volví á Castilla, se me fué la fiebre y otra vez me metí

á pastor. ¡Todo aquello pasó como un sueño turbio!

— ¿Y viste los países raros, las gentes distintas, aquel tumulto de cosas...?

— Fué como un sueño.

— ¿Ni sentiste algo en tu corazón cuando los soldados...? ¿Cuando el enemigo venía y os derrotaba? ¿Cuando volvías á Castilla vencido?...

— ¡Señor, todo aquello fué como un sueño!

Aquel hombre estaba seco: había cesado de circular la savia por el hondo de su corazón, y únicamente quedaba ahora un organismo que funcionaba por movimientos automáticos, por una ley de inercia. Otras gentes anteriores ejecutaron empresas de gran actividad y dieron movimiento á la máquina de la raza; y la raza caminó aceleradamente por espacio de dos, de tres siglos; finalmente, la energía interna se acabó, se voló el espíritu...

¿Se voló el espíritu acaso? ¿Ó es que el espíritu dormía en lo recóndito de la raza? ¿Y tal vez podía haber un instante glorioso de

resurrección, en que el espíritu despertase con sus antiguas energías?...

Se fué el pastor. El tren se alejaba de las ciudades; la llanura desaparecía y llegaban las montañas. Cerraba la noche profundamente. Y cuanto el tren más corría, las ideas de mi mente adquirían también mayor velocidad.

Y mi fantasía galopaba por encima de los siglos, y el enredijo de las nacionalidades pasaba por ante los ojos de mi imaginación. Aquel laberíntico y arduo problema de las civilizaciones, se me mostraba entonces en toda su majestuosidad: los pueblos que nacen, los pueblos que alborean, que se levantan como soles, que brillan un momento y se ocultan... Veía aquel rodar, nacer y entretejerse de los siglos; aquella sucesión fantástica de los momentos históricos; aquel resplandor súbito de las civilizaciones, que dejan en el firmamento de la Historia un trazo de luz, una rúbrica, una señal altiva... Y en el sublime panorama del Tiempo, á lo largo del mundo, mi fantasía me daba ojos para ver la lucha de las gentes por la Eternidad, la angustia de los

pueblos por el deseo de Eternidad, el ansia de Eternidad en que se ahogaba todo lo creado...

Vivir y vivir más, y no morir nunca, y permanecer vibrando eternamente, y dominar, para tener la conciencia de que se vive: éste era el motivo fundamental de la Historia. Los ojos de mi imaginación se habían agrandado, como si los hubiera despavorido la contemplación interna de la Historia: veía yo con aquellos ojos imaginativos la ronda secular de los pueblos, de las gentes, y mi corazón temblaba á la vez de entusiasmo y de pavor. Entusiasmo, por la ola marcial que recorría el mundo desde su origen; pavor, por el destino de los seres condenados á nacer, luchar, morir, hundirse en el vacío del Infinito. ¡Oh, qué entusiasmo y qué alegría emanaba de aquella ola marcial de las generaciones, y cómo pasaban los siglos semejantes á soldados que querían imponer su sello en la Eternidad, dominar á la Eternidad, detener en su galope al caballo del Tiempo! Y también como ocurre con los soldados, el siglo más valiente era el que con más fuerza detenía al corcel del Tiempo, el

que ahondaba más la huella de su planta en la Eternidad. Á veces un pueblo, sólo él, llenaba la amplitud de un siglo; á veces era únicamente un hombre el que cubría con su volumen á todo un siglo; y á lo largo de la Eternidad se veía entonces, igual que un sol, la figura gloriosa de un pueblo, la cabeza triunfante de un hombre. Unas veces el hombre se llamaba Homero, otras veces Jesús, otras veces Napoleón...

Corría el tren por entre las montañas. ¡Corre, corre, locomotora de la vida, con más entusiasmo, con más coraje, con miedo y alegría á un mismo tiempo, cada vez más, más!...

Enormes montañas se aglomeraban ante la locomotora; el Guadarrama se erguía enfrente del tren: pero la locomotora atravesaba las montañas, se reía de los barrancos, corría, corría. Después las montañas se achicaron, vino un campo sembrado de rocas, un yermo espantoso; en medio de aquel yermo, á la velada luz de la luna poniente, apareció el Monasterio de *El Escorial.* Fué como un fantasma que surgía de súbito... Entre la bruma

de la vigilia, yo me figuré que, en efecto, era una evocación fantástica. Allá alto, donde brillaba una luz, me figuré que Felipe II velaba, con la mirada puesta en un mapa de Inglaterra. *La Invencible,* los herejes de Flandes...

Después desapareció el pedregal y nuevamente volvió á tenderse la llanura. El tren entonces adquirió mayor impulso: corría como un obsesionado.

De repente se vió á lo lejos una intempestiva claridad, de igual manera que un oasis aparece delante de una caravana en el desierto. Era un oasis de luz, en medio de una desolada llanura. Brillaba en lo alto de una eminencia como un incendio semiapagado. Y en torno de aquel foco de vida flotaba una neblina luminosa, un nimbo.

Mirando fijamente la claridad aquélla, murmuré con intranscribible emoción: ¡Madrid!...

FIN

ÍNDICE


406157
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

